BIBLIOTECA NACIONAL
0330688

BIBLIOTECA NACIONAL
DE CHILE

Sección Chilena

Volúmenes de la obra

Ubicación 11 293- 41

AAR 4309

146-7
810-

12(293-41)

ARMANDO DONOSO

LA OTRA AMERICA

Gabriela Mistral. — Arturo Cancela. — Henríquez Ureña. — Rafael Barrett. — Karez-I-Roshan. — Eduardo Barrios. — José Toribio Medina. — Totila Albert.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CONTROL

5 %

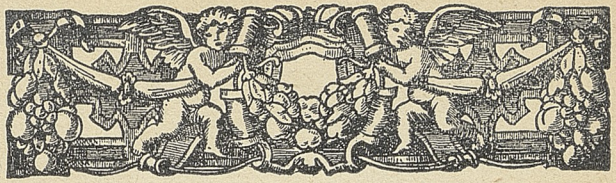
COLECCIÓN CONTEMPORANEA - CALPE

LA OTRA AMERICA

OBRAS DE ARMANDO DONOSO

Menéndez Pelayo y su obra. Imp. Universitaria. Santiago.
Los nuevos. Sempere y Compañía. Valencia.
Bilbao y su tiempo. Imprenta Zig-Zag. Santiago.
La sombra de Goethe. Editorial América. Madrid.
La senda clara. Cooperativa Editorial. Buenos Aires
Un hombre libre. Colección América. Buenos Aires.
Nuestros poetas. (La poesía chilena moderna) Nascimento. Santiago.
Dostoievsky, Renan y Pérez Galdós. Calleja. Madrid.
La otra América. Calpe. Madrid.

APR 4309



ARMANDO DONOSO

La otra América

Gabriela Mistral.—Arturo Cancela.—Henríquez Ureña.—Rafael Barrett.—Karez-I-Roshan.—Eduardo Barrios.—José Toribio Medina.—Totila Albert.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION LECTURA
DEPOSITO LEGAL
DE CHILE

COLECCIÓN CONTEMPORANEA-CALPE

BIBLIOTECA NACIONAL
DEPOSITO LEGAL
SANTIAGO DE CHILE

ES PROPIEDAD
Copyright by Armando Donoso, Madrid, 1925.

Papel expresamente fabricado por La Papelera Española.

Talleres CALPE, Ríos Rosas, 24.—MADRID

PROLOGO

Con sus primeras palabras nos revela este nuevo libro de Armando Donoso la aparición de algo nuevo, o, si se prefiere, poco usual, en las letras de América. Dice hablando del humorista argentino Arturo Cancela: "En la grave, circunspecta y poco espiritual literatura hispanoamericana, el caso de un humorista es el de una rara avis."

Yo me permitiría, conservando el símil del ave, despojada ya la expresión de su cuño usual, considerarle no como ave rara, sino como una de esas que anuncian las estaciones. La aparición de un humorista, y de un humorista como Cancela, señala por sí sola el comienzo o la afirmación de un período de madurez para la literatura en que se produce.

Es ave que de fijo no viene sola, y ahora pondría yo aquí, enfilados, unos nombres que saltan de pronto en mi memoria, si no temiera dejarme en el olvido, injustamente, muchos más. Pero entre los que recuerdo y los que de seguro olvido hay en las letras argentinas, y agran-

BIBLIOTECA NACIONAL
SANTIAGO DE CHILE

dando el círculo del horizonte, como lo hace Donoso, en las hispanoamericanas de hoy, toda una bandada anunciadora de un nuevo tipo, no diré si mejor o peor que el pasado—ello poco importa, pues lo necesario es vivirlo—, pero sí diferente en esencia. Es un tiempo en que el hombre se atreve a mirar a las cosas sin amilanarse ante ellas o sin dejarse absorber por ellas. Hombre y cosas no han mudado de dimensiones, sino tan sólo de posición. Ahora el hombre vuela por encima de las calles en que le aturdía el tráfico y los vehículos le amenazaban a cada instante con un trágico fin. Ahora las torres y rascacielos, que le abrumaban con su magnitud, se le aparecen como cubos de cartón en un pueblo de muñecas, y quizá aquel soberbio desfile militar que conmemora una gesta patria lo ve como una formación de soldaditos de plomo. Todo ello porque él, o un semejante suyo, acertó a construir un aparatito capaz de remontarse en la atmósfera y de volver a bajar cuando a él se le antoje.

Cuando una literatura inventa—es decir, en el sentido etimológico—halla el humorismo, se provee de un aparato mental análogo; entra, por lo tanto, en una etapa importantísima de su desarrollo.

Preveo la objeción: ¿no habíamos quedado en que la poesía es lo que sirve para elevarse sobre las cosas? No; yo no he quedado nunca en nada

semejante. La poesía sirve para transfigurarlas, para evadirse de ellas. Si queremos comparaciones en el espacio, la poesía será la bala de cañón habitada por el poeta, que se lanza a la Luna y se queda allá, o simplemente el andar sobre las nubes, que, con su espesor, por tenue que sea, no consienten ver lo que está abajo.

El humorismo ni las transfigura ni las pierde de vista; sólo las ve a una distancia en que ya no le resultan imponentes, o en un ángulo visual que se las ofrece graciosamente ladeadas, en postura al parecer insostenible.

Todo esto me aparta un poco de mi propósito concreto, que es el de hablar del libro que Armando Donoso me ha hecho la merced de traer a mi mesa para que le diga, en fraternal coloquio, lo que de él se me ocurra. Pero bien mirado, este mismo libro es otro síntoma de esa nueva etapa de las letras de América que ha visto arraigar el humorismo. El ave del humorismo no llega sola. Podría comenzarse una enumeración, al estilo de las que hicieron las poetisas japonesas del siglo XVII, en que se viniera a decir:

"Cosas que afirman la madurez de una literatura: el cambio del costumbrismo por el humorismo; la mudanza, en la crítica, del sistema de elogio y censura, por la selección, el análisis y la ideología..." Este segundo carácter se ejemplifica espléndidamente en Armando Donoso.

Líbrenme los dioses de afirmar que entiendo por madurez una época en que los valores individuales suben uniformemente de punto. El desarrollo de una literatura es una cosa, y sus valores individuales otra muy distinta. El genio de una literatura se deja ver lo mismo en su época primitiva que en su decadencia, sin acelerar la plenitud ni impedir la disolución. La madurez, para mí, consiste en el arribo al instante en que toda actitud mental y toda complejidad del espíritu encuentran sus leaders *y sus* pioneers, *sus mantenedores y sus explotadores. A este momento suelen corresponder, es verdad, los valores más fuertes; no los únicos, ni, sobre todo, los que "anudan a los demás". En las letras, nunca un valor anula a otro. Porque haya pasado el romanticismo no se han anulado un Novalis, un Hugo, un Manzoni.*

Podría preguntarse si en la literatura americana existen hoy personalidades comparables a un Bello, un Heredia, un Sarmiento, a, saltando años, un Gutiérrez Nájera, a un Darío, a un Rodó. Yo me libraré muy bien de entrar en comparaciones entre muertos y vivos—suponiendo que a un gran escritor pueda llamársele nunca muerto—; pero si no concretamente, en un sentido general me atreveré a decir que considero esta época, en conjunto, muy superior tanto a la de los Bellos, Heredias y Sarmientos, como a la de los Nájeras, Daríos y

Rodós, que es casi la nuestra. Creo que no se destaca tanto la personalidad aislada—de una parte, con su propio y señero espíritu; de otra, como ídolo de una masa que le considera de substancia distinta de la substancia común, como fetiche del culto oficial—, porque el oficio literario, al acabar con el puro dilettantismo, exige más de sus cultivadores y los recompensa menos.

Armando Donoso en su libro escoge unas cuantas figuras, quizá sin ánimo de agrupar las que tiene por más representativas, aunque el solo hecho de haberlas estudiado ya les confiera, para él, la suma virtud. Son retratos, no más, de su ya larga galería americana, en que, como es natural, tienen puesto preferente los de su país, los chilenos (artículos coleccionados en Los Nuevos *y otros que los completan); pero la semicasualidad que aquí los reúne, acaso por ser los últimos brotados de su pluma, nos ofrece suficiente material probatorio de lo que antes dejé sentado en términos generales.*

Podrían llamarse: Arturo Cancela o el Humorismo, Gabriela Mistral o la Poesía, Pedro Henríquez Ureña o la Crítica, Rafael Barrett o la América asimiladora, Prado-Castro o la Superchería literaria (otra forma del humorismo), Eduardo Barrios o la Novela... Me paro aquí: los otros dos estudios están a manera de apéndice. El consagrado al escultor Totila Albert, chileno de sangre germana, formado en

los talleres alemanes, nos da un proceso íntimamente ligado al que se estudia en las páginas consagradas al fuerte y desventurado español Rafael Barrett. ¿Hasta qué punto es Barrett de América, donde se forma como escritor, cuyos fondos sociales explora con mirada tan intrépida y alma tan decidida? ¿Hasta qué punto es de América Totila Albert, templado espiritualmente en las más nuevas corrientes de Europa? Forme juicio el lector con los datos que le aporta Donoso.

El ensayo sobre José Toribio Medina, formidable bibliógrafo, en quien Nicolás Antonio y Bartolomé José Gallardo ven prolongada su estirpe, trae de nuevo a consideración una vida ejemplar. Con gran tino, Armando Donoso apunta su cualidad primera de entomólogo, nunca perdida en las tareas definitivas a que hubo de entregarse. Sus enormes bibliografías, sus acopios de documentos clavan el dato con el alfiler de la precisión, dejándolo allí disecado para que lo estudie quien quiera, como al insectillo en la colección del museo zoológico. Pero donde la erudición bibliográfica se salva, la erudición filológica se pierde.

Triunfa en José Toribio Medina la erudición, esa misma erudición cuyas prácticas se atreve a echarle en cara Donoso a Pedro Henríquez Ureña a propósito del libro de éste sobre La versificación irregular en la poesía castellana.

Yo, que no estoy conforme con el reparo, no veo contradicción entre los elogios a Medina y las censuras a Henríquez, y detrás de Henríquez a Menéndez y Pelayo, a los filólogos españoles, a la ciencia, calificada con tenacidad de helada, glacial, frígida, o con otro epíteto propio de las regiones polares. Donoso elogia en Medina la dedicación total a lo único que quiso hacer, y lamenta en Pedro Henríquez y en Menéndez y Pelayo la pérdida de tiempo en tareas que estima subalternas a costa de empeños más fundamentales para los que el dominicano de hoy y el santanderino de ayer han mostrado extraordinaria capacidad.

No estoy conforme, digo, por cosa muy sencilla: porque no creo en la inutilidad de los estudios científicos aplicados a la literatura, sino en su necesidad absoluta y urgente. El libro de Henríquez sobre la versificación irregular, con toda su mesura, y aunque aparezca prendido a una institución tan severa como la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas, que en España suple, magníficamente en determinadas disciplinas, a la inercia de la Universidad y al enquistamiento de la Academia, es un libro revolucionario: como que trae a su entronque tradicional toda el arte poética de los tiempos nuevos y estudia esos casi imponderables matices de la sensibilidad que eman-

ciparon a tantos poetas de la tiránica "grant maestría" de las "síllabas cuntadas".

Gran mengua para nuestra generación sería la de no dejar resueltos para las generaciones venideras algunos problemas que el pasado ni siquiera tocó. Si todos los materiales aún no allegados ni trabados lo estuvieran ya por nuestros abuelos, podríamos caminar muy desembarazadamente, como les ocurre a los hombres de otras literaturas, sin tropezar con estorbos de orden secundario. Alguien había de hacer un día lo que Pedro Henríquez ha hecho, con tanta información, seguridad, mano inspirada; hay que felicitarse de que el trabajo no le haya infundido temor. Otro espíritu menos fino que el suyo nos hubiera dado un libro siempre sujeto a revisión. A hombres menos dotados sólo se les puede pedir obras que no exijan ponderación espiritual: ingentes bibliografías no clasificadas, por ejemplo.

¿En qué estorba la Versificación irregular *al "otro camino" de Pedro Henríquez? Sus* Estudios críticos, *sus* Horas de estudio, *su* Nacimiento de Dionysos *(en que el método es inverso: organizar en obra artística los datos de la erudición, pero que yo considero tan "ensayo" como cualquiera de los de sus libros), sus* En la orilla, *reunidos en tomo o dispersos, atestiguan que el "otro camino", supuesto que sea "otro", no está abandonado.*

El sentimiento en que se hace fuerte Donoso es el de su apego al presente y su afán por la preparación del futuro. Los eruditos que lo estudian van a los círculos infernales; los poetas... Es verdad que se salva, en la misma tabla que Kempis, San Juan de la Cruz. Pero si se insinúa que "aquella frígida perfección con que soñaba Goethe, buscando siempre el sentido objetivo del mundo sensible, ¿no es la causa que nos mueve a releerle con tan poca frecuencia?"... Y si se pregunta: "¿Encontraremos algún rasgo de los sentimientos de Homero, de Virgilio o de Tasso en sus fatigosos centones rimados, pobre historia e indigente poesía?"... Y si se llama medianos poetas a Herrera, Rioja y Bécquer, los poetas del pasado, para comparecer ante el autor han de ajustarse a una harto rigurosa medida.

Me parece que en todo esto hay no poco prejuicio, y espero con afán su anunciado viaje a España, que habrá de emprender no sin temor, aunque ya pasó por la vieja metrópoli antes de ahora. Anoto lo del temor fundándome en palabras del mismo Donoso atañederas a Pedro Henríquez: "Los que no ignorábamos que a usted le eran familiares Arnaldo de Vilanova y Menéndez y Pelayo—le dice—, sobradas razones teníamos para temer por la visita del nieto novomundano al solar de la abuela. ¡Las madres de nuestras madres pudieron siempre tan-

to sobre nuestros sentimientos y hasta sobre nuestros gustos! Las solicitaciones del porvenir y del incierto futuro tentaron con menos frecuencia nuestra curiosidad cuando nos encontraron en la intimidad de la sala familiar, bajo los graves retratos, de entre cuyas golillas emergían los rostros austeros, consumidos por quién sabe qué arduas meditaciones."

Espero con afán su viaje a mi patria para hablar con él de las figuras de su tierra que desfilan por estas páginas y de las demás que ya tiene estudiadas y aquilatadas: de Gabriela Mistral, inolvidable para todo el que sintió la enorme fuerza de aquel espíritu; de Eduardo Barrios, con quien la novela americana logra un valor de universalidad que antes pocos le habían dado; del gran Pedro Prado, cuyos poemas de Karez-I-Roshan *torno a leer ahora, ya desvelado el misterio, con la misma delectación—y con menos escama—que cuando recibí el menudo folleto...*

Para hablar, sobre todo, de Armando Donoso con Armando Donoso, cuya crítica, con las salvedades expuestas, representa para mí ese punto de madurez en que la inteligencia y gracia se equilibran, vaciándose en los moldes cada día más señoriles y elegantes de una viva prosa. Porque hablando con Armando Donoso de Armando Donoso espero convencerle de una que tengo por verdad. Le diré que, en efecto, la li-

teratura chilena ha nacido ayer, y lo mismo la española de la España que él busca; pero que no hay motivo para tener miedo a la abuela, abuela de la literatura de Chile y de la de España; abuela que cantó los romances luego recogidos en boca de los nietos de Chile por don Julio Vicuña Cifuentes; abuela que balbuceó las estrofas del poema del Cid, los cantares de Berceo, las coplas del Arcipreste de Hita: toda esa literatura arcaica que antaño estudiaban con amor, a orillas del Pacífico, el venezolano Bello, el chileno Eduardo de la Barra y el alemán Hanssen, alguno de ellos muerto ayer mismo, pero ya los tres con cara, con ademanes y hasta con manías de abuelo.

ENRIQUE DÍEZ-CANEDO.

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION LECTURA A Domicilio
DE CHILE

LA OTRA AMERICA

Hay otra América, la que pudo conocer Baroja antes de lapidarla bajo su epíteto rotundo. Y ésta no se parece a la del iberoamericanismo oficial ni a la del rimador fácil, que periódicamente se asoma a Madrid o a París en busca de un elogio. Contra aquélla, inficionada de literatura, tuberculosa de imitación, sin arraigo en su casta ni en su suelo, hemos enderezado constantes reparos, aguardando que pronto muera del todo.

Hace poco nos decía Unamuno que aquella América, la de la Fiesta de la Raza; la de la hora de la espada; la del poeta chirle, de la eterna oda a España, y la del sociólogo de pacotilla representaba para él, si no el continente estúpido, por lo menos el continente inútil: "Por eso cuando me hablan de literatura americana yo sólo aconsejo que se lean sus historiadores, porque siquiera ellos han puesto pasión en sus obras, convencimiento humano y no tonta y pueril literatura."

Acaso esta América, la nueva, la que se está

SECCION CHILENA
SANTIAGO DE CHILE

amasando con la levadura de una humanidad distinta (¡también ella tiene su año 98!), ha de ofrecer insospechadas cosechas ideales a la curiosidad de Europa. Tal vez cada día existe menos cuanto en ella pudo repugnarle al novelista de *Aurora roja* y de *Zalacain el aventurero*, mientras se acendra en el seno de sus pueblos un sentido más libre de la vida, del que acaso ha de nacer un nuevo aspecto de la civilización.

Sin embargo, esta América y aquella Europa, la actividad, que se levanta, y la civilización, que declina, reclaman su Renacimiento capaz de hacer olvidar este nuevo mil seiscientos, que exalta la hora de la espada, mientras se hunde en la peor de las ignominias. La última lección de la Europa cansada justifica para los pueblos nuevos la decadencia de este Occidente, que ha pretendido probar el más infuso de los ideólogos; decadencia que compromete las fundaciones más sólidas ganadas por las luchas de la libertad durante dos siglos. Culpa ha sido de tales circunstancias y razón de todo impulso generoso esa forma de barbarie, que impugnó más de algún escritor, creyendo ver en la resistencia de América hacia el europeísmo una resurrección de la esquivez autóctona, del odio implacable del indígena contra la sombra del Partenon.

Los ecos de esa América nueva, que se refugia en un silencio melodioso o bajo las solicita-

ciones de las banderas libres, hemos querido recoger en estas páginas divulgadoras de valores poco conocidos hasta ayer, ya se trate del poeta o del erudito, del bibliógrafo o del escultor, del novelista o del hermano Anarkos, cuyas obras afirman el sentido de una aspiración cultural que, si carece aún de originalidad, en cambio da la medida de un intenso rumor de colmena sobre la cual preside la vida del espíritu.

A. D.

Madrid, noviembre 1925.

ARTURO CANCELA
O EL NUEVO HUMORISMO

En la grave, circunspecta y poco espiritual literatura hispanoamericana el caso de un humorista es el de una *rara avis*. Tal vez la tristeza ingénita de nuestros escritores denuncia pronto el ascendiente indígena: todos son meditativos y atormentados, como si hubiesen nacido en una meseta estéril, donde el páramo y el cielo desnudo impusieran la comezón inquietadora del análisis. ¿Cuál es el que sonríe, quién el que duda regocijadamente? Aquél sólo piensa en la muerte; esotro masculla rezongos contra propios y extraños; el de más allá llora su eterna quejumbre, con los ojos puestos en el crucifijo. Aquí tenemos el primer libro, hondo y puro, de Gabriela Mistral, y su título es la expresión de una palabra que hubiéramos encontrado en la boca de Job: *Desolación*. ¿También a nosotros, como a los engolados hidalgos de Castilla, nos afiebra el ansia mística, o es tan sólo acaso el indio melancólico, misantrópico, silencioso, el que nos mueve hacia la taciturna

pereza mental? Nadie sonríe y nadie duda, como si en el trepar de la cuesta obscura todos fuesen abrumados por el fardo de cien dolores.

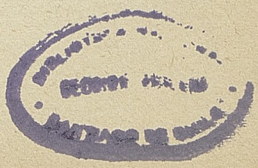
¿Cómo no acoger con expresivo regocijo el caso insólito de un buen humorista? Bien venido si procede de esa estirpe que se ufana con los nombres de Benett, Herzec, Courteline, Pérez de Ayala, O'Henry, porque para graciosos pacotilleros, como el infausto señor López Silva o el veterano rey de la guasa, don Juan Pérez Zúñiga, tenemos sobradas muestras. Que cosa harto diversa de ese gracejo forzado y tonto, que se regocija en el retruécano o en el chiste burdo, es el humor, la intencionada sonrisa, que desflora sin herir y es cáustica sin rayar en la majadería grosera. Ahí están la buena escuela de *Boubouroche* o de *La araña,* la novelita primorosa de Courteline y el cuento finísimo de Pérez de Ayala, dos modelos en sus géneros, que valen por todas las lecciones de un género literario.

Este es también el caso de Arturo Cancela, escritor argentino cuyo libro *Tres relatos porteños* da la medida de un excelente maestro del humor. Intencionado y sagaz, sabe ser un buen realista, porque no campea en su género por los reinos de la utopia o del fantástico imaginar, encarnando en símbolos lejanos probanzas que dicen relación con los vicios que nos rodean. Mucho dista de ser un nefelibata, y en sus an-

dares se codea con la vida de cada hora, entre sus contemporáneos, pintándolos *sine ira*, apenas si con el leve disfraz que le concede el cambio de un hombre. Y así, aunque se nos escapen muchas correspondencias con la realidad solicitada por el autor, como puede escapársele a cuantos leen a Aristófanes, satírico implacable de los vicios y de las costumbres de su tiempo, las alusiones epigramáticas, concebidas al calor de una actualidad inmediata, sentimos en la carne viva de tantos y tantos que están a un paso nuestro la verdad del *castigat ridendo;* del zumbón alfilerazo que, con rasguñar apenas, deja una gotita de sangre sobre la nieve de la carne palpitante.

El sentido del humor.

¿Humor, burla, ironía? Anatole France, moviendo los títeres de la revolución en *Los dioses tienen sed* o explicando el advenimiento de la propiedad en un rasgo de los pingüinos, ha podido crear un género literario que tiene de la novela el sentimiento de la realidad profunda y del humor la afilada ironía. Pero el anciano maestro francés era un volteriano displicente, un autodidacto que se solazaba en su ergotismo constante, mudable en sus apariencias, pero isocrónico en el fondo.



¿Por qué la obra de Cancela puede mover a recordarle, sin que ello importe establecer una comparación? Son dos valores que se sitúan en una misma perspectiva y concurren en análogo propósito; reírse un poco de los tontos y vapulear a los malos, según quería Beaumarchais. Sin embargo, donde termina el autor de *El lirio rojo* comienza el escritor argentino: France gira en torno de sí mismo, y Cancela huye hacia afuera; mientras aquél se repite a diario, en fuerza de andar solo en su eterno soliloquio, éste se pierde entre todos, vive en olor de multitud, escurriéndose bajo los techos, como el diligente Diablo Cojuelo. Vive en olor de multitud sin participar de la multitudinaria bajeza y vulgaridad.

Y no es que pretendamos establecer, insistimos, una posibilidad de comparación, porque no ignoramos el sentido de las distancias, aun cuando hemos hablado de perspectivas. Sólo queremos distinguir, ya que se trata de un escritor en quien su valor real tiene una pesantez de la cual carece la mayoría.

Bien a las claras se echa de ver en Cancela una razón distintiva, muy masculina: escribe sobriamente y discurre con esa sabiduría que fluye de una bien digerida cultura. Diz que sus dilecciones docentes le han llevado hacia el ejercicio de la enseñanza filosófica, cosa que re-

salta en sus atinadas reflexiones y en la precisión del juicio, siempre substancioso y eficaz.

De que su edad es provecta podría colegirse por la sazonada madurez de sus frutos: su primer libro resulta una obra de cordura antes que de entusiasmo. Cuando hace algunos años leímos *Cacambo*, un simple cuento largo, nuestra atención quedó en anhelosa espera, presintiendo las próximas siegas en su campo fecundo.

La inquietud pensante fué para su sensibilidad como un sol de prolongado estío: llegó la hora de madurez sin dilatada primavera. Su florecer no fué eterno, porque cuajó a tiempo el fruto. El árbol había ahincado hondo en la tierra, buscando en la entraña obscura de la realidad substancial el calor pleno del carácter, la visión autóctona de lo propio. Así, *Tres relatos porteños* confirman una modalidad de ser y una razón esencial, auténtica y única.

En Cancela toca celebrar al escritor meduloso, con una virtual intuición de lo duradero y de lo justo; ha visto y ha sabido ver. No pertenece a cuantos sólo tienen la visión limitada para reproducir lo inmediato, mientras permanecen ajenos al sentido profundo de la perspectiva: se ve la roca, el rincón de la torrentera, el árbol, el sendero rampante, y se ignora la falda, la cumbre, la montaña, el cielo, la distancia. El espejo que citaba Stendhal puede recoger en su cristal lo cóncavo y lo convexo, la

lejanía que se aprisiona en su círculo y el rostro que se pega a él. Y también el espejo puede deformar y hasta conformar, ya que en él la realidad se reproduce según lo requiere una relativa enfocación ideal.

Advertíamos que Cancela sabe ver; la proyección luminosa de su pupila recoge el sentido completo de la visualidad. Su ojo conoce el secreto de la triple dimensión de la realidad ideal: fondo, extensión, tiempo. El profesor Herlin y Juan Martín representan una trayectoria definida desde su comienzo hasta su total desarrollo y finalidad. También el viejecito italiano, de la galera abollada, que exclama: *Massimalista, massimalista! Te lo fassise vedere io lu massimalismo,* encarna un aspecto imponente de esa realidad indefinida que se transmuta en un aspecto de hilaridad reconfortante.

Pero abandonemos todo preámbulo, a fin de conocer al novelador, donde el relato nos lleva con su ameno discurrir.

Tres relatos.

Ya lo advertimos: el *castigat ridendo* horaciano es más que un arma, un escalpelo en la intencionada sátira de este escritor. Su imaginación novelera no ha menester desfigurar la realidad, porque proyectada ésta bajo el cristal de

su lente, sólo necesita verse un poco acrecida para que resulte regocijada. ¿Acaso es preciso adornar con ficciones lo que por sí sólo abunda en explosiva comicidad?

Que una guerra contra la langosta se convierta en una campaña contra el conejo, y un Fulano o Zutano cualquiera, paradigma del burócrata empedernido, se trastrueque en un profesor Herrlin, eso casi no tiene importancia para la concepción novelesca, aunque significa un recurso en la vis cómica del escritor. El bacteriólogo del cocobacilo que ha ideado la manera de inocular la enfermedad infecciosa para asesinar a los leporinos constituye un incidente, en torno de quien se urde una farsa monumental: una oficina con numerosos *rond de cuir*, muchos créditos, instalaciones lujosas, peroraciones en el Congreso, gastos crecidos; y todo, ¿para qué? Tal vez para justificar al privat docent de la Facultad de Upsala, cuyo cocobacilo acabará por matar al único conejo, que no alcanza a ser peligro para nadie; el único conejo visible que, como el volátil del cuento de Pérez de Ayala, servirá para celebrar una boda.

Eso es todo, aunque parece ser nada. El novelista ha sabido ver y observar. La fábula no pasa de ser mas que un pretexto que le permite trazar un cuadro delicioso, una caricatura de las costumbres burocráticas y de la ad-

ministración pública en un país que así podría llamarse Argentina, como España o Chile. Todo es uno y lo mismo. ¡Cuántos tipos característicos, cuánta verdad amarga y burlona! Ahí está el profesor Herrlin, tan ridículo, tan tristemente cómico por todo lo que hay en él de adusta gravedad, de inflexible convicción en los dictados de la ciencia, de austera rigidez protestante. Muchos le hemos visto alguna vez a merced del criollo avisado y logrero, que sabe medrar cerca de él, mientras analiza la penúltima falange de tal o cual recóndito artrópodo. Es el personaje central en la comedia que podría titularse *Nuestra cultura.*

He aquí otro tipo de primer plan en el tinglado de los tres relatos: ese impersonal Julio Narciso Dilon, que juega en las carreras, se enreda en fácil cacería femenina y a vuelta de peregrinas peripecias pasa a ser actor, el agitador temible y terrible Dilonoff, en esa grandísima farsa del levantamiento maximalista de Buenos Aires, la tragicómica Semana de Enero. El miedo ha acarreado la ruina de más de un imperio, y el miedo cerval pudo entonces ahogar de ansiedad a todos los pacíficos metropolitanos del Plata. El fantasma de la revuelta, el tribunal del "Soviet", el nudo escurridizo para el burgués, la exterminación de la policía, todo podía esperarse del ruso temible, del catalán exaltado, del italiano vengativo. Cada corchete iba armado

hasta los dientes y la justicia andaba a merced de sus nervios y en la boca de cada fusil. Y claro está, el miedo asesinó sin reparos a quienes como el indefenso viejecito no pudieron elevar en alto el brazo, a una voz de orden de la celosa policía..., porque era manco: "¡Párese! ¡Arriba las manos!" El viejo se cuadra y levanta en alto la mano izquierda. Esta obediencia parcial irrita al mocetón, que le reitera la orden: "¡Arriba las manos!" El viejo continúa con la mano izquierda en alto, mientras la derecha desaparece completamente en el bolsillo del saco de lustrina, que contiene a simple vista un bulto insólito. Suena un tiro, y después de un ligero balanceo el viejito se desploma de cara al suelo, siempre con la mano izquierda en alto. Rápidamente el mocetón que ha hecho fuego se abalanza sobre el caído para sacarle el arma que indudablemente tiene en la mano derecha, y retira del bolsillo una manga vacía, que queda extendida sobre la baldosa. Se ha asesinado a un manco, anciano e inerme: ¡hurra por el celo valeroso de los defensores sociales!

Esta página cruda y cruel nos recuerda algo propio: Santiago vió también su huelga en 1905, y muchos jovenzuelos ciñeron el elocuente mauser. Hubo cacerías pintorescas, en las cuales presidieron el buen humor y el deporte. Alguien, como Cancela, sintió la ira de esa hora

de miedo, y escribió un cuento, un solo cuento, que no olvidaremos nunca. Fué Baldomero Lillo, nuestro grande y rudo Baldomero; nuestro Gorki único y chilenísimo.

Y alcanzamos al último relato: Cancela ha escrito en él una pura obra maestra. Es menester decirlo sin temores: ya el buen ironista ha ido desnudando su emoción y se presenta en toda su simple realidad. Los que busquen a América, aquí la tienen: ésa es la de Juan Martín, la misma de Pedro el gallego, de Cristóbal el genovés, de Santiago el catalán. La de uno de tantos, de allá o de aquí: mozo de cordel, dependiente de ultramarinos, vendedor de periódicos que, como Juan Martín el afilador, resultan acaudalados a fuerza de sordidez y a quien o a cuantos enriquecen los años. Y demasiado lo sabemos: la fortuna, bien o mal habida, da lustre y esplendor; convierte en patricios a los más humildes; decora de dignidad a los más bajos, hasta que la muerte, que tiene también sus privilegios, aureola al modesto afilador, para mayor gozo y gloria de la hija adinerada, olvidando oportunamente al héroe modesto, al Juan Martín de alpargatas, que amasó sus cuartos con la carretilla para afilar cuchillos y tijeras. Así, sobre la epopeya humilde del trabajo vergonzoso se eleva la grandeza del dinero, que dignifica el arrivismo de una hija y la mundana petulancia de los nietos.

He aquí la historia de América, la segunda etapa de los conquistadores, la que muchos quieren ignorar porque es la de la mayoría. Sepan cuantos todo el dolor que se esconde en esa comedia de los que trabajan para que otros trepen y sientan el rubor de la alpargata y de la máquina de afilar. Pronto, demasiado pronto, las exigencias sociales, y acaso el título necesario prodigado por cualquier reyezuelo de más o de menos, indispensable blasón encubridor de los orígenes vergonzosos, entierran muy hondo el recuerdo del primitivo Juan Martín, tan hondo que de esas profundidades trasciende en una ascensión que llega a convertirse en un héroe, que también tiene su culto, aun cuando más no sea el culto servil de la talega bien repleta.

La crisis del adjetivo.

En un ideólogo, en quien el juego de las ideas constituye un ejercicio de precisión y de ajuste, el sentido del adjetivo se pierde, porque contribuye a diluir y a disgregar. El psicólogo de *El rojo y el negro* requería el diccionario para asesinar el adjetivo, como el hortelano arranca la hoja inútil que impide que el sol dore la pulpa del fruto. Con el romanticismo, cuya crisis ha terminado en una tuberculosis de la literatura, murió el sentido de la innecesaria ampulo-

sidad sonora, algo de ese *os magna sonaturum* del viejo Horacio. Hay quienes tejen la enredadera del estilo para encubrir el interior vacío, desolado, y hay quienes muestran el esqueleto descarnado, retorcido y recio. En Cancela ocurre algo de esto; place su seriedad, su sobriedad, aunque a veces se eche de menos la necesaria elegancia, el *quid divinum* del toque artístico. Ya Rodó hablaba de la necesidad del bien decir, de crear con gracia, sin que se adviertan los hilos que mueven los marionetes. ¿No advertía un crítico, al hablar de la prosa renaneana, que se ignora cómo está hecha? No es que el ajuste sea perfecto, sino que la naturalidad es absoluta; pero no esa naturalidad fingida, la elegancia del frac y de la tiránica pechera lacayesca, que ha venido a reemplazar a la engolada prosa de nuestros clásicos, cada día menos leídos, a pesar de *Azorín,* sino la recia prestancia de la lengua, la depuradora limpieza de la prosa sencilla, sin transposiciones ni metáforas.

Cancela conoce los resortes de su estilo y domina su lengua, a pesar de que llega hasta los puntos de la pluma un reparo: ¿por qué emplear las formas imperfectas del verbo en vez de los tiempos indicativos? ("ni jamás soportara mejor..., limitara su filial agasajo... El Infante, rojo y abotagado, cayera en una especie..., este hallara listos..., desde que publicara");

¿por qué no evitar lunares como los siguientes: "comenzó a expedir millares de folletos conteniendo la descripción", "cualquiera le iba a convencer a él de abandonar", "a estar a lo que conversan", "aquel triunfo parlamentario a base de los informes", "En su torno bailan una infinidad"?

En Argentina, como en Chile, se habla mal; pero si los escritores no contribuyen a depurar el lenguaje, ¿quién habrá de hacerlo? Defendamos la propiedad sin caer en el inútil y ridículo purismo de los dómines.

El escritor actual.

En la historia de la actual literatura argentina, el nombre de Arturo Cancela importa todo un sentimiento de dignidad literaria. Grato y puro resulta su humorismo de buena ley, agradable su prosa sencilla, robusta, exenta de inútiles adornos. El Rusiñol, que pudo hablar del dios peso, y el Valle-Inclán, malhumorado, que renegó del hervor cosmopolita de Buenos Aires, leerán a Cancela con simpatía: encontrarán en él la diamantina dureza necesaria que sabe fustigar con la sonrisa en los labios.

Sus *Tres relatos porteños* dicen más de la Argentina que muchas novelas largas. Un escritor que sabe ver, lo repetimos, y que tiene el

BIBLIOTECA NACIONAL SECCIÓN CHILENA SANTIAGO DE CHILE

valor de encarar la realidad de su hora, como pudieron hacerlo Bernard Shaw o Courteline. Bien haya por esta sobriedad que se regocija en la observación justa y que en vez de buscar púlpito para la prédica se contenta con sonreír, aunque esa sonrisa venga a ser como la copa que llevamos hasta los labios y en cuyo fondo queda un constante dejo de amargura.

GABRIELA MISTRAL

UN POETA REPRESENTATIVO

La pasión suele ser el mejor reactivo para la sensibilidad. Bien haya por toda hiperestesia cuando anima y dilata la vida ardiente del espíritu, contribuyendo a personalizar la impasible representación de las cosas. El poeta no es mas que un animador, que transmuta su sentimiento de la vida hacia cuanto le rodea, vistiendo con sus ideas el mundo sensible. Quien anima no hace sino crear infundiendo vida y sólo vive lo que palpita con el hervor de la sensibilidad, nunca la helada y rígida obra exenta del soplo ardiente. Aquel odiar el movimiento que altera la línea y aquel no llorar y no reír baudeleriano acaso no era mas que un resabio de la moda parnasista en el poeta que vivió demasiado atento ante el culto de lo artificial, los paraísos prohibidos y los jardines de mármol, donde la reina de Saba se hubiera recogido el borde de su plinto para no mojarlo, cuando en el fon-

do de sus emociones no era mas que un atormentado de la sensibilidad; y aquella frígida perfección con que soñaba Goethe, buscando siempre el sentido objetivo del mundo sensible, ¿no es la causa que nos mueve a releerle con tan poca frecuencia? Toda la poesía antigua sólo pretendió ser una pintura, una descripción helada y fiel, una historia veraz de los hechos antes que una palingenesia de las almas, que sólo puede interesar, según diría Einstein, a los que no carecen de sensibilidad histórica. ¿Encontraremos algún rasgo de los sentimientos de Homero, de Virgilio o de Tasso en sus fatigosos centones rimados, pobre historia e indigente poesía? ¿Acaso es frecuente en ellos la emoción apolínea, el goce de las cosas o la voluptuosidad de algún sentimiento nuevo? ¿Por qué razón, en cambio, nos place frecuentar la lectura de Kempis o de San Juan de la Cruz? Sobre aquéllos pasa el tiempo sepultador, enterrándolos cada día más hondo (perdón, noble maestro Lugones, por el Homero y los exámetros dignos de más nuevos cantos), mientras que en éstos la emoción es siempre niña; la angustia de la inquietud que interroga la eternidad sintiendo el roce del ala invisible nos conturba siempre y siempre nos toca con su dedo tembloroso. Aquéllos, los rimadores de la crónica, los poetas de los hechos, de los libros contentivos de la sabiduría, acaso; éstos, los

eternos atormentados, los únicos que nos conmueven y... que nos convencen.

Y es que en el verso es tan grato sentir, abriendo todas las heridas ocultas. El que miente para disfrazarse o el que cuenta para quedar oculto no hace sino remedar el papel del funámbulo, que adiestra sus piruetas trazando la caricatura de sí mismo. La historia de nuestra poesía americana no fué, hasta el advenimiento de Darío, mas que una pobre repetición de la académica lírica española, ¡eterna oda y eterna elegía de todos los lugares comunes, repetidos en nombre de la retórica!

Recordando una vieja plática con don Benito Pérez Galdós sobre la lírica argentina, refería-nos Alberto Gerchunoff que el novelista le decía, con su intuitiva perspicacia: "Yo me hago leer los versos, y aquellos que me suenan a copla, esos me gustan. Los demás son como los de don Gaspar. La princesa está triste, la princesa está pálida... ¿Oye usted? Eso es copla." Algo de esto ocurre con Gabriela Mistral: en su verso, el don lírico tiene una armoniosa resonancia de copla; fluye de una desprevenida entonación de canto y de una necesaria forma expresiva; procede claramente de una intrínseca manera de conversar, en la alada lengua de la lira, que diría el poeta, con su confidente el lector. No es que la copla deje sentir en su estrofa el don natural, la soltura despreocupada, sino la ausen-

cia de énfasis en la perfecta armonía, el reposo que acendra. El que fuere a buscar en *Desolación* la obra de un poeta sencillo y simple, renunciaría a leerle; Gabriela Mistral es el lírico que ha vencido cien dificultades prosódicas e ideológicas antes de llegar a los otros. Obscuro a veces, retorcido y atormentado en la forma con frecuencia, duro en su lenguaje, se impone, sin embargo, el inconfudible sello de su personalidad. Es un poeta que domina sus recursos como el forjador modela, a fuerza de martillo, el metal enrojecido. Su verso muestra la imposición de un esfuerzo, de una violencia; pero en esa gestación ha encontrado su molde eterno.

Retrato.

Gabriela Mistral vivió ya sus treinta años, la edad retempladora que en la mujer es comienzo de una segunda juventud, según lo advertía Balzac. Sencilla, sin gracia ni coquetería, impone su tranquila superioridad intelectual, que en el devaneo de la charla acentúa sus palabras con un dejo de displicencia. Su frente amplia, sus pupilas claras, su boca dolorosa y sensual (sensual, por rara contradicción en esta mujer tan austera y tan pura), su cabello liso, su porte recio, sus ademanes fríos. He aquí a la mu-

jer fuerte de la Escritura, sin asomos de perturbadora femenidad, impasible ante la apariencia. Una mujer que no hace pensar en la liviana gracia de la mujer y que sin embargo siente a la madre y al amante. Tímida y triste en la frecuentación de la camaradería, parece vivir hacia afuera, atenta, demasiado acaso, ante la malicia que urde mezquindades y enturbia las fuentes más puras. Su vida de escritor apenas si ha conocido esos contratiempos retempladores de las energías, aunque la áspera brega de cada hora la vió siempre sobre la dura labor. Consagrada a la enseñanza en humildes escuelas, su vida se aquietó en el dulce trato de las almas infantiles, poniendo tanta dulzura en su misión que pudo evangelizar enseñando: "¡Señor, Tú que enseñaste, perdona que yo enseñe; que lleve el nombre de maestra, que Tú llevaste por la tierra!" Buena acción la suya, que logró sembrar esperanza y belleza en el corazón de los niños, con tanto amor como el que pone una madre al hablarle al hijo de su entraña.

Tal podría ser la biografía de Gabriela Mistral: la historia de una vida algo triste que se pierde en una tranquila adolescencia y amasa, con humilde voluntad, el pan de los suyos. La escuela primero y el Liceo más tarde van marcando la etapa de su deber. ¡Grata fortuna la de aquellas niñas a quienes la suerte les deparó

tal maestra! Nunca, acaso, la misión de enseñar coronó de más puras rosas un apostolado de bondad, de belleza y de bien. En torno de ella los jardines de la infancia se convirtieron en una sencilla primavera, en una dulce alabanza a la vida buena; en el verso perfecto y en la oración que todos llevamos pronta: "Dame sencillez y dame profundidad; líbrame de ser complicada o trivial en mi lección cotidiana... Aligérame la mano en el castigo y suavízamela más en la caricia."

¿Qué decir de esta vida en la cual el roce cotidiano de la hora y el vuelo del minuto sólo contribuyeron a dignificar su misión, haciendo más transparente el cristal del vaso? En ella la existencia mundana, la preocupación de asaltar el hueco que los otros ocupan, de correr para trepar antes no existió nunca. Anduvo sola a través de su camino esta desolada Lucila Godoy, cuyo nombre literario se identifica con el del buen ángel de la Anunciación bíblica y con el del sencillo versificador provenzal. De cada permanencia suya en alguna ciudad provinciana guarda alguna emoción su verso: los Andes y su cordillera inmensa y pura; Punta Arenas, páramo de la desolación, con los inviernos que semejan una larga noche; Temuco, alma viva del dolor araucano, donde el indio arrastra su miseria, sobreviviendo a la maldad del blanco que le roba y le acuchilla.

Su vida literaria siempre fué como su existencia: tranquila, sencilla y modesta; como un rocío bienhechor, durante dos lustros, sus versos cayeron en las páginas de las revistas.

Un día cierto elegante periódico de París publicó un lindo cuento suyo, apadrinado por elogiosos conceptos de Rubén Darío. Más tarde, en un certamen literario, *Los sonetos de la Muerte* ganaron para su pecho la clásica violeta de oro. Luego, la historia de sus triunfos ha sido la de su vida misma: escrita está en todas las revistas de América.

Pero tras la maestra y tras el poeta está la mujer. También Lucila Godoy supo de su dolor y aun sube hasta sus labios el dejo amargo de su angustia. Un amor, un amor, el amor único, enturbió la paz de sus horas. Grande y apasionado debió de ser cuando pudo desgarrar este corazón tranquilo y esta alma de mujer fuerte; grande y apasionado como cuantos amores se malogran cuando hacia ellos van, como en su correr las aguas turbulentas, todos nuestros anhelos y nuestras ilusiones. ¿Qué contratiempo aleve, qué hora de perturbación puso el arma en la mano del amado, ofuscando el entendimiento de quien era bueno, pues tenía el corazón a flor de pecho?

Jamás Lucila Godoy descorrió el velo que cubre el recuerdo de tal hora de tragedia, de esa hora que sólo a ella le pertenece. Algunos de sus

mejores poemas hablan de este drama pretérito, que ha cuajado en la sal amarga de sus poemas:

... Siguió su marcha cantando
y se llevó sus miradas...
... ¡Y aunque ninguno me ha herido
tengo la cara con lágrimas!...

El momento.

Gabriela Mistral nació a la vida literaria en un momento de grave crisis para la literatura chilena: cuando *Los sonetos de la Muerte* revelaron al gran público su nombre, comenzaba una lenta renovación en la poesía: Dublé Urrutia, Contreras, Bórquez Solar, Víctor Domingo Silva, sólo escribían de tarde en tarde, mientras algún poemita de Max Jara, de Carlos Mondaca o de Ernesto Guzmán llegaba a interrumpir la beociana indiferencia en los corrillos intelectuales. Toda la generación anterior, de fines del pasado siglo, languidecía, escéptica, descorazonada, dilatando procedimientos verbales algo caducos; una angustia antes literaria que sentida y cierta tribunicia idealidad democrática, resabio de las postrimerías naturalistas. Era ya una generación que languidecía, en la cual la falta de profunda vibración humana, de honda emoción, había contribuído a su necesaria decadencia. La moda, el gusto por el último figu-

rín importado anticipó el irremediable otoño para esa literatura demasiado libresca, exangüe de personalidad, anémica en sus ideas, a veces tristemente caricaturesca en fuerza de ser un simple remedo, una imitación pueril. En ese momento una que otra voz pura, tal o cual poeta de verdad se dejaba oír un instante, mientras en revistas y tribunas se coreaba la estrofa de siempre, el eterno lugar común rimado.

Por aquellos años comienza Gabriela Mistral a difundir su palabra armoniosa, sin apremios. con la serena conciencia del florecer tranquilo, en plena madurez. Desde aquel día, ya tan lejano, en que Rubén Darío acogía con palabras entusiastas una hermosa producción suya, hasta los momentos actuales, en que el mejor crítico español, Díez Canedo, saluda su advenimiento con un juicio de noble comprensión, han corrido más de dos lustros, y sólo ahora, rendido el poeta ante las más insistentes solicitaciones editoriales, quiso dar a la estampa su primer libro, *Desolación*, que publicó Federico de Onís en el Instituto de las Españas, de Nueva York.

Obra de madurez, largamente acendrada, amplia como una curva que abarcase la completa teoría en el desenvolvimiento de una formación intelectual, permite juzgar a este lírico, que se ha elevado como una clara estrella en el horizonte americano. Poeta de todos y para todos, que no restringe su expansión lírica a deter-

BIBLIOTECA NACIONAL SANTIAGO DE CHILE

minadas capillas, porque sabe llegar a los espíritus más simples, está por sobre las cómodas banderías de las escuelas y de los círculos; la sencillez torna comunicativo su verso, como la palabra bíblica que encontró todos los corazones de par en par. Su estrofa tiene la fuerza, la gracia, la ternura, y aunque vuela alto sabe hermanarse con la atención humilde y con el escondido pensar de cuantos esperan cada mañana la nueva anunciación.

Con razón Pedro Prado pudo hablar de cruzadas de sencillez cuando Gabriela Mistral partió para Méjico. En realidad, esta mujer vale por una batalla ganada contra los chalecos rojos y contra la insolencia de las melenas. En ella el arte no tiene la expresión del énfasis o la elocuencia inútil de la retórica. Ha vivido su 1830 sin fletar su barco hacia el Oriente y sin escandalizar con la encendida pechera de un Gautier de más o menos. Anda sola por su camino, revestida de fortaleza y de dignidad. El arte en ella es reposo, madurez, cordura; pero también pasión de mujer, quemante angustia de incontenido amor.

Mañana, cuando haya de escribirse la necesaria página en la cual se puntualice la historia de nuestros valores literarios, el nombre de Gabriela Mistral será un jalón que marque dos épocas, precisando la importancia de una hora única. Su influencia ha sido honda y constante:

enhiesta y recia encina en torno de cuyas raíces florecen verdes retoños. Y aunque su verso, por su estructura, por sus conceptos, por su total falta de sensiblería, es flor de rara selección, goza de una popularidad que es, precisa reconocerlo, un noble consenso de unanimidad.

La imaginación animadora.

El poeta que describe y el poeta que siente; el de la vida exterior y el de sus angustias íntimas; el primero puede ser algo así como el historiador o el novelista de la poesía, mientras que el grande emotivo, el doliente elegíaco de sus angustias, el que eternamente dirá con Montaigne: *Je suis moi meme la matiere de mon livre,* ése acaso esté más cerca de la eterna verdad artística.

¿Qué razones íntrinsecas o verbales justifican la boga de un poeta que, como Verlaine o la Mistral, no son un eco del sentir común? Después de los frígidos escritores de la antigüedad clásica y de los poetas ramplones del siglo XVIII resulta natural la difusión inmediata de las *Meditaciones* lamartinianas, como tras la insoportable vulgaridad académica, romanticismo de segunda mano, eterna oda grandilocuente o inacabable novelería rimada de los poetas españoles, se explica la imposición de Rubén Darío,

artista de reacción, selecto, elegante, originalísimo en aquel medio y en esa hora.

Con Gabriela Mistral no ocurre lo propio, pues si bien su obra supone una reacción, ésta alcanza preferentemente al reducido círculo literario, ya que la masa lectora continúa imperturbable siendo la misma de siempre. Poeta complicado, difícil, conceptuoso, que sin embargo llega a todas partes y es el más leído de cuantos puedan disputarse los favores del público. ¿Cómo explicar esta predilección y este interés, que cuadra tan bien en casos como los de Zorrilla, Flores o Acuña, rimadores fáciles, melódicos, pegadizos al oído, cuyos vocabularios y cuyas emociones corresponden a los del rasero del sentimentalismo popular?

Procuremos releer *Desolación*, a fin de consignar algunas apostillas al margen de sus mejores poemas. Ese repaso nos permitirá puntualizar las simpatías del poeta, disociando los elementos íntimos que concurren en su representación de las cosas. ¿Cuáles son sus ideas? ¿Hasta dónde su poesía es un eco de sus sentimientos íntimos antes que una pura efusión literaria?

Temperamento esencialmente verista, cuyas sensaciones formales del mundo no revisten jamás el tono doliente, pues antes prodiga la imprecación resignada y no la queja. En ella el llanto tiene cierta varonil resignación, que busca

en los obscuros designios el imperativo de amor creador. Un día la bala suicida le arrebató al amado, y esa honda tragedia la encontrará siempre con el rostro cubierto de lágrimas, pero con la voluntad entera, aunque su Dios la revistió de llagas. Sin embargo, nunca es más pura y más honda su fe en el amor, en la fatalidad implacable del amor, que la ha estremecido arrancándole las estrofas admirables de *Amo Amor*:

Te echa venda de lino; tú la venda toleras.
Te ofrece el brazo cálido, no le sabes huir.
Echa a andar, tú le sigues hechizada, aunque vieras
¡que eso para en morir!

¿Para qué rebelarse contra lo imposible del Destino: sangre, lágrimas? Luego llegará el tiempo de reposar, la cruz de ceniza sobre la frente, la boca llena de tierra y los brazos sobre el pecho. El amor no consiste tan sólo en el simple dominio del cuerpo fatigado, sino en algo más: lo que está en el beso y no es el labio, un viento eternizador de Dios, la fe que perpetúa toda dulce ilusión del afecto. Muerto el amante, el amor redivivo espera, esperará el día en que se habrá de conversar por una eternidad, y mientras recoge el eco de su angustia se derrama en lágrimas o se convierte en plegaria.

Esa misma idea de eternidad, de espera que

se acoge al seno de Dios, fluye de su sentimiento por la naturaleza, pero acentuada en una visión de realidad más intensa. Un árbol, una nube, la lluvia, repercuten en sus sensaciones con la misma interrogación eterna, porque la belleza no es mas que la herida que nos infiere el arquero invisible: "Una canción es una herida de amor que nos abrieron las cosas." El árbol muerto que el poeta encuentra en el yermo y al pasajero sólo le da su blasfemia y su visión amarga no es mas que una imagen de su espíritu: la llama que alcanzó su costado, lo lamió como el amor su alma.

He ahí, pues, el artista enriquecedor de cuanto ve, capaz de infundir animación a lo imposible; animador eterno de lo inanimado. Y como ocurre en la vida que toda obra creadora es obra de amor y obra de pasión, el poeta vive necesariamente en ese estado de cabal embriaguez divina, desnudo en su sensibilidad, en medio de la vida. Tórnalo más elocuente el dolor porque le ha hecho más sensible; ¿y acaso la inquietud de la muerte no le mueve a vibrar como el cristal, pues en ella encuentra el mayor de los dolores y la más ilusionada de las esperanzas? Así el sentimiento del amor y de la vida sacude a este lírico con estremecimientos antes no sentidos: ¿no clama en *Al oído de Cristo* contra las almas de hielo, contra los impasibles, los duros y los fríos de corazón? ¿No grita su

angustia desesperada, como el amante que se ahoga en sus propias lágrimas?

Tal es, se nos antoja, la representación emotiva de este poeta, en quien la ficción y lo imaginativo muestran la desgarradura de lo real: jamás la literatura le pierde, porque siempre aparece la mujer sacudida por la emoción, que anda en medio de la vida condoliéndose ante la hembra estéril que sufre la vergüenza inconfesada junto a la mendiga fecunda, que se desespera y canta ante los indiferentes a quienes no conmueven los piececitos desnudos del niño, que llora de alegría con la maternidad santa, que padece pensando en el Jesús de su *Viernes Santo,* sacrificado y vilipendiado, mientras el labrador siembra su odio y hay un niño que va llorando como un hombre.

Siendo un poeta en quien el soplo de idealidad dignifica cada expresión creadora, Gabriela Mistral se nos muestra como un realista cuyo fondo de verdad humana trasciende en todas sus emociones, que el verso recoge en su forma reciamente masculina, especie de Ribera o de Zuloaga de la poesía, en quien la vida jamás se falsea para beneficiar el recurso artístico. Recordemos cómo ruega por aquel que era cal de sus huesos y tenía el corazón a flor de pecho; pensemos en ese extraordinario poema, que llegó a escandalizar a muchas vírgenes a medias, en el cual canta el poeta el gozoso misterio del

amor que se perpetúa, la gloria de sentirse fecunda, henchida por la vida, madura como el fruto pronto a desprenderse de la rama: "Toda la noche he padecido, todas las noches se ha estremecido mi carne por entregar su don. Hay el sudor de la muerte sobre mis sienes; pero no es la muerte, ¡es la vida!" ¿Quién ha de olvidar la interrogación inquisidora cuando pregunta cómo quedan durmiendo los suicidas, con las sienes vaciadas y el cuajo entre la boca; o la inquietud de la madre que lleva dormido al hijo en su corazón mientras siente la esperanza del renuevo en sus entrañas, el renuevo que no vendrá, porque el amado duerme bajo la tierra, y acaso es más dichosa pensando que en su vientre ha de morir su raza? Así el sentido real de las cosas y el hervor tumultuoso de la vida animan su verso, que a veces florece en dulces fantasías, como ese cuento en el cual el ángel guardián hace más dulces las pomas en sazón y cuida del infante contra los maleficios.

Place en este lírico su tranquila conformidad, su resignada fe, su voluntad que deriva hacia el amor como un río en transparente correr. El sentimiento de Dios le aduerme cada día y su corazón se ha ungido en la serena confianza de los que creen y de los que esperan. Nada más íntimo ni más personal que esta manera de sentir su humilde verdad, sin enfáticas exaltacio-

nes ni declamatorios aspavientos. Sólo Amado Nervo creyó así y sintió con el corazón tan henchido de fervor.

La intensidad esencial.

El poeta que en esta mujer rebalsa de todas sus palabras, como de frágiles vasos incapaces para contener sus acentos de pasión, ha llegado hasta la esencia de las cosas en su inquietud de intensidad. Ella sabe, por clara experiencia, que sólo se logra conocer bien lo que se siente hondamente, cuanto se ha podido amar con extraviada locura. Si alcanza hasta el seno de Dios es porque siempre creyó en El, sintiéndole totalmente, pues en su conciencia tal representación no es mas que el eco de sus amores, de sus esperanzas, de su inextinguible sed de eternidad.

Los que siempre buscaron en la literatura femenina el sentido de la dulzura y de la persuasión huirán acaso, atemorizados, del huerto bravío donde esta mujer fuerte vive desolada como el espino en el yermo. Columna de fuego en medio de la indiferencia de los tibios, de los complacientes y de los blandos de espíritu, incendia con sus conminaciones. ¿Qué extraño acento bíblico fluye de sus cantos? ¿Por qué en el fondo de sus palabras siempre la voz parece

enturbiarse de lágrimas? No le importa el camino de terciopelo por donde todos van hacia la armoniosa perfección. Ella violenta las medidas consagradas, y el estremecimiento de su emoción rompe las palabras como si fuesen inútiles pompas aéreas. No se contiene en los helados moldes, porque los violenta tumultuosamente, desbordándose áspera y bárbara.

Bárbara, dominadora, he aquí las expresiones que toca recordar. No ha pasado por los caminos de Grecia, porque llegó hasta nosotros de quién sabe qué mongólico refugio. Lo que Enrique Heine, ese ateniense que frecuentó a Aristófanes y a Alcibíades, pudo sentir ante Víctor Hugo, en medio de la agonía romántica, puede observarse respecto de Gabriela Mistral. Ella es el bárbaro, apasionado y tremebundo, sin norma ni medida, que ha frecuentado el dolor de los rusos y ha sentido de cerca la indiferencia egoísta de cuantos pasan ante las angustias que no se rebelan porque no saben rugir su desesperación. Es el bárbaro que nos convence y nos conmueve, sacudiéndonos rudamente.

Airada entre los hombres, áspera y conmovida ante el dolor de la Humanidad, su voz se melifica cuando advierte sobre la tierra calcinada la huella de la dulce sandalia, cuando sus labios se refrescan con la emoción de las palabras del Nazareno. Entonces el tono doliente de la com-

pasión adelgaza su voz, que ruega y pide. Piensa en El admirando la belleza de la tierra, imagen suya, y de su pura perfección, suave alegría de las cosas buenas.

¿Cuándo una mujer expresó en acentos más hondos su tragedia interior? Acaso el recuerdo de Teresa la Santa sólo evoca una pasión tan viva; pero ese incendio, que en la virgen de Avila constituía un deseo extraterrestre, en esta mujer clama con toda su afiebrada angustia humana. El amor que en aquel camino de perfección constituía un ideal incentivo, en Gabriela Mistral consume y calcina; tiene toda su grandeza real y toda su desesperación humana.

Y es por esto por lo que *Desolación*, antes que un libro plácido, es una obra de sufrimiento interior, herida que vierte su angustia como sangre irrestañable.

Toda esta efervescencia de vida acaso justifica la escasa preocupación por la factura literaria en su verso: el afán del estilo por el estilo siempre la encontró indiferente. Si Rubén Darío pudo decir que perseguía una forma que no encontraba su estilo, ella sólo pidió al artista que alumbrara su obra como el hijo, restando sangre de su corazón: "No te será la belleza opio adormecedor, sino vino generoso que te encienda para la acción, pues si dejas de ser hombre o mujer, dejarás de ser artista."

He ahí, pues, su primer libro, obra dolorosa

como el hijo mecido en el calor de la entraña. Para él vivió una existencia de plenitud interior, una de esas vidas solas y salvajes, según decía Ariosto: *Visse tutta sua etá solo e selvaggio,* acorralada en el encendido refugio de sus emociones ardientes, tremantes como las bíblicas zarzas.

El límite sensible.

Pero nada puede ser perfecto, y a veces el secreto de la armonía logra ser un secreto a medias. El artista más pulcro, el más delicado de los apolonidas suele convencer a muchos, menos al que le traiciona con sus descontentos. Ya lo dijo el sapientísimo Lafontaine: *On ne peut contenter tout le monde et son pere.* Así también quienes en más de alguna ocasión han intentado allegar reparos a la obra altísima de Gabriela Mistral censuraron en ella cierto conceptismo ideológico: la dureza de su verso, a veces forzado o prosaico; las frecuentes obscuridades de sus pensamientos. Es indudable que en sus poemas suelen advertirse falta de fluidez o incoherencias forzadas de lenguaje, todo lo cual resulta explicable en una obra que llega a pecar de pueril en su sencillez antes que caer en la flaqueza retórica; que es viva, fuerte, profunda, aunque descuidada en su forma. Su rea-

lismo obliga al poeta a ser descarnado, crudamente verista, como en el caso de ese poema en que aparece su Cristo riberano con las carnes en gajos abiertas.

¿Que su vocabulario no es rico o que prodiga con delectación algunas palabras cuya frecuencia, valga el ejemplo de "gajo", constituyen lunares? ¿Que siendo como poeta el menos libresco de todos y el más patético en sus emociones no hace sentir, porque su verdad se les antoja antes imaginada que vivida? Sin embargo toca pensar también con Oscar Wilde en el artista que puede crear su realidad o corregir los designios de la abrupta naturaleza. En todo eso hay ciertamente una base de razón y acaso el reparo procede de un estricto criterio de justicia, que nada le resta en sus merecimientos al escritor. Cuando leemos a la admirable Alfonsina Storni, uno de los mejores líricos castellanos, o a la originalísima Juana de Ibarbourou, nos conmueven y nos convencen el amante frenético, la mujer, que ante todo es mujer y que frecuentemente se olvida de la literatura en fuerza de entregarse enteramente desnuda, sin reservas, en sus sentimientos. "¿Cómo será el hijo?", se pregunta Gabriela Mistral en los *Poemas de la madre,* y luego sueña para sus mejillas con la suavidad del pétalo de las rosas; palidece si sabe que sufre en su vientre; aprende la canción de cuna con que habrá de hacerlo

BIBLIOTECA NACIONAL SECCION CHILENA SANTIAGO DE CHILE

dormir. Sin embargo, ¿por qué razón no logra conmovernos esa maternidad que clama, casi desgarrada, con el próximo alumbramiento? Tal vez nunca se escribió un poema más bello, más hondo, más original, que hiciera sentir de tal manera "la santidad de ese estado doloroso y divino", que el talento de Gabriela Mistral logró sublimar: "¿Por qué no hemos purificado a los ojos de los impuros esto?" No sólo lo ha purificado la sensibilidad del poeta, sino que lo divinizó para siempre.

Mas todo lo que pueda observarse con carácter de reserva a la obra de este lírico resultaría pueril si pretendiese ir en menoscabo de ella, pues libros como *Desolación* se defienden solos, tienen vida propia y llevan en ellos el secreto de su imperdurable belleza.

Ya advertimos que en estas acotaciones marginales sólo intentábamos formular algunas observaciones: leer o releer en alta voz para nosotros mismos, pensando sin secretos, según fuesen insinuándose las advertencias y los escolios. La obra de arte es como el paisaje que todos vemos a la vera de nuestro horizonte: tendido e iluminado bajo nuestro emotivo cielo particular. ¿Quién podría objetar las advertencias oportunas o la observación inmediata? Pertenécenos en cuanto se nos da sin dificultades y en cuanto mueve el interés o suscita nuestras emociones. Y el que ve con claridad la lejanía del conjunto,

a medida que se acerca logra columbrar el detalle ingrato, el lunar defectuoso y la mácula. Algo por el estilo ocurre con el comentario y la crítica; razones de apreciación y de análisis, que procuran ver y simplificar distinguiendo, a fin de puntualizar claramente una valorización fundada sobre lo estrictamente incoactivo de la personalidad. La síntesis en un gran lírico como Gabriela Mistral se nos ocurre el aspecto del paisaje lejano: ofrece una perspectiva ideal que nos muestra la representación de las cosas *sub specie aeternitatis,* intangibles e ideales. La glosa sólo quiere proyectar una luz viva sobre esa realidad personalizada, procurando verla mejor en una inmediata identificación con la realidad.

La imagen y el verso.

La imagen novedosa, expresiva, y el verso múltiple, rico, constituyen en la poesía de Gabriela Mistral dos elementos de sorprendente carácter artístico. Para el lector que ha frecuentado la lectura de Verlaine, Darío, Eugenio de Castro, D'Annunzio, toda sorpresa verbal e ideológica resulta un poco aprendida y acaso algo vieja. El crítico que extremaba su gazmoñería censurando en Víctor Hugo la orgía de imágenes como aquella, piedra de escándalo,

que celebraba en el colibrí un estornudo del sol, hubiera asistido horrorizado, como el abate Morellet ante los libros de Chateaubriand, al advenimiento de la literatura contemporánea, en la cual la imagen y la metáfora son un elemento expresivo de extraordinario carácter, razones de concomitancia en la personalidad.

Sin abusar jamás, con esa sencillez propia de un acendrado buen gusto, Gabriela Mistral prodiga la imagen, tal vez porque nada establece una correspondencia más directa entre la sensibilidad y la observación, corazón y pupila, que llega a ser como elemento decorativo, lo que el contraste en el paisaje: acentúa el tono y destaca los planos. El poeta se vale de ella como el acuarelista de la pincelada, el retoque último, acentuador y eficaz. En lo que es un reflejo de lo inanimado, la imagen feliz puede ser la animación misma, el tono irisado y vibrador. Cuando en *Motivos de la Pasión* hablan los olivos del huerto, dicen: "¡Todos le miramos con una sola y estremecida mirada!" Y ese sencillo recurso obra en el poema el milagro de una animada transposición activa. Luego, en cada poema, a veces en cada estrofa y otras en cada verso, el poeta enriquece de esta guisa la expresión de sus asuntos líricos.

Si evoca a Cristo, muestra sus venas vaciadas en ríos; si canta al pueblo hebreo, piensa en la raza judía como en un río de amargura o

en una selva de clamores; las barbas de Booz, en ese extraordinario poema *Ruth*, son dos sendas de flores; ella le mira como el que bebe en inmensa corriente; las nubes que aparecen tras la colina no son mas que ovejas blancas, cuyos vellones se inflan como un tul, y los árboles de la llanura desolada parecen tres ciegos que, apretados de amor, conversan.

La imagen, que en los poetas antiguos solía ser un simple recurso de formalismo retórico, tiene en la poesía de este escritor la misma fluidez que la prosa en sus delicados poemas. Rara vez violenta los asuntos o contraría el sentido fácil de su verso, en el cual se desarrolla cada alegoría como una entonación armoniosa.

Si es grande y nobilísima la parte imaginativa de su obra, no lo es menos la que se refiere a su novedosa variedad prosódica: toda la lira cabe en su verso espléndido. Según sucede en Darío o en Lugones, maestros para quienes el verso castellano carece de secretos, ocurre en la obra de Gabriela Mistral, cuyo oído, antes que dilatadas y pacientes lecturas, le ha movido a ensayar todos los registros de la lírica castellana. Desde el verso simple hasta el de arte mayor se sucede completa la escala del ritmo en su amplio repertorio. Nunca acaso con más gracia y soltura se había remozado el endecasílabo dactílico, verso de tradicional cepa espa-

ñola, según ya se lo recordaba Menéndez y Pelayo a Rubén Darío en aquella cantiga:

Tanto bailó con el ama del cura,
tanto bailó que le dió calentura.

y que el fabulista Iriarte no olvidó en su conocida:

Una criada la casa barría
con una escoba muy puerca y muy vieja.

Tres de los mejores poemas de Gabriela Mistral están escritos en este metro, que tiene el movimiento y la gracia de la danza, *Ruth,* que renueva la emoción bíblica del más bello asunto sentido por Víctor Hugo:

Ruth moabita a espigar va a las eras,
aunque no tiene ni un campo mezquino.
Piensa que es Dios dueño de las praderas
y que ella espiga en los predios divinos.

El ángel guardián, el hondo poema que marca el más puro momento creador en este poeta:

Hace más dulce la pulpa madura
que entre tus labios golosos estrujas;
rompe a la nuez su tenaz envoltura,
y es quien te libra de gnomos y brujas.

Y *Palabras serenas,* tan hondo y tan sentido en su nobilísima emoción:

Ya en la mitad de mis días espigo
esta verdad con frescura de flor.
La vida es oro y frescura de trigo,
es breve el odio e inmenso el amor.

Mucho tendríamos que hablar si quisiéramos establecer detalladamente la valorización de todas las formas rítmicas empleadas por Gabriela Mistral, pues la riqueza de su verso conoce los secretos de toda la lírica.

El alejandrino francéss y aun el alejandrino con la frecuencia de la acentuación en agudo en el verso heptasílabo, tiene en algunos de sus poemas una gracia única. A veces el mismo metro, con una leve alteración en los acentos secundarios, va haciéndolos recaer en la tercera sílaba, luego variándolos entre la primera y la segunda o en la tercera, cuando el heptasílabo no es agudo, resulta un movimiento lleno de gravedad y de gracia. Veamos en dos casos, en *Amo Amor* y en *La encina*:

Anda libre en el surco, bate el ala en el viento,
late vivo en el sol y se prende al pinar.
No te vale olvidarlo como al mal pensamiento.
¡Le tendrás que escuchar!

En ese poemita perfecto la Mistral es un maestro; el verso tiene una gracia inimitable. Oigamos el segundo:

Esta alma de mujer, viril y delicada,
dulce en la gravedad, severa en el amor,
es una encina espléndida de sombra perfumada,
por cuyos brazos rudos trepara un mirto en flor.

A veces el poeta ensaya el verso dodecasílabo en el cuarteto, con el último verso de siete; el

alejandrino con el de siete, en la elegante combinación del *Responso* rubendariano o de los poemas de Chenier y Hubo; el gracioso endecasílabo; el de once con el de siete, no en la habitual y vulgarizada silva castellana, sino en graciosas estrofas de cuatro versos; el heptasílabo con el de tres; el de ocho, desdoblado en el de cuatro; el endecasílabo con el pentasílabo rimado en agudo, pareados los últimos y alternados los primeros.

Si en Gabriela Mistral el sentimiento de lo moderno constituye la necesaria limitación que aconsejaba Goethe, no ocurre lo propio con sus formas métricas, que proceden de la más estricta tradición castellana, no por razones de puridad, sino por abandono a lo actual. Las ligeras influencias extrañas que hayan podido rozar incidentalmente al poeta, valga la de Guerra Junqueiro, no han pesado sobre la forma acendradamente castiza de sus versos.

Siendo el más independiente de los líricos, ni en su lenguaje ni en su estrofa jamás la libertad se convirtió en licencia. Prodigando solamente las formas tradicionales de la poesía castellana, suficientes razones expresivas en su noble variedad rítmica, no ensayó siquiera las novedades del verso libre, según lo hicieron Lugones, Jaimes Freire o Darío en sus frecuentaciones del simbolismo francés. Acaso la falta de curiosidad libresca ha sido en Gabriela Mis-

tral una razón defensiva de su carácter y el mayor depurador de su lirismo.

Desolación, su primer volumen, obra esencial de madurez, representa lo mejor en su labor literaria, realizada durante tres lustros. Nada denuncia en ella los comienzos: el poeta aparece dueño de sus recursos líricos y maduro en sus ideas. Con su tranquila juventud ha ido dejando a lo largo del camino el vivo florecer de sus rosas, encendidas las de antaño, blancas las de ahora; el amor apasionado se ha convertido en ejemplar pietismo, que fecunda su cristiano corazón de eterna maestra. Así nos llegan cada día desde sus amables refugios de Méjico e Italia canciones de cuna, dulces fantasías infantiles, efusiones que son palpitante caricia maternal. Acaso comienza a cumplir el voto prometido en la página que cierra su libro: "Cantaré las palabras de la esperanza, sin volver a mirar mi corazón."

Sin embargo, su libro más reciente ostenta en su portada un título revelador: *Ternura*.

BIBLIOTECA NACIONAL SECCIÓN CHILENA SANTIAGO DE CHILE

HENRIQUEZ UREÑA
Y LA ERUDICION

Hace de esto algunos años, cuando el autor de *Ariel* preparaba la publicación de sus *Motivos de Proteo*. En cierta amable plática sobre letras americanas y a vuelta de graves consideraciones sobre la crítica de Carlos Arturo Torres, dijo Rodó que entre la extrema derecha gramatical y académica en que estaba situada la crítica española y la razonada izquierda filosófica que ocupaba la francesa (¿pensaba acaso en Remy de Gourmont, en André Gide, en Camille Mauclair?) existiría para el futuro el necesario *intermezzo* del crítico artista. En esa posición, argüía, encontraremos a quienes como García Calderón o Rubén Darío gozan ya del acatamiento unánime o a cuantos como los jóvenes Pedro Henríquez Ureña, Gonzalo Zaldumbide o Alfonso Reyes constituirán la sorpresa que nos reserve el porvenir.

No disimulaba Rodó su viva esperanza ante la nueva generación americana, en medio de la cual el ensayista dominicano destacábase ya movido por firme dirección literaria. Desde aque-

llos años han transcurrido muchos días y cada nueva hora contribuye a enriquecer aquel fuerte cerebro, grato también al Musageta. Sin embargo, junto con el madurar de esa juventud, que depura sus gustos en el ejercicio de un constante perfeccionamiento, un poco alejada acaso de la vida, se ha intensificado el gusto por la disciplina erudita, la preocupación de la minucia lexicográfica, de la apostilla marginal y del escolio erizado de ciencia infusa.

El camino extraviado.

Henríquez Ureña, educado en el gusto de lo actual, que tempranamente fué hacia Grecia por los caminos de la sabiduría elegante de Walter Pater; que se sabía su Nietzsche sin ser un dionisíaco, tal vez equivocó el camino. ¿Por qué razón mientras la mayor parte de los escritores americanos de los últimos cuatro lustros fueron hacia Lutecia, este prematuro humanista enderezó sus simpatías hacia la vieja España, la de la frígida Real Academia, que se escuda tras el más vetusto de los diccionarios creyendo, con anacrónica insistencia, que aun fija y limpia y para quien esta América sigue siendo el insurgente del año diez? ¿No estaba allí la otra España, la del 98, la de Costa, de Unamuno, de Baroja, de Díez Canedo?

Bien haya por quienes como D. Ricardo Palma, D. Manuel Antonio Caro o D. Miguel de Toro y Gómez siguen las aguas de la tradicional escuela, preocupándose demasiado si Amarilis fué tal o cual linajuda dama; que si "alminar" o "minarete"; si tenía o no razón Valdez para escribir "sinificar" en lugar de "significar"; que si Salvá y Bello se equivocaron cuando aseguraban que "barbacana" era una voz forastera; si Fernández de Andrada fué el autor de la *Epístola moral;* que si el americanismo tal o el galicismo cual. Allá con ellos· ¿qué más da toda esa crónica menuda y pueril, buena para desvelar a ratoniles cagatintas que no a cuantos tienen algo propio que decir? ¿Podrá objetarse que también Menéndez y Pelayo y *Azorín?* La eterna disculpa para justificar algo que está al margen de lo literario. Quédese para archiveros puntillistas, maestros en el arte de ordenar catálogos o hilvanar monografías soporíferas toda esa bibliorrea, que se ufana en las minucias inútiles mientras el mundo marcha a prisa y la vida reclama cada inteligencia con muchas otras solicitaciones más fecundas. ¿Cuánto más da si Mateo Alemán realizó o no tal viaje o si *duelos* y *quebrantos* consistían en huevos revueltos con tocino o en tocino revuelto con huevos, cuando aún Quevedo, a pesar de las espesas páginas de D. Aureliano Fernández Guerra y del libro de Mérimée, no está bien

estudiado, y la vida de Lope de Vega, cuyo conocimiento resulta indispensable para explicarse el carácter de muchas de sus obras, en cuyas páginas siempre andaba enredado el hombre, todavía está en pañales? Grillparzer fué tal vez un anticipo y Menéndez y Pelayo un infatigable acarreador de materiales para la obra de reparación que promete Américo Castro.

¿Qué mucho pueden importar todas las pesquisas gramaticales del padre Mir si aún no existe una edición completa de Góngora (no desconocemos la del acucioso Foulché Delbosc), o cuando no se le concede toda la importancia humana y social que tuvieron esos enciclopedistas de tono menor que se llaman Feijóo, Saavedra Fajardo y Cadalso? ¿Quién se acuerda de Luzán, como no sea algún entendimiento ágil e intuitivo, como el de Ventura García Calderón, capaz de tributarle, aun cuando más no sea incidentalmente, la justicia que merece? ¡Por tanta edición indispensable que hace falta, cuánto inútil cotarelismo de más o menos!

Achaques de la erudición se dirá, y faltas de la inteligencia o de la sensibilidad. ¡Ah, la erudición pacienzuda; el escarbar implacable; la frecuentación del legajo polvoriento, con rancio olor de siglos; "addenda y expurganda y corrigenda", que invocaba el autor de la *Epístola a Horacio;* la amable pedantería del dómine ahito de latines y ciego en el miope husmear del pa-

pel envejecido! ¿Y el arte y la vida? ¿Acaso el sol se ha hecho para la acogedora penumbra de las bibliotecas, donde el hombre reposa sobre el libro como la araña prendida a la tela en el rincón obscuro? ¿Al frígido erudito no le debemos gran parte de la suficiencia académica y de la pedantería gramatical?

Abstraído de toda realidad, encontramos siempre al tragalibros sumergido en su estéril cuanto pueril oficio; tras los cristales de las gafas se adivinan sus ojuelos ratoniles, enrojecidos por las vigilias y desviados por un estrabismo precoz. La naturaleza y el amor jamás contaron para él: vivió del libro como la mosca pegada al terrón de azúcar, sujeto a su melosa atracción, olvidando que cada mortal lleva un par de alas que le dió el destino para acercarse a las estrellas. Siempre las hojas del volumen le impidieron darse cuenta del espectáculo del mundo, que creyó tan mezquino como el cuarto cubierto por los anaqueles atestados de graves obras, porque desde su juventud fué un anciano prematuro, sin ideales ni alegrías. La espalda doblada; los ojos cegados; duros y sarmentosos los dedos; sus movimientos torpes; todo denuncia en él una lamentable anquilosis. Jamás, acaso, una bella cabeza de mujer buscó su hombro para ocultar sus ojos inundados de lágrimas; nunca un desliz perturbó la línea aus-

tera de esa existencia helada e inútil, ni aceleró el ritmo de ese corazón muerto para toda la vida.

¿Cabría desear para un claro espíritu como el de Pedro Henríquez Ureña esa disciplina de profesión ratonil? Tal vez el reparo no le cuadra formalmente al escritor que procede, por derecho divino, de esa familia de humanistas en quienes la ciencia infusa se remoza de humanidad: Erasmo, Montaigne, Taine, Menéndez y Pelayo. Sin embargo, un día le tentó el hada traviesa que se oculta entre los indigestos infolios, y acaso él, que es joven y que ha retemplado su personalidad en el gusto de lo moderno, pensó en las doctas e inútiles Academias, olvidando el sabio consejo del poeta: "De horribles blasfemias—de las Academias—líbranos, Señor." Fué entonces, como Alfonso Reyes, uno de los que menendezpidalizó escribiendo un libro grave, seriote, demasiado prolijo. ¡Ah, remoto ascendiente de Walter Pater, noble maestro y dilecto guía! ¿Cómo el crítico joven, que antaño proclamaba la inutilidad de todas las reglas, porque toda verdadera personalidad afirma la existencia de una invención, de algo nuevo, podía ahora perderse en el estudio árido y prolijo de la versificación castellana? El camino de España y el amor de la abuela pudieron desviarle; mientras Darío, Lugones y Nervo iban

a Lutecia, él llegaba en busca de Menéndez y Pelayo. Sensible error que la mudanza de los años habría de curar al fin.

Epístola al filólogo.

Y he aquí lo que en aquel entonces, cuando dió a la estampa el más grave y árido de sus libros, hubiéramos deseado escribirle a Pedro Henríquez Ureña, con encargo a Minneapolis, en la docta Universidad de Minnesota, donde regentaba su cátedra de helada erudición literaria:

"Docto amigo, siempre admiré su talento porque en él ha presidido una socrática austeridad, y siempre admiré su inteligencia, porque supo armonizar en sus dones el ímpetu dionisíaco con la gracia apolínea. Placíame saber que su amor por los libros no le restaba bríos a su primavera y que tras la noche consumida en la atenta lectura del rancio volumen la alondra llegaba a anunciarle el florecer de cada mañana. Erame grato también el noble carácter de su erudición, que sabía aderezar doctas lecciones con pétalos de rosas frescas. Siempre creí que entre sus raros maestros contaban Walter Pater, Federico Nietzsche y Ernesto Renán, porque sólo quien disfrutó del trato frecuente con

tales mentores pudo estar cerca de Grecia y de Italia, del Partenón y del Renacimiento.

"Tal vez ahora otras dilecciones lograrán solicitar su interés, desviándole hacia campos más áridos, donde las pacientes búsquedas le obliguen a la constante relectura de sus clásicos bienamados. Pero usted, que con Renán llegó a orar ante la Acrópolis y en la hora de su regreso se embelesó escuchando las cigarras de Italia; que frecuentó luego a Fra Angélico y a Leonardo, no pudo olvidar el fin de toda peregrinación yendo en busca de las Españas a entablar el provechoso coloquio que siempre aconsejó la tradición.

"Los que no ignorábamos que a usted le eran familiares Arnaldo de Vilanova y Menéndez y Pelayo, sobradas razones teníamos para temer por la visita del nieto novomundano al solar de la abuela. ¡Las madres de nuestras madres pudieron siempre tanto sobre nuestros sentimientos y hasta sobre nuestros gustos! Las solicitaciones del porvenir y del incierto futuro tentaron con menos frecuencia nuestra curiosidad cuando nos encontraron en la intimidad de la sala familiar, bajo los graves retratos, de entre cuyas golillas emergían los rostros austeros, consumidos por quién sabe qué arduas meditaciones.

"Esto hube de pensar mientras volvía la última página del sabio volumen que usted ha te-

nido la bondad de enviarme, y cuyo solo título vale por una larga cátedra universitaria. Pongo mi mano sobre el pecho y le digo que, hoja a hoja, el lápiz atento, lo he leído, sin perdonar la menuda, la prolija y substanciosa nota de cada plana. ¿Cree usted que todos los que como yo bien le admiran habrán seguido, hasta la última las trescientas diez y seis grandes páginas de *La versificación irregular en la poesía castellana?* Tal vez los especialistas objetarán mi ignorancia porque ellos, en achaques de erudición, todo lo resisten; pero no olvide que usted no es, porque está por sobre todo ese vano alarde de ciencia infusa, un escritor de especialidades, un erudito *ad litteram.*

"Tienen sus obras el don de la gracia y de la sensibilidad; esa elegancia inconfundible que es fruto del trato frecuente con los dioses; que le ha elevado a usted, en nuestra América, al digno apostolado de un joven maestro. Sin embargo, a pesar de que todos confiamos y esperamos siempre algo de su recogido silencio, que deja trascender un rumor propicio de colmena, usted se nos escapa de la generosa tierra de Amado Nervo y huye a un pobre rincón universitario de Yanquilandia, donde ni el ambiente ni los discípulos podrán renovar en torno suyo las gratas ilusiones del banquete platoniano. El ejercicio de aquella cátedra, árida y cotidiana, en el seno de una Universidad tan poco latina,

no podrá ser un remedo, acaso, del elegante cenáculo de Méjico, donde la sabiduría y la buena gracia podían hacer pensar en las virtudes socráticas y en las horas griegas. Los nombres de Vasconcelos, Toussaint, Reyes, Castro Leal, nos mueven a añorar para usted esos días y a plañir su viaje; su viaje, obstinado e implacable, que nos le ha robado de América.

"Su libro sobre la versificación irregular oblíganos a lamentar su olvido de las cosas de esta América virgen en su pasado y en su presente, tan rica de porvenir, que reclama, que exige claros talentos como el suyo. Muchos son los picapedreros que han ido agrandando las canteras de las viejas montañas tradicionales en la Península; déjelos usted adheridos cual mosquitos a los rancios muros o sobre los apestantes infolios, mientras observa en torno suyo, siente el fecundo calor del presente, participa con los que están viviendo la historia de mañana y alcanza a gustar de esta inmensa y auroral anticipación del futuro. ¿Podrá un hombre de las Américas ignorar o desentenderse de esta hora que está viviendo la humanidad? No olvide que Costa, ese inmenso español, maduro de porvenir, quiso cerrar con doble vuelta de llave el sepulcro del Cid.

"Por lo demás, usted, que es un artista, conoce demasiado la triste insuficiencia de la filología. Un filólogo fué siempre para la juventud

lo que uno de esos sacerdotes presbiterianos, enfundados en su negra levita y ocultos tras la gravedad de un rostro fúnebre y trágico. Bien sabe usted cómo esta tierra de Chile ha sido pródiga en tales dones del humano entendimiento. ¡Muy pocos años después de ser promulgada nuestra Constitución, teníamos ya nuestra gramática! Ayer, no más, en medio de su biblioteca, encontrábamos inanimado al último de nuestros filólogos. ¡Si usted le hubiera conocido o le hubiera visto! Iba por las calles como sobre las aguas: la cabeza baja, la vista clavada en el suelo, el rostro enjuto y amarillo, las manos sarmentosas, la sotana descolorida, el paso incierto. ¡Qué bien se entendían en su fuero interno el fraile humilde y el rastreador de la vida pretérita de las lenguas! Se diría que le molestaba la luz o que acababa de salir de un cuarto obscuro. Siempre solo y siempre mudo, vivía en la exclusiva, triste preocupación de sus libros, redactando un inverosímil Diccionario de raíces sánscritas, griegas y latinas, que posiblemente no hubiera terminado en seis vidas. Menéndez y Pelayo y Unamuno elogiaron su fiel traducción de Esquilo; había sido también un excelente traductor de Virgilio, de Horacio, y en estos sus últimos años solía compartir sus horas de ocio vertiendo al castellano *El Infierno*, del Dante o releyendo a los poetas alemanes, que conocía como ninguno.

"Sin embargo, éstas son cosas que sabemos pocos, los menos, porque para todos fué la vida de D. Juan Salas Errázuriz una existencia triste, sin expansiones; una anónima y árida vida de filólogo sin juventud, sin amores, sin afectos. ¿Y es justo que convirtamos la vida en tan indigente renunciación?

"Presiento que usted ha de clamar por los fueros de la filología, en la cual, debo decirlo *sotto voce* y con un poco de irreverencia, creo menos que el común de los mortales. Los chilenos fuimos los primeros, acaso, en conocer en América el ejercicio de sus disciplinas; cuando el severo D. Andrés Bello arribó a este Santiago del Nuevo Extremo, andábamos aún enredados en asonadas y cuartelazos. Nuestra cultura era incipiente, pero no carecíamos de inquietudes y de fe. El sabio maestro nos enseñó su derecho y su latín, y si bien es cierto que no toda la juventud le siguió de muy buen grado, el hecho es que sus lecciones la hicieron más grave y circunspecta; hasta que, junto con una derrota transandina, el azar de las correrías trajo a Sarmiento a Santiago y con él llegó una renovación feliz, una bocanada de primavera. Se abrió una ventana hacia Europa. Nuevos vientos barrieron y airearon la vetusta casa colonial. Cuando todos sólo pensaban en el pasado, ese argentino genial preocupábase del porvenir. Para nuestra literatura este cambio im-

portó una salvación: la helada y severa disciplina del maestro caraqueño no había podido beneficiar a nuestra juventud, sometiéndola al cartabón inflexible de su Hermosilla y de su latín.

"Pero deseo insistir en su dilección por la filología, esta ciencia árida, que debe sus mayores reconocimientos a tantos espíritus mediocres. ¡Los libros que sobre ella se han amontonado inútilmente desde los tiempos en que Wilson compuso su Diccionario para estudios sánscritos o Niebuhr publicó sus obras! Ahí están, alineados en los anaqueles de las bibliotecas cubiertos de polvo y telarañas, mientras afuera la vida canta y pasa como una mañana tan corta, invitándonos a admirar, a amar, a sentir. Kempis, que siempre tuvo razón, lo ha dicho: "Vale más el humilde labriego que adora a Dios, que el solemne filósofo que observa el movimiento de los astros y se olvida de sí mismo."

"Erudición, crítica, gramática, lexicografía, lingüística, exégesis, poligrafía, me dirá usted que concurren en sus disciplinas y que un buen filólogo hasta suele ser un buen historiador y hasta un buen filósofo; mas si todo puede proyectarse en lo ideal, la práctica se encarga de arrebatarnos muchas ilusiones: un buen filólogo es para todos el sabio Otfried Müller; en cambio, ¿cuándo se dió escritor más mediocre e insignificante?; pensemos por la inversa, cuán

menguado filólogo y cuán grande escritor nos resulta Renán. Y usted sabe mejor que yo que el autor de los *Souvenirs* tenía su pasión puesta en sus estudios filológicos. ¿No recuerda las reminiscencias de aquellos tiempos, que él mismo se ha encargado de no hacernos olvidar, cuando, perdido en el sancta sanctórum de su librería, solía enfermarse estudiando tanto las lenguas orientales, hasta que algún amigo compasivo llegaba a distraerle, llevándole a un cancionetista de Montmartre, que le obligaba a sonreír y a olvidar un momento los asfixiantes viejos volúmenes?

"¡Eran los tiempos en que Renán creía en la filología! Eran los años en que Taine estudiaba a Herbat y santificaba en el altar de Hegel, mientras el autor de *Caliban* iba de la izquierda hegeliana a la escuela de Marburgo; encontraba el más noble esparcimiento estudiando a Guillermo de Humboldt en su *Uber die Kawi-Sprache*, esa obra que contiene páginas admirables sobre la filosofía del lenguaje, y releía a Herder, a Müller y a Wolf. Las ciencias de ultra Rhin absorbían sus preocupaciones: Shelling, Feuerbach y Strauss le hacían hasta olvidar la gracia de Galia y el espíritu de Lutecia. Pero el arrepentimiento nunca llega tarde, y son pocos los lectores del autor de los *Diálogos filosóficos* que busquen ahora entre sus libros la *Historia de las lenguas semíticas* o *Los orígenes del*

lenguaje, en cuyas páginas apunta ocasionalmente el autor de *San Pablo,* el Renán que siempre llevamos sobre el corazón.

"Cuando Montesquieu se documentaba estudiando en los archivos las leyes de algunos pueblos medievales, para escribir uno de sus libros, llegó a compararse con un Saturno devorando piedras: de tal manera aquel trabajo de mañosa y prolija erudición le exigía un árido esfuerzo, en el cual la inteligencia casi no tenía intervención. Algo por el estilo debe sucederle a usted con la filología: repaso las notas prolijas de su libro, erizadas de nombres y títulos en todos los idiomas y de todas las épocas, y bendigo su voracidad saturniana; me explico su avidez de saber, su *libido sciendi;* me espanto ante su curiosidad benedictina, pero me entristezco, porque no olvido las bellas páginas de sus *Horas de estudio,* y aquellas encendidas y frescas palabras de su alocución al noble Barreda. ¡Usted me entiende!

"Concibo que apasione a un helado erudito el estudio de la importancia que tiene el acento latino en la lengua francesa; que se realicen búsquedas ímprobas para escribir tratados indigestos sobre el pentámetro yámbico alemán o sobre el endecasílabo dactílico; que se malogre una clara inteligencia, perdiéndose en prolijas investigaciones, mientras trata de probar la importancia del pronombre neutro de la terce-

ra persona en francés o las variaciones del ritmo trocaico en la poesía latina; todo eso lo acepto, y hasta lo justifico; pero en ningún caso lo deseo para usted, a quien no le hace falta el apodo de sabio en tan inútiles investigaciones, reservadas para pupilas miopes y para lustrosas calvicies.

"Renán, a quien deberé citar una vez más, pudo hasta creer en un momento de su vida que la filología era suficiente para explorar todos los rincones del espíritu humano. ¿No llegó a argüir que el racionalismo, la crítica y el liberalismo habían nacido el mismo día que la filología? "Los fundadores del espíritu moderno son filólogos." ¡También se da la pasión en la ciencia y la ofuscación en los más claros espíritus! ¿Concibe usted una historia de las instituciones liberales vinculada a los trabajos de Hervas y Panduro, Wolf, Díez o Meyer Lübke? Ya sé que usted sonreirá socráticamente para decirme, acaso, que la filología, como la historia, guarda las puertas de la antigüedad y es el más celoso conocedor del pasado. Sin embargo, me permito confiar más en nuestras esperanzas de porvenir que en las prolijas revisiones del antaño. No deseo para usted la gloria impasible de nuestro Bello y de nuestro Cuervo, sino la aureola de gratitud unánime de un pueblo joven que desea vivir y llegar a ser algo más que un frígido museo.

"Deje usted a pacienzudos y prolijos espíritus ratoniles las búsquedas comparativas en los antiguos textos, las excepciones sobre este o aquel verso perdido de tal o cual malísimo poeta, y vea en torno suyo la vida que pasa y las obras que quedan.

"No niego yo, y ello implicaría la afirmación de una desusada petulancia, el valor y el interés altísimo que tiene para el conocimiento de los pueblos antiguos la historia de sus lenguas, que dejan perdurar hasta más acá de los siglos la expresión de sus grandes progresos espirituales. Ellas conservan y eternizan el alma de los pueblos y prolongan sus influencias en una renovada acción cultural. Sin embargo, cuando el filólogo olvida el espíritu crítico y sólo pasa a ser una especie de botanista, movido por obstinada manía clasificadora, entonces cae en la minucia lexicográfica, en el prurito puntillista, en la caza del ápice y de la excepción, en la tiranía de la papeleta y del escolio. Que Max Müller evoque las grandes epopeyas de la sabiduría védica; que Díez escriba obras inmortales sobre los trovadores; que Durán escudriñe los orígenes de los más vetustos romances; que Bello traduzca el poema de Ariosto; que Menéndez Pidal estudie el vocabulario y la gramática del poema del Cid, seguramente importará siempre una digna labor para la cultura; pero quédense tales esfuerzos para la pacienzuda

miopia del gabinete y del erudito, mientras el arte anda por los amplios caminos de la vida, en contacto con las cosas del cielo y de la tierra.

"¿Envidia usted acaso al sombrío Littré con su Diccionario monumental? ¿Cuántos llegarán a leer en nuestra América sus "Tratados", si usted logra ser mañana nuestro Meyer Lübke? Hace poco ha muerto entre nosotros el venerable Hanssen, filólogo máximo entre los mejores, y sin embargo, ¿quién recuerda su obra, desparramada en periódicos y folletos, como no sea Américo Castro o algún raro universitario tudesco?

"¿Cuántos serán los lectores futuros de esas doctas monografías sobre la formación del imperfecto de la segunda y tercera conjugación castellana en las poesías de Gonzalo de Berceo; de aquella sobre la colocación del verbo auxiliar en el antiguo castellano; de tal o cual estudio sobre la pronunciación del diptongo "le" en la época de Gonzalo de Berceo, sobre la sílaba perdida en los versos de arte mayor o sobre las conjugaciones aragonesas y leonesas?

"No olvide usted que Nietzsche fué filólogo y huyó a tiempo, a pesar de que había llegado hasta ella vestido de Apolo, y que las obras de Gastón París, Wolf, Farinelli, Brunot, Menéndez Pidal sólo son pasto de obligadas lecturas universitarias. Y los libros deben tener un poco el don de la vida. ¡Que vuelen! ¡Que vi-

bren! ¡Que siembren! ¡Que entusiasmen! Bien sabe usted el destino que les aguarda a esos prolijos volúmenes inútiles: ruedan sobre los bancos y las mesas, pierden sus colores sobre los anaqueles de los libreros, reciben las profanaciones de todos los aburrimientos y al fin se mueren en un rincón entre un diccionario y una Biblia, polvorientos, manchados por la humedad y mordidos por la polilla.

"Con los libros y con la ciencia toca ser un poco irreverente y un poco desconfiado. Usted, que ha frecuentado a Nietzsche, ha podido gustar las justas ejecuciones de ese crítico de ojo tan certero. ¿Quién antes que él se atrevió así contra Platón? ¿Quién en la tierra de Burckhardt y de Winckelmann osó antes dudar de las virtudes socráticas? Usted lo ha leído y usted lo sabe.

"Meses, años ha consumido usted en pacientes búsquedas, a fin de estudiar y clasificar las manifestaciones de la versificación irregular en la poesía castellana. Y claro está, como suya, la obra ha resultado completa y casi monumental. ¡Cuánto ha logrado llegar a leer usted! Le son familiares los libros más áridos y las formas más remotas de la versificación castellana. Ha escrito un libro sabio, profundo, acaso definitivo. Por él le honrarán todas las academias y todas las inútiles doctas corporaciones. Las calvicies venerables se inclinarán ante usted; los

BIBLIOTECA NACIONAL

diccionarios le franquearán su entrada a la inmortalidad; los lexicógrafos le llamarán joven maestro; ceñirán su pecho con altas, raras insignias..., mientras nosotros, sus amigos y sus admiradores de siempre, con cierta intuitiva melancolía, nos quedaremos aguardando el día en que usted regrese al generoso solar mejicano, a enhebrar el interrumpido coloquio, junto a sus amigos de antaño, que encarnan la juventud de siempre, esa juventud que usted exaltaba en el recuerdo de sus días alcióneos."

El otro camino.

Pero todos los caminos invitan también al regreso y después de cada soñada conquista la desilusión de volver suele constituir una nueva esperanza. Así, quien carecía acaso de un pertinaz sentimiento de la historia, tuvo que abandonar su pretérita labor para volver al ejercicio de su realidad cotidiana. ¿Qué habría de hacer un espíritu joven entre las graves calvicies y tras las puertas de una Academia? Nada fructuoso que no fuese mas que sentir la rebelión de la sensibilidad. El despertar de todas las inquietudes, eterna solicitación como la que embelesó a Sagramor durante doscientos años.

La España niña, que decía Rodó, pudo vengarse de la otra en este escritor que escapó a tiempo de las rutinarias disciplinas. El, que

desde su rincón novomundano halagaba las coqueterías de la abuela, al llegar al solar olvidó el clavicordio y las adustas bibliotecas, yéndose con la gente moza a saber sobre las cosas de la tierra y del tiempo actual.

Y he aquí cómo la miopia erudita pudo sacudir las gafas, abandonando la palmeta, para recordar que la juventud es siempre la vida. Entonces renació el crítico de antaño, grato a Dionisos, devoto de Walter Pater, en quien la pluma recogía el hervor del corazón y la embriaguez de la pupila.

Veamos cómo su España es también nuestra España, aunque vista desde otro punto opuesto. Las revistas peninsulares durante algún tiempo, y ahora un elegante volumen, han recogido todo el fruto de esas observaciones, que Henríquez Ureña rotula acertadamente "Mi España". Procuremos sentir esa España, oponiéndole también nuestra España.

¿Cómo es su España? Lejos del simple contacto espiritual, de la retrospectiva curiosidad literaria, el hombre desea abocarse con la realidad peninsular. ¿Por qué la nación española no vence los estorbos que la detienen, por qué no vuelve a ser señora de sus destinos?" He ahí todo un problema de psicología colectiva. ¿Qué contestaría Costa o Unamuno? Henríquez Ureña no encontró ciertamente la causa, pero llega a desear para su marasmo un sacudón regene-

rador como el de Rusia. ¿Dónde está el mal que ha originado este artritismo y esta anemia secular? Si piensa el escritor dominicano en el proceso de su historia, busca pronto el socorrido finar del siglo XV, cuando los españoles terminan la obra de su independencia heroica, pero no provechosa, y se lanzan a través de los mares a buscar una grandeza que no bastará para robustecer ese cuerpo exangüe. La realidad del trabajo fecundo ha desaparecido con el exterminio y el alejamiento del sarraceno, mientras la ilusión de un fácil Eldorado resucita cada mañana al Cid. La fuerza vital creada por el árabe ha sido extinguida por el hidalgo fanático que sólo pretende reemplazarla por esa ficticia grandeza que exalta el imperio corruptor. ¿Qué más da el catolicismo de Fernando, la guerrera dominación de Carlos o el hipocondríaco sentimiento religioso de Felipe? Aquel mantener en alto la espada, tenso el brazo y despierta la ambición, puede contribuir a exasperar y rendir a un pueblo. También el exceso de energía suele ser razón de menoscabo orgánico. No basta sólo recibir porque es preciso acendrar. La convalecencia impone el reparo de las fuerzas perdidas; sin embargo, España sigue bregando tras su enfermedad, como si estuviese entera en su ánimo e intacta en sus energías. América es el último de sus hijos y alcanza a ser un parto feliz. Mas, durante su lactancia la decrepitud deja presen-

tir todo el desplome de una decadencia irremediable. Luego continúa viviendo pasivamente, en el plácido aislamiento de una dorada medianía. Ni la Reforma compromete su salud (¡ah, salvadora ocasión perdida!), ni el siglo XVIII logra sacudirla. Si no oyó a Lutero, ¿cabe imaginar que escuchase a Rousseau?

Los pueblos, como los cuerpos suelen renacer con reactivos violentos o morir del todo y de una vez. Pi y Margall supo algo de esto y la guerra de Cuba le dió enteramente la razón. Alemania, Inglaterra y Francia luego, se salvaron renovándose: las sacudidas de afuera y las convulsiones intestinas llegaron a tiempo; entre tanto, España comenzó a vivir al margen de la actividad europea, cansada, escéptica y entristecida. El liberalismo moderno sólo fué a perturbar el ocio de su vida mendicante oculto en las mochilas de los soldados de Napoleón. Sin embargo, mientras Moratín o Cadalso pensaban en Europa, el pueblo español les condenó por afrancesados. El europeísmo, en medio de esa crisis, era sinónimo de traición, de simpatía galaica. Entre tanto España vivía, ya sin América, malhumorada y sola. ¿Quién iba a escuchar la estrangulada conminatoria del Pobrecito Hablador, en medio del solemne entierro de la sardina o ante el espectáculo de los "pases" de cualquier "fenómeno" de las lides?

Claro está que, según lo observa Henríquez

Ureña, el pueblo español no da la expresión de senilidad. Es vivo, locuaz, animoso. "Tiene genio", declaraban un día, a dúo, Luis Urbina y Alfonso Reyes, hablando del pueblo bajo. ¿Genio o ingenio? ¿Que colaboró en la arquitectura de las catedrales y de los alcázares, en los cantares de gesta y en los romances? También el pueblo egipcio acarreó las piedras para sus pirámides y las multitudes asirias crearon los frisos de sus templos. Y aunque el pueblo judío no dejó monumentos, fué más grande porque contribuyó a perpetuar una pura verdad moral, que determina el fin del mundo antiguo. Pero seguramente en nada de esto advertimos la huella del genio. La gracia de Andalucía, la melancolía cordobesa y la sal matritense, son hijas del ingenio regocijado, pero no de una idealidad espiritual ni de un don creador. El genio de un pueblo construye sobre su propia realidad el castillo de sus intereses; si sufre la expoliación de sus malos gobernantes, se los sacude; si ha enfermado de muerte, reacciona; si es infeliz, se contiene hasta crear su necesaria ventura. El 14 de julio demostró el pueblo de París que no ignoraba enteramente el sentimiento de justicia; en ese instante aparece movido por la clarividencia de las ideas generales: destruye el fundamento social de un mundo caduco y demuestra haber escuchado a los enciclopedistas.

Henríquez Ureña confía en el presente, que se

le aparece cargado de promesas de futuro. Pero las conclusiones de Mateo Arnold acaso le engañen en este caso. No bastan los intereses ideales ni la suficiencia de las técnicas. Seguramente el problema es más hondo y viene de más lejos. Tal vez consista en un defecto ancestral, con muchas particularizaciones locales; es una simple limitación del concepto de humanidad que reclama una urgente e indispensable intervención quirúrgica sobre el egoísmo vivo, que circunscribe en un estrecho reducto al hombre aferrado a una tradición defensiva de tal o cual mezquina parcela de tierra, en cuyo seno se defiende gozando de lo suyo como el sórdido acaparador de la riqueza amasada por los otros. Esta plenitud del goce exclusivo, llámese sentimiento único de la nacionalidad, suele tener sus inconvenientes, porque restringe el contacto indispensable con los otros pueblos. España, separada de Alemania por las guerras de religión y de Francia por un sentimiento tradicional, se aisló desangrándose, y no la pudo salvar su pueblo porque carecía de ese genio que se anticipa a la historia. Tuvo, acaso, el pueblo español la ingeniosidad de lo pintoresco, del sabroso color local; pero careció del genio trascendental de sus destinos. ¿No ha releído Pedro Henríquez Ureña al pasmoso Quevedo y al corrosivo Larra? He ahí dos cirujanos cuyo diagnóstico no ha sido aún rectificado.

BIBLIOTECA NACIONAL

La revisión de los valores.

Pero junto a esa España de la realidad desconsolada encuentra la otra Pedro Henríquez Ureña: aquella que nació entre los escombros de la catástrofe del 98. Desde entonces se escucha la voz de Unamuno y desde ese momento encontramos a Baroja, a Maeztu, a Araquistain y al melancólico *Azorín*. Y esa realidad ideal tiene un sentido profundo para la cultura española: renueva y construye. Perinchida de la animación que le llega del exterior, según lo soñaba *Clarín*, sabe conservar su sentido autóctono sin dejar de ser universal, ya la influyan Montaigne o Nietzsche, Jules Renard o Rubén Darío.

"Es larga y compleja la formación de esta aristocracia—dice Henríquez Ureña—que, bien se comprende, surge después de 1898. Para unos existe como cosa de selección consciente y voluntaria; para otros como ambiente natural, sin que parezcan pensar en ello." Su caracterización podría consistir en la sobriedad, en sus gustos depurados, en la cultura sin énfasis, en la oposición a todo hinchado romanticismo improvisador. Procede de una crítica estricta y gusta de la estética pura. Unamuno es su filósofo místico; Ortega y Gasset, su filósofo intelectualista; Juan Ramón Jiménez y Antonio

Machado, sus poetas principales; *Azorín*, su crítico; Díez-Canedo, su humanista moderno. Aliada de Rubén Darío, reconocedora de la tradición de Giner, respetuosa ante los estudios de Menéndez Pidal, completa su triple curiosidad manteniéndose en estrecha frecuentación con todas las latitudes geográficas, dondequiera que anime el soplo del arte independiente.

Aunque lo moderno informa el sentido profundo de los gustos en esta aristocracia, la tradición reclama su parte, y a veces se erige en un dominio que siente muy de su agrado el escritor americano. Cuando el crítico nos lleva hacia los jardines andaluces de Juan Ramón Jiménez, no olvida la Andalucía recóndita de tres medianos poetas: Herrera, Rioja y Bécquer. Los *Jardines* del doliente elegíaco no reconocen parentesco botánico peninsular ni filiación regional. Su gris melancolía, que se deslíe bajo las lunas de Verlaine y de Francis Jammes, es lo menos andaluz que hasta ahora haya hecho sentir un lírico. Esa música triste que llega en el aire está lejos de la copla y desmiente la zambra de chulos y manolas. ¿Qué parentesco cabe entre un poeta doliente hasta las lágrimas y un pueblo alegre como un cascabel loco de Carnaval?

En cambio, *Azorín*, que frecuentó Lutecia en sus mocedades, tuvo sus acráticos resabios (¡después del 98 era indispensable asustar al

burgués!) y ahora retrocede hacia su pasado, movido por minuciosa miopia retrospectiva, fué siempre un español fundamental. Fatalmente debía enredarse en la política y llegar a ser un animador de los valores clásicos. ¿Puede un español pensar en el futuro sin mirar constantemente hacia atrás?

Azorín gusta de lo moderno y quiere ser un hombre actual: procura poner de acuerdo sus bienamados escritores antiguos con la sensibilidad moderna, aunque no lo consigue del todo cuando lo intenta con fray Luis de León o con Teresa la Santa. Sin embargo, Henríquez Ureña observa con acierto (generalmente el escritor dominicano tiene el acierto de la observación crítica) que "la hostilidad general de *Azorín* contra el criterio académico, estancado en tablas de valores digna de exterminio, motiva en parte su hostilidad contra la erudición, que en España acostumbra ir unida a aquel criterio". Y debemos reconocer que el autor de *Los valores literarios* tiene razón: tal vez Menéndez y Pelayo fué el más amplio de los críticos al tratar la vieja literatura castellana; pero nada pudo existir tan inactual como su criterio moderno, cerrado a macha martillo, sobre todo antes de sus treinta años, contra toda idea que no estuviese dentro del estrecho círculo católico ("Soy católico a macha martillo", decía), en los precisos momentos en que Giner pensaba tris-

temente en la otra España del porvenir y cuando *Clarín*, en Oviedo, recogía con fruición el nuevo aire que le llegaba de Alemania con la corriente krausista, que el novel impugnador de los heterodoxos estigmatizaba implacablemente. Y ya que hemos traído a cuento el nombre de *Clarín*, se impone una comparación: "Menéndez y Pelayo—escribe Henríquez Ureña—es el único crítico que puede servir de guía para toda la literatura española, y representa el criterio más amplio antes de nuestro siglo." ¿Ha releído el crítico dominicano las páginas que D. Marcelino le consagra a Feijóo, para no citar a Saavedra Fajardo? *Clarín*, posiblemente, hubiera juzgado de otra manera, porque su inquietud moderna y su cultura filosófica le llevaron más lejos, en medio de todas las inquietudes de su tiempo. El siglo XVIII español, sobre el cual pesaba la más grave de las inculpaciones, también tuvo su asomo de Enciclopedia, aunque careció de influencia sobre el pueblo, pasando poco menos que inadvertida ante las clases cultas.

Si fuera posible enfrentar los nombres de críticos como Sainte Beuve, Mateo Arnold, Winckelmann, Renán, Taine, *Clarín* y Menéndez y Pelayo, podríamos inducir una conclusión clara: todos ellos, con la insólita excepción del maestro de las *Ideas estéticas*, participaron de la inquietud del siglo, no desentendiéndose de sus anticipaciones. Mientras el novelista de *La Re-*

genta discutía a Renán, franqueaba la entrada de España a Balzac, Zola, Carlyle, y recibía sin resabios a Rodó, Menéndez y Pelayo reñía contra el arte moderno y se obstinaba en ignorar la América de sus días. Rubén Darío frecuentó su trato; pero el maestro santanderino cerró su entendimiento ante esa herejía lírica, cuya influencia alcanzó él a sentir en su propia tierra.

No arguye prueba competente sobre la modernidad de Menéndez y Pelayo su extensa obra sobre las *Ideas estéticas*: libro frío y sumario, expositivo y bibliográfico si se quiere, pero donde no encontramos una generalización sobre la estética ni una doctrina constructiva, como ocurre en el de Croce o en el de Rosenkranz. Los volúmenes consagrado a Francia e Inglaterra en el siglo XIX apenas si pueden contarse como una mediana historia literaria, muy incompleta y restringida.

Y es que ese sentido nuevo que Henríquez Ureña elogia en *Azorín;* ese fino don de psicólogo, nacido de un sentido de modernidad muy cosmopolita, le faltó a Menéndez y Pelayo, que por su parte era el más formidable de los eruditos, la sabiduría bibliográfica más pasmosa que hasta ahora haya existido. Pero eso no basta: en Sainte Beuve a veces resultaba insuficiente el tragalibros, pero el crítico siempre estaba en su sitio y acertaba su dardo. (¿No hemos visto en la correspondencia de Renán y Sainte

Beuve cómo el autor de *Los Lunes* recurría a menudo a un amigo para informarse de tal o cual escritor, Baudry valga el ejemplo, sobre el cual tenía que escribir su crónica semanal?)

Henríquez Ureña puntualiza acertadamente esto cuando observa que la diferencia principal entre la crítica de Menéndez y Pelayo y la de *Azorín* proviene de que la primera ve la obra literaria en su perspectiva histórica, en su valor tradicional, mientras ésta la siente como una experiencia individual y actual.

Y es por esa causa también por lo que la crítica de Menéndez y Pelayo ha envejecido tan rápidamente. Falta de sensibilidad, de vida, parécenos demasiado determinada a los viejos procedimientos de su tiempo, que cifraban en la elocuencia y en la minucia erudita el sentido de su valor literario. Ninguno como D. Marcelino contribuyó acaso a disipar tantos errores, a realizar una labor tan fructífera de revisión; pero como Sísifo, fué víctima de la extensión de su propia obra. El bibliógrafo consumió al hombre de ideas: tarea prolija y constante de compulsar millares y millares de volúmenes, no le dió tiempo para hacer el balance de cuanto había indagado en sus múltiples búsquedas, comenzando por una severa autocrítica, el necesario acendrar de las ideas como base constructiva para el edificio propio, de armoniosa arquitectura.

RAFAEL BARRETT

O LA AMERICA ENFERMA

¿Un hombre libre? Tal vez sea éste el que buscamos, porque tuvo la entereza de su sinceridad en la hora que le tocó vivir, no siendo el esclavo del más estéril egoísmo, ni un individualista encastillado en la incorruptible soledad de su aislamiento, sordo a las necesidades de su época y ajeno a los clamores de la explotación organizada.

En medio del hervor vital y de las fatales determinaciones cotidianas, ¿cabe pensar en la posibilidad de una voluntad libre, en una acción independiente de los comunes prejuicios inveterados? Porque nuestro acomodaticio concepto de libertad no es mas que una simple razón misoneísta que nos permite justificar lo presente por lo pasado y cuando más intentar una suave penetración de las normas futuras. Para el hombre de ayer, como para el de hoy, la idea de libertad no se ha podido concebir sin que contrariase consagraciones seculares y principios fundamentales. Un filósofo representativo, un

BIBLIOTECA NACIONAL

moralista insospechable como Kant, no aceptó la noción de libertad absoluta sino como una amoralidad trascendental, ya que para él la única manera de ser libre consiste en observar la ley moral, que se subordina al principio determinado por la voluntad, al hecho de la razón, *Factum der Vernunft*, soberano bien, virtud perfecta fundada en la inmortalidad del alma y en la existencia de Dios.

El concepto de libertad para el hombre independiente está determinado a la relativa libre acción de sus actos, afirmación que para el kantiano puro resulta inconcebible, pues contraría su moralismo teológico, que subordina la libertad a un rígido imperativo, a una ley categórica orientadora de su conducta. Se es libre para fundar en la máxima aspiración moral el más alto fin ideal. Mientras el destino humano se debate en la eterna lucha que libran el ángel y el demonio, el hombre nuevo, el hombre renovado busca un camino, abre una senda, que más tarde seguirán otros tras él y que posiblemente en la hora anticipada llegue a ser la derrota que recorra toda la humanidad. ¿Acaso no podrá conciliarse algún día la eterna antinomia del bien y el mal, que ha regido la dirección de los destinos humanos con un principio trascendental de bondad y de justicia? Si la realidad inmediata es desconsoladora, toda aspiración ideal puede ser un acicate de progreso y el hom-

bre que ha vivido tiranizado por la esclavitud de lo acomodaticio necesita la resurrección de cada mañana, que decía el poeta, el viaje a las islas imaginarias del doctor Fausto.

Como cuantos penaron por abatir la esclavitud de los que han hambre y sed de justicia, buscando la verdad no con el temor de hallarla, sino con el deseo de poseerla para divulgarla, Rafael Barrett encontró en ella su calvario y su camino de perfección. La disciplina de la miseria y del dolor tornóle duro e invulnerable: esa eterna inquietud insatisfecha; la cotidiana presencia de la explotación del hombre por el hombre; el estremecimiento del corazón lacerado ante la queja reprimida y el grito solitario; el contacto y la confidencia de todos los pobres, de todos los parias, de todos los tristes, fueron para su carácter un impulso y una fuerza que le exaltaron hasta la altura del apostolado.

He aquí, pues, el caso insólito de un hombre que ha hecho sentir la cabal conciencia de la dignidad humana; que nada temió perder porque nada tuvo mal habido ni aguardó nada de un calculado porvenir. Lector, escucha, aunque no sea para que la repitas, la historia moral de este hombre libre, sobre cuya memoria pesa un silencio preñado de cobardías.

Nuevo Anarkos.

Di tu palabra y rómpete, clamaba Federico Nietzsche en la hora undécima de su vida, después de cabalgar a lomos de todos los símbolos hacia todas las verdades. ¡De esta guisa también el malogrado y sincero Rafael Barrett alcanzó a decir su palabra a tiempo para romperse demasiado pronto!

¡Qué vida fué la suya y qué espíritu y corazón mejor puestos! Bohemio incorregible, que sobrellevó resignado la dignidad de su franciscana pobreza; muriéndose un poco cada día, en medio de todos, con las alas a la rastra, como el albatros baudeleriano; devorado por la tuberculosis; consumido por la melancolía, torcedor que no respeta los músculos más recios ni los buenos humores más templados; símbolo eterno de aquel hombre del cerebro de oro que pinta Daudet, pródigo con su única riqueza hasta darse cuenta que con la última parcela de su oro entregaba también la postrera gota de su sangre. Barrett fué de aquellos que se prodigan íntegros demasiado pronto, que apuran la luz de su lámpara consumiendo precipitadamente su aceite. ¡Cuántos como él se han ido en hora prematura llevándose el secreto de cercanos florecimientos, que ni siquiera alcanzamos a presentir!

Los que buscan el engaste antes que el agua pura de la gema tienen razón para no leer a este escritor, que nunca hizo olvidar al hombre, como quería Pascal; que sacrificó siempre su amor propio en beneficio de todos: ¿no dijo en alguno de sus artículos que no importaba la boca que gritase las verdades porque la cuestión consistía solamente en que la verdad fuese dicha? Quiso ser él uno de esos pocos que tienen la altiva conciencia de ella para erigirse en su vocero. Muchos se taparon, se tapiaron los oídos para no oírle; pero a pesar de los más, logró hacerse escuchar, y ahora, corridos más de dos lustros después de su muerte, sigue ganando batallas como el Cid. Mientras tantos, con cerrar los ojos, se mueren definitivamente, este hombre resucita cada día un poco, y llegará una hora, acaso muy cercana, en que se encuentre, como Lázaro, redivivo del todo. Porque memorias como la suya son recuerdos edificantes para esa América inficionada de literatura, tuberculosa de imitación, sin nacionalidad ni arraigo en su casta ni en su tierra.

Rafael Barrett, que como americano adoptivo supo ser más de ese suelo que muchos; que no cultivó el arte como tantos desarraigados, ajenos a las inquietudes de su pueblo y de su raza, vivió la vida de América intensamente y supo hacerla sentir a propios y extraños. ¿Qué pueden argüir después de leídas sus *Moralidades*

los que aún se empecinan en ignorar el problema social de estos países? Recordemos solamente su impresión de Buenos Aires, ese trágico amanecer en que observó al pobre atorrante escarbando la asquerosa lata de la basura para arrancar de entre los desperdicios una carnaza ya ensalivada por las fauces de un perro acaso ahito: "¡También América!"—exclamó entonces Barrett—. ¡También América oculta sus vergüenzas, disfraza sus dolores y conoce las hambres que estrangulan; también América tiene razón para sentir el odio de abajo arriba! ¡También en los campos y en los bosques y en las montañas de América, como en las estepas rusas y en las llanuras de Hungría, los hombres pretenden llevar la justicia en las bocas de sus rifles, mientras humillan y explotan al indio embrutecido o al labriego inerme!"

Este hombre tuvo la elocuencia del dolor: sufrió la vida, y en ese sufrimiento encontró ánimo para su palabra desnuda. ¡Cómo resonó el cristal de este vaso, a pesar de su terrible trizadura por la cual se le derramaba hora a hora la energía, cual la sangre de una vena! Hombre verdad, hombre sinceridad, prodigó su existencia consumiéndose como la candileja que se da toda en la llama alumbradora. Cuántas veces sus páginas fueron escritas entre dos vigilias, exprimiendo las postreras reservas de su salud en las blancas carillas, que para su talento tu-

vieron siempre el valor de cheques sin caja donde hacerlos valer. Pero en fuerza de vivir así, de manera siempre precaria y harto inactual, convirtiendo eternamente la sangre en espíritu, como pidió el solitario de Sils María, no hizo sino prepararse rápidamente para la muerte. Mientras sus músculos y sus pulmones debilitados exigían reposo, bienestar, leche fresca, aire puro, él les daba privaciones, angustias, dolor, dolor, dolor.

Era el más pobre de los pobres, porque a pesar de la riqueza de su talento fueron escasos los que estuvieron cerca de él, y en cambio muchos los indiferentes y los agresivos. Su tesoro no le permitió amasar una fortuna, que es el precio de la abundancia y de lo superfluo, sino que llenar carillas con reflexiones hondas y dolorosas, de esas que provocan las muecas amargas y los suspiros profundos, y que los habituales Pantagrueles, Calibanes y Homais cotizan entre las divinas riquezas innecesarias.

Para Rafael Barrett el problema de su pan cotidiano fué el problema de su revelación; la mayor parte de sus *Moralidades* brotaron a medida de la diaria necesidad, casi siempre escritas al margen de la noticia periodística; generalmente sugeridas por el suelto telegráfico o la información local. La hoja cotidiana fué para él lo que la helada biblioteca para otros: el mejor excitante y la Summa más eficaz para

sus experiencias. El regalo de un millón de liras al Papa, un decreto de la Emperatriz de la China, que manda cerrar los fumaderos de opio, el linchamiento de un negro en los Estados Unidos, un robo, el atentado de un estudiante indio, la negación del indulto a Nakens mueven su pluma a hilvanar justas reflexiones sobre un pueblo en estado de catalepsia; sobre las sugestiones que ejercen los tronos en cuanto quisieran ser bastardos de un principio o se enorgullecerían en prostituir sus esposas y sus hijas en los rincones de los palacios; sobre la bárbara práctica de Lynch, que renueva los impulsos primitivos de una raza; sobre el noble anciano español, que se negó a ser delator y verdugo, pagando en la cárcel su hombría y su probidad.

Nuevo Anarkos, la palabra en la pluma de Barrett llegó a convertirse en verbo de admonición: clamó contra la esclavitud asalariada, porque él fué su primera víctima; no supo contemporizar con los malos gobernantes, porque comprendió que eran los peores enemigos del pueblo, tantos siglos vilipendiado. Siempre encendido en bíblico anhelo de justicia, no supo jamás esconderse detrás de sí mismo, exaltando en elocuente clamor sus ideas, chispas rojas de su fragua siempre encendida. Como nunca se educó en el disimulo ni en la avaricia, no pudo callar, sufriendo por todos, entregándose

sin restricciones, hasta llegar a ser uno de aquellos locos que traen consigo la aurora, según su nietzscheano decir.

Cuando muchos acaso le creyeron olvidado para siempre, he aquí que comienza a apuntar un sol de gloria para su nombre. ¡Curioso sarcasmo: él, que murió anónimo; que rodó de país en país buscando la salud; que fué pobre de solemnidad, comienza hogaño a ser pasto del interés y de la atención de cuantos antes no quisieron leerle y hasta le despreciaron! Aunque un poco tarde felizmente ya se le comenta, ya se le juzga, ya se le busca, ya se le elogia y hasta se le aplaude... acaso porque habiéndose ido para siempre no llegará a ser una sombra para nadie, pues desde hace algunos años sólo es flor y vida en los árboles de Arcachon, donde duerme bajo la tierra.

El hombre.

El solo recuerdo de la vida de Rafael Barrett constituye su mejor elogio: escribió lo que vivía, hora tras hora, obedeciendo al ritmo de sus impresiones y al calor de sus ideas. Su existencia hace pensar en la tragedia cotidiana de un desesperado, que muchas veces cerró los puños delante de los ojos, encarando al destino, y otras pensó con ironía en la resignada imposibilidad

de aguardar el advenimiento de la justicia entre los hombres. Rústico, violento, ásperamente primitivo, siempre dejó oír la voz destemplada de un hombre evangélico, arrebatado por las exaltaciones de un nuevo Ecequiel. Tremante solía ser el eco de su voz y rojos los carbones encendidos de sus palabras.

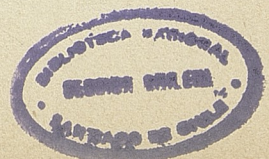
Nacido en Algeciras, tierra solar, de su vida de niño y de su mocedad nadie tuvo jamás noticias, porque él mismo supo olvidarlas a tiempo. Acaso su existencia infausta no conoció el dulce calor hogareño y las tibias caricias maternales, y si las llegó a tener debieron ser una desgracia viva.

Después de arrastrar muchos años de pobreza y de infortunio en Madrid, una tarde, en cierto indeterminado café vióse envuelto en áspera reyerta con tal o cual señorón de estruendosas campanillas; Barrett habló de duelo y sólo recibió la respuesta de una sonrisa irónica; pero luego supo hacerse justicia por su propia mano y el incidente estuvo a punto de convertirse en asesinato.

Entonces Barrett desapareció furtivamente de Madrid, yendo a caer, a vueltas de inesperadas peripecias, en Montevideo, mientras le buscaban los corchetes de la Guardia civil por las callejas apartadas y las zahurdas del Madrid de extramuros. Detrás de él habían quedado entre tanto el mar y su tierra, y ante sus inquietu-

des se ofrecía América. Sus vigilias, sus angustias, sus fríos sin techo ni abrigo comenzaron a agravar una contenida afección pulmonar. ¡Que no habían sido cortas sus errancias y sus privaciones, los días sin pan y las noches desoladas de su pobreza! En ese instante comienza la verdadera tragedia en su conciencia: su salud decae, y sin embargo ha menester de energías para trabajar. ¿Qué hacer? Está solo y no conoce ningún oficio. Se siente un verdadero inadaptado. En cambio, ha leído los mejores libros, tira con destreza el florete, practica el *tennis*, monta como el más seguro de los jinetes, barrunta filosofías, pero es pobre de profesión, metafísicamente un indigente. El dilema es tiránico: ser o no ser. Es preciso vivir: llena una primera carilla con un artículo, una de sus "Moralidades actuales", que *La Razón* acoge con un vago y benévolo interés. Transcurre un día y he aquí el milagro insospechado: a poco de leer ese artículo Rodó acude a la imprenta en busca de aquel desconocido, que sólo firma con dos iniciales: R. B. Pero nadie puede darle noticias de él. Acaso el día anterior todos le habían visto en la sala de la Redacción y ninguno había reparado en su aire triste de joven prematuramente envejecido, en su palidez de Cristo zurbaranesco o de hidalgo del Greco.

Desde aquel instante Rafael Barrett comienza a darse cuenta que su pobreza tiene una cam-



pana y sus rebeliones un campanario desde el cual echar a vuelo todas sus angustias contenidas. Y fueron entonces diez, fueron veinte, fueron muchas las *Moralidades* que destilaron de su pluma amarga.

Nocherniego e inquieto, no hacía entre tanto sino consumir apresuradamente el aceite de su lámpara. Poco a poco se le iba la salud como la sangre de una herida. Un día, obedeciendo a la prescripción médica, enderezó rumbo a la Asunción en busca de oxígeno para sus pulmones deshechos. Mascó también allí papel de imprenta; fué temerario y sufrió vejaciones; amó aturdidamente a una mujer; le nació un hijo; vivió once meses en la frontera paraguaya escribiendo algunas de sus mejores páginas, mientras la tuberculosis agotaba sus postreras energías. Con la balija apretada de originales regresó a la Asunción para despedirse de su mujer y de su hijo y seguir viaje a Montevideo, donde el mismo día de su arribo fué a golpear a la puerta de la calle Cerrito: los brazos y las palabras fraternales de José Enrique Rodó le acogieron cordialmente. "Me voy, quiero viajar, en busca de salud—le dijo Barrett—. Necesito dinero en cambio de mis originales. Si después mis libros llegan a venderse, ahí están mi mujer y mi hijo. Pienso que en París me puedan currar."

¡Pobre Barrett! Era la suya una esperanza

remota, la comedia de la desesperación. Sin embargo, cuando más segura se acercaba la hora inevitable más sentía él la necesidad de vivir. Mil, dos mil pesos tal vez le bastaron. Traspuso el charco; llegó a París; se hizo examinar en una clínica, y después de saber los días de vida que le restaban, se trasladó a Arcachón, antigua ciudad de pescadores de ostras, donde el clima es muelle, el aire húmedo y la vida un seguro suicidio para un tuberculoso. Como el Sebastián Melmoth, que antes de la cárcel de Reading se llamó Oscar Wilde, quiso ser olvidado para morir más pronto y más solo.

Una mañana, en su precario cuarto de alquiler, le encontraron rígido. ¡Pobre Rafael Barrett!

Moralidad actual.

Pero aquella mañana no había muerto del todo, pues quedaba redivivo en su obra, en sus prosas, que son tremantes desgarrones de una existencia amargamente sincera. En acto constante de puro desinterés, se dió todo entero para ennoblecer la causa de cuantos se debaten aherrojados en la esclavitud que impone el capital: "Nuestra misión—ha dicho en alguna de sus *Moralidades*—es sembrar los pedazos de nuestro cuerpo y de nuestra inteligencia; abrir nuevas entrañas para que nuestro genio y

nuestra sangre circulen por la tierra. Existimos en cuanto nos damos; negarnos es desvanecernos ignominiosamente. Somos una promesa; el vehículo de intenciones insondables. Vivimos por nuestros frutos; el único crimen es la esterilidad." ¿Qué más pudo ofrecer Barrett que su inteligencia y su vida, no regateadas en un constante acto de sacrificio? Ni supo ni pudo ser estérilmente egoísta, y si fué siempre el más pobre, porque no tuvo más que lo precariamente necesario, era sin embargo rico, porque habiéndolo dado todo, siempre tuvo mucho para ofrecer. El dolor, la miseria y la queja inoída de los que han hambre y sed de justicia le enternecían y exaltaban las mejores admoniciones de sus *Moralidades*. Cuando un periódico anuncia cierto día que un desconocido le ha regalado un millón de liras al Papa, Barrett escribe: "El incógnito donador sabe que la desesperación conduce a los campesinos rusos al canibalismo; que bajo los puentes de Londres se encuentran cada mañana por docenas los cadáveres de los mendigos; que, igual que a fines del siglo XVIII, existen suelos desolados donde el labrador hambriento se echa de bruces para morder las hierbas que los animales rehusan; que no faltan madres pordioseras que abrasan a sus hijos los ojos con nitrato de plata para enternecer al transeúnte; que no sólo los miserables, sino los fuertes, el talento y el inge-

nio, agonizan bajo el peso de la atrocidad colectiva." Piensa él lo que significa todo este dolor anónimo; piensa en la fría indiferencia colectiva, en toda esta miseria terrible que se debate callada; sube a sus labios la imprecación, despertándose el duro Anarkos, que espera todo de la violencia, pues cree que es la única manera de hacer justicia y de "mudar la sangre de los odres podridos"; confía en la eficacia del gesto anarquista, en "el júbilo magnífico con que la dinamita atruena y raja el vil hormiguero humano".

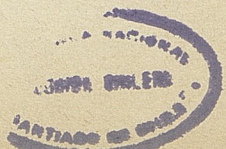
¿Si será que siempre la Humanidad ha de perpetuar en su injusticia, en su egoísmo, en su dureza, en su ambición? ¿Cómo reducir el instinto a la biológica necesidad de la lucha, que crea la desigualdad, la envidia y la sed de dominio? ¿Acaso Barrett llegó a creer en el sofisma rousseauniano de la bondad, olvidando que a menudo no bastan ni la educación, ni la cultura, ni el terror milenario de las religiones para dominar la bestia insaciable, la bestia tiranizada por el impulso ancestral que cada hombre lleva dormida por dentro? Con acierto más elocuente que el de cualquier didactizante, un pintor del buen tiempo de los simbolistas, Henri de Groux, compuso una tela, *El Cristo de los ultrajes*, que es la propia imagen de la Humanidad. En torno al desamparo del Nazareno, como una racha enfurecida, viento apo-

calíptico del odio, se arremolina la mala levadura del hervidero humano; proxenetas, asesinos, ladrones, prostitutas, traidores, avaros sórdidos, guerreros, todos los hijos de los mentideros sociales, la eterna carne de la Humanidad doliente, tanto más imperfecta cuanto más desgraciada. Pero Barrett sabía demasiado que el odio es más fuerte que el amor entre los hombres y que Dios, para llegar al corazón de la Humanidad, tuvo que encarnar en la baja arcilla, haciéndose cruel y vengativo para que comenzaran a creer en su divinidad: "El miedo es lo que ata fuertemente a los hombres entre sí, y a los hombres con Dios, porque la ira y el encarnizamiento son más humanos que el amor, y Dios, para subsistir en los hombres, debe ser humano ante todo." Porque, en verdad, a los hombres llega a interesarles antes el Dios que les tiranice que no el que muera por ellos en dos maderos. El viejo Jehová fué siempre temido, acaso porque siempre fulminaba el rayo de sus iras contra las faltas que el Nazareno supo ungir con su perdón.

Sin embargo, Barrett no quiso, no pudo aceptar esta fatalidad mítica. Otro debe ser el sentido de la realidad moral. Los hombres han cambiado, decía ayer no más el venerable Anatole France; los hombres están cambiando desde la edad de los habitantes de las cavernas. Sí; los hombres deben cambiar, deben mejorar, y si

la Humanidad actual comienza a ver el derrumbamiento de un orden social caduco, que sucumbe bajo el peso de sus propias culpas, puede confiar en el advenimiento de una Humanidad renacida, purificada en el crisol del mismo dolor, que ha podido depurarla el sacrificio. El medio, la educación, el cultivo de la solidaridad, la guerra contra el odio y la explotación acabarán por elevar al hombre, dignificando los sentimientos que antes le rebajaban, cuando se dejó arrastrar por el impulso incontenido, por la pasión arrebatada.

Y hacia esa conquista quiso llegar Rafael Barrett diciendo todo lo que era menester expresar. Sin reparos gritó alto y recio, porque nunca supo acatar esa fácil oportunidad de callar. No fué él de los que abdican sus convicciones. Tuvo siempre gestos de sembrador evangélico y audacia moral de héroe. No disfrazó sus observaciones ni el ímpetu renovador de sus ideas con vagos simbolismos a fin de escapar a las modernas inquisiciones de los que prodigan la venganza negando el puchero o mostrando el puño cerrado. Tuvo la fuerte resignación de su valor, y si una vez la fuerza brutal se ensañó con él, cuando un tiranuelo le quiso imponer la rectificación de los juicios de cierto artículo, a la que respondió una negativa digna y la correspondiente artera venganza de quien le obligó a mascar el papel escrito, no por eso



arrió su bandera de verdad o adelgazó el trono de sus catilinarias moralizadoras. En realidad, de pocos como de él cabría hacer un tan cumplido elogio diciendo que fué un hombre entero, un hombre con toda la dignidad del hombre, un hombre-anticipación de un no lejano futuro, un hombre en el evangélico sentido tolstoiano, que hizo cuanto estuvo a su alcance para anticipar el advenimiento de una sociedad más justiciera y menos dolorosa. Porque tras su inmediata experiencia demasiado sabía Barrett que el dolor y la injusticia señoreaban por doquiera: en las estepas rusas, donde los campesinos "tienen tanta hambre que se comen a los muertos y muerden a los vivos", mientras los estudiantes "justicieros suicidas, vagan con la aurora en los ojos y la dinamita en las manos"; en los yerbales paraguayos, donde la explotación del hombre por el hombre mantiene redivivas las leyes de una caduca esclavitud; en los trigales de Hungría como en los campos argentinos; en los muelles de Londres, Marsella o Génova como en los barrios apartados de Nueva York y Budapest; en los gomales del alto Amazonas como en las salitreras de Chile. ¿Será posible aguardar un remoto advenimiento de la justicia mientras exista la miserable explotación del esfuerzo humano? ¿Será justo pedirle conformidad al hombre que vive rendido bajo

la entraña de la tierra, arrancando el tesoro que alimentará la riqueza de todo lo superfluo, madre de toda la desigualdad?

Los yerbales paraguayos y el terror argentino.

No pudo, no debió jamás ser acallada la voz de un hombre como Rafael Barrett, voz que el dolor hizo elocuente cuando denunció la infame esclavitud a la cual se somete al modesto peón en los yerbales paraguayos, imponiéndosele la firma de un contrato, la ratificación de su propia venta, antes de arrearle cual a las recuas hacia la selva para comenzar su explotación o sancionar sus posibles rebeldías casándole como la bestia peligrosa si en una hora de angustia pretende abandonar la faena. Esta esclavitud, como la que subsiste en los territorios del Putumayo o en las minas de Bolivia, constituye la más oprobiosa vergüenza de los actuales regímenes patronales, que prolongan los días de la colonia goda, cuando era el indio o el negro la carne de sacrificio, que hoy ha sido reemplazada por la del criollo, la del gañán aún resignado. ¿Dónde están esas leyes amparadoras de las garantías individuales, que exaltan las utópicas Constituciones política de América, cuando el peón, tras fácil engaño, es llevado hasta

los remotos campos donde la civilización no es mas que la voluntad del mandón ensoberbecido, y donde el pobre infeliz no tendrá otro amparo que la omnímoda potestad del juez, a quien soborna el capital? "El juez y el jefe—dice Barrett al recordar las víctimas de los yerbales—comen, pues, en ese plato. Suelen ser simultáneamente autoridades nacionales y habilitados yerbateros. Así el señor B. A., pariente del actual presidente de la República (esto fué escrito en 1910), es jefe político de San Estanislao y habilitado de la industria. El señor M., pariente también del presidente, es juez también en el feudo de los señores Casado y empleado de ellos. Los señores Casado explotan los quebrachales por medio de la esclavitud. Todavía se recuerda el asesinato de cinco peones quebracheros que intentaron fugarse en una barca."

Es en estas páginas de admonición, en estas páginas de piedad humana, en estas páginas vívidas, escritas con sangre, donde hay que encontrar a Barrett, no ya al Barrett que ironiza, sino al Barrett que conmina. El participó en las peores angustias de los que sufren; fué testigo doliente de la efímera alegría del peón a quien se le anticipan las monedas, que son el precio de su vida, antes de arrastrarle a la esclavitud del yerbal; él tuvo razón sobrada para escribir, acaso sin que nadie quisiera escucharle, esa página que debió ser levadura de remordimiento

para muchos explotadores: "¡Hoy, vivir, vivir, vivir por primera y última vez!; y el niño enfermo sobre el cual va a cerrarse la verde inmensidad del bosque, donde será para siempre la más hostigada de las bestias, reparte su tesoro entre las chinas que pasan; compra por docenas frascos de perfumes, que tira sin vaciar; adquiere una tienda entera para dispersarla a los cuatro vientos; grita, ríe, baila—¡hay frenesí funerario!—, se abraza con rameras tan infelices como él, se embriaga en un supremo afán de olvido, se enloquece. Alcohol asqueroso a diez pesos litro, hembra roída por la sífilis: he aquí la postrera sonrisa del mundo a los condenados a los yerbales."

Tal es el prólogo de la tragedia que viene, la sonrisa del anticipo, la cadena dorada que se tienda antes que se le remache el eslabón. Luego seguirá el arreo inhumano, menguado y mil veces vil. El rebaño de peones con sus familias irá hasta la selva a pie, demacrados todos; recua inerme y triste. El yerbal está lejos: cincuenta, ochenta, cien leguas. No importa: el capataz marcha en su rocín, revólver al cinto, voz dura, gesto avieso, implacable y sordo ante la queja. Mañana, un día cualquiera, al hacerse la venta o el traspaso del negocio, se estipulará tantas cabezas. Es la subasta del rebaño humano, es la bestia adquirida para la explotación de la selva.

Y he aquí el suplicio de los nuevos condenados: la faena es dura; el clima, infernal; cinco, ocho, quince años transcurren; luego, un día cualquiera, llega la muerte, y del humilde peón que fué arrastrado hasta la selva sólo quedaron, en una encrucijada del camino, a flor de tierra, sus huesos en cruz para contar la historia del más amargo y anónimo de los dolores. "Casi todos los peones—escribe Barrett—que han trabajado en el Alto Paraná de 1890 a 1900 han muerto. De 300 hombres sacados de Villarica en 1900 para los yerbales de Tormenta, en el Brasil, no volvieron mas que 20. Ahora se rafla por las Misiones argentinas Corrientes y Entre Ríos." La historia se repite; es la segunda época de la colonización bárbara: al conquistador lo reemplaza el capataz y al indio el gañán, que cae bajo el látigo, el palo o la bala del rifle. Antaño, en nombre de un rey lejano y de una religión implacable, se arrancaba la tierra, el oro, amasado con todos los dolores del aborigen o del negro comprado en Africa; hogaño es la simple explotación del pueblo por el capital y el poder reunidos. Vuelve la selva a ser lo que antes era: especie de Moloch insaciable, a quien se le sacrifican las vidas en holocausto de la riqueza fácil. "¡La selva! —clama Barrett—. La milenaria capa de Humus, bañada en la transpiración acre de la tierra; el monstruo inextricable, inmóvil, hecho

de millones de plantas atadas en un solo nudo infinito; la húmeda soledad donde acecha la muerte y donde el horror gotea como en las grutas... ¡La selva! La rama serpiente, y la elástica zarpa, y el devorar silencioso de los insectos invisibles... Vosotros los que os apagáis en un calabozo, no envidiéis al prisionero de la selva. A vosotros os es posible todavía acostaros en un rincón para esperar el fin. A él, no, porque su lecho es de espinas ponzoñosas; mandíbulas innumerables y minúsculas, engendradas por una fermentación infatigable, le disecarán vivo si no marcha. A vosotros os separa de la libertad un muro solamente. A él le separa la inmensa distancia y los muros de un laberinto que no se acaba nunca. Medio desnudo, desamparado, el obrero del yerbal es un perpetuo vagabundo de su propia cárcel. Tiene que caminar sin reposo, y el camino es una lucha; tiene que avanzar a sablazos, y la senda que abre con el machete torna a cerrarse detrás de él como una estela en el mar." Tan terrible como la mina en la entraña de la tierra es la mina soterrada en la entraña caliente y húmeda del bosque virgen, donde el peón acarrea en hombros ocho arrobas de hoja de leña cada día, gruesos troncos para el horno rudimentario, desde distancias inhumanas, a través de malos senderos de la selva y bajo las emanaciones de los miasmas terribles. Y todo esto por el salario

miserable, por el salario criminal que la propia Empresa arrebata dándole las prendas de vestir, el alcohol y el alimento según precios usurarios.

¿Dónde están las libres democracias de América si no existe una legislación que impida esta rediviva esclavitud medieval? ¿Dónde la libre concurrencia de los derechos individuales si éstos se conculcan con el apoyo y la maliciosa tolerancia de los Poderes públicos? ¡Cuántas veces el peón no gana más que el alimento que apura cada día, la mala comida de maíz, poroto añejo o tasajo de carne putrefacta! En medio de la selva tiene que vivir y subsistir, sin embargo, bajo el solo amparo del toldito mal cubierto de ramas; consumiéndose en el trabajo agotador o ante el acecho de las alimañas: la víbora mortal, los alacranes que caen de los techos, la garrapata colorada, la mosca y los mosquitos que afiebran y enloquecen. Y ¡ah del infortunado gañán que pretenda huir!, porque se le dará caza como a la fiera que se guarece en el cubil, y entonces sobrevendrán los castigos implacables: el cepo bárbaro, el lazo con el cual se le estiran los miembros, la colgadura de los pies en un árbol, el suplicio de las estacas, a las que se le amarra bajo el sol vivo, con lazos de cuero crudo, que se encogen ante la acción del calor, descoyuntando el cuerpo supliciado.

¿Habrá luego quien condene a Rafael Barrett porque ha tenido la osadía de revelar los secretos de esta nueva Inquisición? Y no faltarán quienes defiendan aún los pretendidos derechos de estas libres democracias que mantienen y toleran, ¡ira de Dios!, el horror de los yerbales; la expoliación del hombre en el Putumayo; el salario miserable en las minas de carbón, con jornadas de ocho o más horas; el despojo y el asesinato impunes del indio, desde Arauco al Canadá; las prisiones políticas de Venezuela; las ocupaciones de Santo Domingo y Centroamérica, y la trata de mujeres como en los vergonzosos días de los mercados de Oriente.

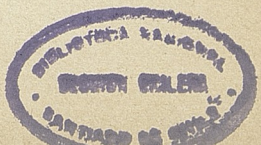
Barrett supo demasiado lo que eran los yerbales porque estuvo en medio de ellos y conoció todas sus angustias. ¡Qué mucho entonces que pusiera su pluma al servicio de tan alta misión humanitaria! ¿Cómo no recordarle siempre? ¿Dónde está la juventud de América, juventud enferma de intelectualismo, que se obstina en ignorar a este hombre muerto ayer tan sólo? ¿Dónde, dónde, dónde? Diz que en la Argentina se le desdeña, que en el Uruguay se le silencia y en el Paraguay se le odia, porque su palabra fué rocío de fuego y acusación implacable. Yerran, de seguro, cuantos esto afirman: los que hemos tenido la fortuna de conocer a la intelectualidad de Buenos Aires y de Montevideo; cuantos sepan que Echeverría y Sarmiento re-

viven cada mañana, tienen fundados derechos para creer que Rafael Barrett podrá ser repudiado tan sólo por los eternos misoneístas, que viven del pasado temblando por los presagios del futuro. Un hombre que no supo mentir, un hombre que tuvo por divisa la verdad, verdad que proclamó a todos los vientos a costa de su tranquilidad misma, tiene derecho para ser leído y colocado muy alto, por sobre las bajas pasiones interesadas que nublan todavía el sol de la justicia. No es posible creer que Barrett llegase a alimentar un odio calculado contra tal o cual pueblo: lo que alcanzó a decir del Uruguay, del Paragnay y de la Argentina podría hacerse extensivo a los restantes países del Continente, en los cuales el ansia con que se persigue la fortuna parece ser la única finalidad directiva, que creará mañana, sin embargo, los más serios conflictos entre el capital y el trabajo.

"Era inevitable—escribe Barrett al estudiar el problema argentino—el desarrollo de una aristocracia de terratenientes, de corredores y de políticos concentrada en Buenos Aires, núcleo luminoso del cometa cuyo cuerpo sin masa flota entre los Andes y el Atlántico." Tal vez las consideraciones que formuló Barrett en 1910 sobre el salario en la metrópoli argentina resulten inexactas en la hora presente, pues no poco se ha progresado desde entonces; pero de todas maneras, en el fondo el problema social subsis-

te con los mismos caracteres de gravedad: la desigualdad, cada día más acentuada, entre el hombre que posee y el hombre que trabaja. Claro está que la observación que Barrett hace en Buenos Aires podría ser hecha en Londres, en Nueva York, en París o en Berlín: el problema de la riqueza y el problema de la renta es el mismo de siempre y análogo en todas partes. ¿Puede juzgársele más severamente en un país nuevo, que se precia de libre y democrático, que en una nación cuyo pasado es secular? Socialmente considerado, el problema es análogo, y acaso si se le encara desde el punto de vista individual podrían variar las apreciaciones. La historia de la injusticia humana tiene las mismas agravantes dondequiera que la moral colectiva justifique las mismas inmoralidades consagradas. "Las libertades políticas—escribe Barrett—, ilusión, desahogo de obrero tímido, no se han conocido nunca en Suramérica. De Méjico al Cabo de Hornos reina una tiranía de mercaderes."

El repaso que hace Barrett de lo que podríamos llamar el cacicazgo político argentino, ¿no podría hacerse extensivo a Chile, al Perú, a Colombia o a Méjico? La arbitraria insolencia de la riqueza que Barrett advertía en la clase adinerada de Buenos Aires, ¿no es la misma de Francia, la China, España y Venezuela? Acaso el autor de *Moralidades actuales* se dolía amar-



gamente de que no apunte en los pueblos de América ese austero heroísmo de la pobreza que pedía William James. El desesperado afán de la fortuna ha muerto en nuestros países toda idealidad, manteniendo solamente la asquerosa concurrencia vulgar, ante la cual desaparecen la familia, el arte, la democracia y el progreso. ¿No escribió Rodó su *Ariel* en los comienzos del siglo para hacer sentir este contraste? En países que están aún en formación esta lucha sórdida resalta con caracteres más prácticos, porque hace sentir más de cerca y más desnudos "el desprecio del pobre, el asco del obrero, la delicia de atormentar al débil".

Acaso tarden aún en llegar todas las leyes que el pueblo comienza a exigir, a medida que va conociendo la responsabilidad de sus derechos; tal vez transcurran muchos años antes que el sol de la justicia alumbre una Humanidad más ecuánime; pero ese día debe venir. Cuando Barrett escribió sus admoniciones apasionadas de *El terror argentino* o hilvanó más de una vez sus *Moralidades* tras un estentóreo atentado terrorista, los partidos políticos, preocupados solamente con sus necesidades convencionales, ni siquiera deseaban conocer la existencia de un grave problema social, de un terrible malestar capaz de incubar una tempestad arrasadora como la hoz de la muerte. Con razón dice Barrett—y acaso escribió tales pala-

bras con su pensamiento puesto en Buenos Aires—: ya los intelectuales no pueden confundir "el terrorismo con el anarquismo, revelando que ignoran la existencia del apóstol Tolstoi, del crítico Anatole France, del sociólogo Kroptkine, de los genios y santos anarquistas", ni deben ignorar "los recursos del proletariado de Buenos Aires", porque en su cenáculo han encontrado seguros ecos las voces que claman contra la tiranía de la explotación del hombre por el hombre.

El rápido crecimiento de la Argentina, la inmigración cosmopolita, la riqueza fácil que multiplica el capital a costa de la resignación de los de abajo no han hecho sino acentuar, ahondándolas, las violentas rivalidades entre la fortuna y la labor, causas que comienzan a engendrar los más serios conflictos. Barrett alcanzó a prever que ocho años más tarde iba a constituir en Buenos Aires la primera advertencia del proletariado, cuyas reivindicaciones crearán hoy y mañana las más serias dificultades a los Gobiernos de América, porque sus dirigentes, antes que resolverlas como lo han hecho Inglaterra y Estados Unidos, sólo tratarán de ahogarlas con las balas de las represiones, olvidando acaso que la sangre puede ser el más eficaz de los vehículos contagiosos para las ideas.

"No hay bienestar colectivo—escribía Barrett en 1910—. Hay bienestar de una clase, cuyo

dogma forzoso es la propiedad. ¿Cómo ha de resistir la mente del propietario a la virtud operativa de la renta?" He aquí el origen y la razón de una desigualdad que hace más odiosa la vida del trabajador, sometido a la precaria necesidad del salario mínimo y a las imposiciones del capital, que crece en desproporción con los jornales: "Las grandes Compañías tienen a sueldo a los grandes caudillos democráticos—dice Barrett—. El Poder legislativo y el ejecutivo son siempre dependencias de los Bancos, de los Ferrocarriles, de las Empresas y de los negocios particulares... Los literatos oscilan de una glacial erudición a un preciosismo importado. La Prensa, cuyo mérito se evalúa por lo que expresa el papel de cada número, es un largo índice informativo y comercial, despojado de toda significación elevada, de toda valentía, de toda graciosa sutileza. Es una Prensa castrada y gorda, como aquellos a quienes sirve; una Prensa que se viste del talento extranjero y que trata las hondas cuestiones nacionales con la hipocresía o el mutismo de las conciencias compradas." Claro está que, como todo buen apóstol, apasionado por una sola causa, Barrett veía el problema burgués en su peor aspecto y tras el abultamiento de un solo prisma: ni la literatura argentina de hoy ni los grandes diarios de Buenos Aires podrían ser condenados tan perentoriamente; la cuestión social

preocupa y atrae en los momentos actuales a los novelistas y a los sociólogos, y no pequeña parte de la juventud rioplatense participa de las aspiraciones obreras, como la mayor parte de los diarios son el mejor vínculo para la divulgación de todas las conquistas populares del exterior, que transmite el telégrafo. Indirectamente contribuyen a lo que ha de venir, e indirectamente, acaso sin darse cuenta y a pesar de sus intereses, aceleran la proximidad de una aurora acaso más cercana de lo que soñamos.

El moralista del contraste.

Los que creen que Barrett hizo una profesión del pesimismo incurren en un error de leso desconocimiento de sus ideas y de sus sentires. Si anatematizó la explotación del hombre por el hombre, previendo acaso muy cercana la resurrección auroral, fué porque soñaba, porque deseaba con toda la fuerza de su bondad el advenimiento de una humanidad más justa, en la que el trabajo no sea ya un suplicio, sino una sana alegría, un liviano bienestar, "indispensable a la escasa felicidad que puede encontrarse en la vida. No el trabajo esclavo, el trabajo que repite, sino el trabajo libre, el trabajo que crea".

Nada extraordinario cabe decir, en verdad,

de este escritor, sino que, y antes que nada, fué un hombre que tuvo el recio valor de sus ideas. Moralista implacable, con un cabal sentido nietzscheano de la vida, comprendió más que otro alguno el sentido trágico de la hipocresía. De muchas de sus *Moralidades* se podrían sacar algunas reflexiones que formasen un curioso ramillete de máximas, de regocijados aforismos, que serían como la esencia misma de sus sentires más íntimos. He aquí algunos granos explosivos de su buen humor paradójico: "Un ladrón es un financista impaciente... Se odia de abajo arriba... En política no hay amigos: no hay mas que cómplices... Curiosidad: buen apetito del espíritu... La ciencia: en uno de mis viajes descubrí una isla. De vuelta visité a un célebre geógrafo. Me oyó, consultó largamente libros y planos y me dijo: "La isla que ha descubierto usted no existe. No está en el mapa... ¿Queréis, sin embargo, que vuestro amor dure? Alimentaos bien... Siempre inventamos grandes cualidades en los que nos adulan. Este es el secreto de muchas carreras políticas... No hagáis servicios si no queréis que os aborrezcan." Frecuentemente Barrett mojó su pluma en agrio zumo de ironía para herir más hondo. No olvidó la sentencia del epigramático latino, que fustigaba con la sonrisa a flor de labios. ¿No son acaso muchos de sus cuentos breves mas que simples epigramas? Recordemos el de aquella

multimillonaria yanqui que luce un traje rosa de cinco mil dólares y que se hace derramar por su criado en medio de la recepción suntuosa la salcera, a fin de tener un pretexto para lucir una *toilette* negra de seis mil dólares y cambiar sus rubíes y perlas por brillantes magníficos; recordemos también el caso de aquel pobre diablo hambriento que va a devolverle al Creso repugnante la billetera que encontró colmada de dinero, y quien, en vez de premiar la buena acción del pobrete, lo veja, lo insulta y lo arroja de sus salones como al perro sarnoso. "Y, sin embargo, esperaba usted un mendrugo, un hueso que roer. No; usted es un héroe, ama la miseria, desprecia el dinero. Pero los héroes no mendigan propinas. ¡Vaya un héroe, que no se atreve a clavarme la vista ni a sentarse en presencia del vicioso! Yo adoro los vicios: comer calandrias traídas de Europa, trufas, *foiegras*, beber Sauternes, Pommardi y Mumm, ¿comprendes? Y entreabrir los más deliciosos muslos de mujer con que jamás soñaste y colgar en mi cuarto pinturas que valen lo que el resto de la casa. Yo no miento como tú; yo digo claro lo que me gusta, lo que conquisté. Y no lo conquisté devolviendo carteras y pidiendo limosnas." He aquí al moralista de la superación y de la dureza; el escritor de la conciencia y de la dignidad de sí mismo: el hombre no debe ni puede rebajarse, y tendrá más derecho

a la vida el que en todo instante sacuda la abyección del esclavo para hacer sentir la entereza del hombre.

Las páginas de ese breve cuento amargo terminan con la siguiente reflexión: "Y el señor sonrió, considerando que por algunos instantes había convertido un esclavo abyecto en hombre, él que tan acostumbrado estaba al fenómeno inverso."

Uno más.

Aunque nació en Algeciras, Rafael Barrett es de América, porque sintió como ninguno el dolor nuestro y porque como ninguno tuvo la sinceridad del más puro apostolado. Nos pertenece aunque sólo salió de su rincón para llegar a rendir su existencia en las tierras nuevas, que él soñaba más dignas y menos oprimidas por la injusticia, error de la distancia que confunde un tardío despertar con una libertad que no existe.

Lástima grande que su vida se apagase demasiado pronto, cuando ya su acción, a golpe de temeridades, se había franqueado un camino. Acaso esta vez será posible parodiar las palabras de Menandro, diciendo que el amado de la justicia muere joven, como cayó en hora prematura ese hombre de Algeciras, que traía en su cabeza todo el sol de Africa y en su sangre todo el hervor de una raza de los desiertos.

KAREZ-I-ROSHAN

UNA SUPERCHERIA LITERARIA

Durante las amables veladas de los crudos inviernos, mientras "el tuero brillador estalla en chispas"; bajo los frescos follajes en las tardes plácidas; al amor de los volúmenes alineados con simétrica regularidad en el seno de la librería copiosa y curiosa, don Sixto y Arcángel, dos buenos camaradas en el amor de las ideas, suelen renovar sus diálogos, sencillas pláticas, dilucidaciones de arraigada bibliomanía, que se dan la mano con el culto de constante perfeccionamiento intelectual.

Don Sixto, provecto, grave, hombre de erudición y sensibilidad, ha dado en diez ocasiones la vuelta al mundo de los conocimientos, buscando siempre ignoradas constelaciones e islas remotas. El mucho leer y el mucho cavilar no le han secado el seso, sino que siempre fueron acicate estimulante para su fantasía, que contribuyeron a ductilizar su don analítico. Todo lo ve y lo observa a través de la lente de su crítica, que en raras ocasiones suele concentrar en

un solo núcleo el haz de sus rayos luminosos a fin de quemar implacablemente.

Arcángel, no menos atento al espectáculo del mundo, es de aquellos que cada mañana emprenden viajes hacia las islas imaginarias, según lo deseaba Goethe. Curioso de todo, a veces las cosas no son para su interés mas que una simple representación de su apasionado amor por las ideas; de cuando en cuando el dejo irónico que fluye de su suave escepticismo le mueve a sonreír y a libertarse de las cárceles de todas las limitaciones para saltar sobre el trampolín de raras posibilidades hacia el reino de la utopía.

Sin embargo, a pesar de la edad y de las dispares inclinaciones de sus gustos, que a menudo suelen estar de acuerdo, ambos se entienden y en sus renovadas pláticas completan una interesante totalidad. Además son amigos, y la amistad no es mas que una razón de mutuo acuerdo.

Arcángel.—Sí; ya lo sé, venerable don Sixto; usted no es un erudito, sino la erudición misma.

Don Sixto.—Bien se me alcanza, tras ese su "venerable don Sixto", todo el desdén que profesa hacia la erudición y los eruditos, cosa que, no se extrañe usted poniendo la boca redonda

en un ¡oh! sorprendido, soy el primero en aprobar justificándola.

Arcángel.—¿Usted enemigo de la erudición, del dato preciso y precioso, de la sapiencia con palmeta, de la doctoral bibliografía, de las apostillas, de los escolios, de los *addenda, expurganda, corrigenda?* Don Sixto, don Sixto, déjeme sonreír, déjeme estremecerme con esta explosiva hilaridad que me ahoga. Don Sixto, yo ignoro la lengua de Horacio; pero ahora quiero exclamar en mi incipiente y laroussiano latín: *Beati pauperes spiritu.*

Don Sixto.—¡Ya lo ve usted, ingenioso camarada, cómo el latín, aun cuando más no sea el de un modesto diccionario *ad usum tironum*, suele sacarnos de graves aprietos!...

Arcángel.—Le interrumpo, caro maestro: mi ánimo sólo enderezó una broma, que usted recoge con escozor de grave ofensa. Bien sabe que soy el primero en respetar las cosas de los libros, y prueba de ello vengo a darle trayéndole cierto volumen que dice relación con las cosas del Oriente, con la moda literaria de última hora.

Don Sixto.—Creo, amable amigo, que siempre las modas recogen la suma de la completa frivolidad, lo cual no excluye, por otra parte, que los que suelen crearlas hagan el papel del núcleo en la cauda luminosa: ellos representan la idea y la iniciación, mientras los otros son la consecuencia.

Arcángel.—Es indudable que en torno de todo movimiento hay siempre dirigentes y dirigidos. Aquéllos son el corazón del fuego; éstos, el combustible que necesita la llama; los primeros representan la energía que debe perdurar como creación; los segundos, la ceniza que aventará el tiempo ineluctable.

Don Sixto.—Hasta hace algunos años admiré devotamente el naturalismo, cuando sólo debí creer en algunos naturalistas; acompañé a Zola y a sus discípulos a Medan; luego me conquistó Jean Moreas con su sepultación del simbolismo en un artículo estentóreo; vinieron, por fin, los años de nuevas renovaciones, y Julián del Casal, Rubén Darío, Leopoldo Lugones, Guillermo Valencia, Rodó, Jaime Freire fueron los dioses de otra lírica anunciación, hasta que cansado de ismos y de genialidades por revelarse me eché a dormir sin esperar nuevas auroras, pidiéndole tan sólo a cada escritor sinceridad y al arte sencillez.

Arcángel.—Sólo así, con su pretérito abandono, me explico que usted ignore cuanto pudo ocurrir más tarde: el romanismo de Moreas, la renovación de la lírica francesa, las escuelas futuristas, el advenimiento del espiritualismo religioso, el culto por lo exótico, el arte ácrata, que responde a un justo anhelo social, y más recientemente la funambulesca literatura Dada, para no citar otras cortes y teorías de adoles-

centes revolucionarios. Y esto por lo que toca a los últimos años, que cuanto al hoy incumbe es asunto no menos novedoso, aunque algo pueril. ¿Nada ha oído usted de la moda orientalista, que a muchos les tiene sorbido el seso: Rusia con sus bailes, Shaharazada, los misterios védicos, la señora Blavatski, los poetas persas, las teogonías de la India?

Don Sixto.—Mis luces, en cuanto a orientalismo toca, no están muy renovadas y fortalecidas. No he pasado más acá de los días de Renán, de Dozy y de Franck; de los Divanes y de las Guzlas. Con Shack y con Menéndez y Pelayo sigo frecuentando la amable compañía de Averroes y Avicena, de Ibn Gabirol y del docto Jehuda Levi, ese raro precursor de Rousseau. Para mí, o ando muy equivocado o no pasa ni pesa el tiempo sobre el Oriente. Creo que siempre debió permanecer igual, inalterable su alma pagana y misteriosa, mezcla extraña de sensualismo y de religiosidad, que espera la muerte con una sonrisa en los labios, mientras piensa en el amor, en el vino y en la eterna nada de las almas. ¿No se siente satisfecho Omar Khaiyam, que de paso sea dicho tan provechosamente supo utilizar Amado Nervo, con sentir volar la vida bajo los árboles, cerca de un jarro de vino y de una mujer? Ese es el Oriente: abandono, fatalismo, melancolía, dulce goce de los bienes terrenos.

Arcángel.—Tal vez he pecado de frívolo en lo que toca al culto del Oriente: tengo escasos y someros conocimientos de su literatura y mis lecturas apenas si son cosas de ayer.

Don Sixto.—Mis largas, dilatadas andanzas me han facilitado el trato con gente de muy diversa laya y condición, entre quienes recuerdo a cierto estudioso pasante de lenguas, que sirvió de intérprete en el Foreing Office y con quien intimé durante varios meses de mi permanencia en Londres. Juntos frecuentamos la lectura de las obras de Gorresio, de Taylors, de Dames, de Ghinzberg, de Boethlingk, para conocer a Kalidasa, los Vedas y el Ramayana.

Arcángel.—Pero, ¿usted cree, cultiva y proclama el interés de esa farragosa literatura?

Don Sixto.—¿Ignora usted acaso, invicto amigo, que en todos esos libros, almas mater de una civilización milenaria, hay más pasión, más vida y más belleza que en centenares de volúmenes de la endeble literatura de la hora actual? ¿No ha leído siquiera algún fragmento del *Mahabarata,* aquel canto al mar, por ejemplo, la presencia de Anfitrita que ven Kradrú y Vinata poblada de toda su fauna y de toda su majestad? ¿Y los cantos de Omar, aquel Don Juan árabe, que sintió desmayarse de amor a tantas mujeres en sus brazos?

Arcángel.—¡Cuánto han progresado la cultura y las investigaciones desde ese remotísimo

entonces! Más que la filosofía y el didactismo orientales preocúpanos hogaño la simple y honda belleza de sus poetas. Y como la moda clama por lo exótico, las facciones de Ossian, de Goethe y de Clara Gazul tienen abundantes imitadores.

Don Sixto.—¡Pero... Ossian...!

Arcángel.—Sí, ya lo sé: ¡usted desea advertirme sobre la traída y llevada farsa apócrifa! Sólo he citado ese y esos nombres para invocar la actualidad de las supercherías maestras en el género. También Cervantes fué uno de ellos: dió al traste con la caballería, imponiendo una obra definitiva en el orden de las que fustigaba. ¿Y acaso su *Viaje al Parnaso* no es otra comedia deliciosa de supuestos enredos? Posiblemente Cervantes tuvo razón, aunque la literatura caballeresca fué siempre enseña de idealidad y de belleza; por lo demás, los cantos de Ossian, que tanto apasionaron a sus contemporáneos, merecen que vivan, y ojalá se repitan supercherías de esta guisa.

Don Sixto.—Está usted en lo cierto, y otro tanto cabría afirmar de más reciente y donosa invención. ¿No ha leído usted esas deliciosas canciones de Bilitis, que Pierre Louys aseguró haber descubierto tras no sé cuáles o cuántas búsquedas pacientes, confundiendo con el descubrimiento la infalible sabiduría de doctos epigrafistas alemanes y hasta despertando la codicia de un poco escrupuloso editor castellano, que

las dió a la estampa en cierta colección de un clasicismo más o menos escatológico?

Arcángel.—Déjeme volver de mi asombro, ya que tenía a dichas canciones por de muy auténtico origen y de muy respetable familia.

Don Sixto.—Una broma, una simple alegre pasada del autor de *Afrodita,* que fué tan lejos en su superchería hasta buscarle a su héroe un docto biógrafo, como ese problemático C. Heim, que publicó su *Sammtliche Lieder* con un vocabulario, y descubrió su sepulcro en Palaco Limisso, a la vera de un antiguo camino no lejos de las ruinas de Amathonte, donde dormía su sueño centenario de veinticuatro siglos, entre sus poemas, su espejo de plata y sus joyas, el esqueleto de la dulce Bilitis, que el contacto del aire convirtió en leve polvo...

Arcángel.—Cosa parecida intentó, con buena fortuna, aquel escéptico y desconfiado novelador de *Colomba* cuando publicó su *Teatro de Clara Gazul,* en cuyo volumen aparecía el retrato de una mujer, la dulce Clara, comedianta española, en *robe decollétee,* los cabellos cubiertos con graciosa mantilla, y que no era otro que el rostro de Próspero Merimée disfrazado de esa guisa.

Don Sixto.—Muy oportuno es el recuerdo, porque suya es también la deliciosa farsa de las baladas, que aparecen reunidas bajo el título de *La Guzla* y que Merimée escribió en quince

días, después de leer el *Viaje a Dalmacia*, del abate Fortis, y los *Cantos populares de Grecia*, de Faurill. Usted recordará cómo en un prefacio erudito hablaba el autor de *Carmen* del tocador de guzla Jacinto Maglamovich, y cómo cayeron en la celada cierto polígrafo tudesco, que tradujo las baladas, y el poeta Pouchkine, que vertió al ruso algunas de ellas.

Arcángel.—Desde Goethe hasta nuestros días parece que el arte de la superchería ha dado buenos resultados. Con tal de que a menudo sirva para poner en solfa a cuantos viven en perpetua admiración ante los milagros del remoto exotismo, ya que no siempre estas bufonadas mueven el talento de escritores como Merimée o como el del docto Guerrini, que pudo echar a circular el nombre del romántico y doliente Stechetti.

Don Sixto.—Por lo demás, es cosa que bien se merece ese novedoso despliegue de eruditos que cada mañana parte en sus carabelas a descubrir un nuevo Oriente. Usted recordará cómo el irlandés Fitz Gerald, creo que utilizando el manuscrito de la Bodlein Library, de Oxford, publicó los cien rubais, hoy tan difundidos, del admirable Omar Khaiyam, que luego diera a conocer Nicolas, que más tarde estudió el sabio Whinfield y que han tenido una acogida clamorosa en toda Europa. Martínez Sierra tradujo al español *Los Rubayat* allá por el séptimo año

BIBLIOTECA NACIONAL SANTIAGO DE CHILE

del siglo que corre, dándolos a conocer en *Renacimiento*, excelente revista de corta vida. Este poeta, este enorme poeta, mezcla de pagano y de racionalista, que pretende arrancarle los secretos a la esfinge de la gnosis, renovó el contagio orientalista, que bien pronto iba a ganar terreno en volúmenes y universidades. Además, ya hemos visto el caso de un escritor argentino, Carlos Muzio Sáenz Peña, que se ha especializado en revelar a los países de habla española, transfundiéndola del inglés, toda esa literatura, a veces novedosa, a veces pueril.

Arcángel.—Nada de eso me es conocido. Comienzo a leer solamente a Rabindranath Tagore, algunos de cuyos libros parécenme interesantes, aunque no cosa de espanto ni de maravilla.

Don Sixto.—A ese terreno deseaba llegar con mis dilucidaciones: la moda del orientalismo literario no pasa de ser mas que una actualidad ligera, de no durable permanencia. Desde que la Academia sueca le concedió el premio Nóbel al poeta del *Gitanjali*, fué presa y pasto de la curiosidad. Encontró en Francia un primer admirable traductor en André Gide, y luego, en España, a Zenobia Camprubí de Jiménez, que comenzó a difundirle correctamente vertido a nuestra lengua.

Arcángel.—Aunque mi versación en la literatura actual no es muy completa que digamos,

quiero sólo decirle, a trueque de que usted me confunda con sus reproches, que no es santo de mi devoción el tal cantor indú. Sus parábolas y poemas nada me revelan del Oriente, y el sabor de sus producciones me era familiar en mis lecturas de Tolstoi y de Oscar Wilde, de Baudelaire y... de la Biblia, sobre todo de la Biblia, que releo y me interesa mas que todas estas novedades de oropel y de relumbrón.

Don Sixto.—De acuerdo, de reteacuerdo y de más acuerdo. En este instante siento el desahogo que debió gustar aquel gascón que en artículo de muerte declaró que le cargaba el Dante. Usted ha dado en el clavo y me acaba de aligerar de un grave peso. Mis lecturas y relecturas de Tagore han acabado por hartarme, llegando a sentir lo que aquel tragón de la chuscada, que se merendó un botijo de miel.

Arcángel.—Observábale que Tagore nada me revela del Oriente; que no siento en él la secreta vibración del alma asiática, que fluye de Sakountala; que no ilumina sus páginas esa luz interior que alumbra las viejas civilizaciones en las remotas teogonías; esa luz que es como una lámpara velada por una sombra milenaria, que aleja e imprecisa la noción de la realidad en una perspectiva difusa, pero única. Tagore puede ser el Oriente; mas representa un Oriente ya invadido y deformado por el Occidente...

Pero dispense la elucubración, pues veo que nos alejamos de nuestro objetivo.

Don Sixto.—Yo no me tengo por orientalista, ni me precio de conocer la literatura hermética, ni me gusta seguir a Damayanti, a pesar de su romanticismo y de su amor. Pero, movido por esa explicable casualidad que a uno lo obliga a leer más de lo necesario, vino a caer en mis manos un pequeño volumen, asaz curioso, aunque de poca importancia. Editado por la Biblioteca Ormuz, y al parecer en Montevideo, me distrajo durante una buena hora con su lectura.

Arcángel.—Me agradaría conocer a su autor y su título.

Don Sixto.—El pequeño libro muestra el grueso título siguiente: *Fragmentos,* y sobre sus letras se lee un nombre: Karez-I-Roshan. Nada más. Le repito que no soy ni orientalista ni filólogo; pero me preocupa todo lo que pueda importar una novedad. Y éste es el caso de Roshan. Ni en las revistas europeas, ni en los anuncios de los editores, ni en los boletines de divulgación aparece semejante nombre. Más que dudoso, inquieto, volé con el tal librejo, hace cosa de seis días, en busca de un amigo que me sé experimentado en achaques de libros raros. Juntos releímos el volumen, y, de pronto, como un detective que tras atento examen descubre una pista, mi docto consultante exclamó:

"¡Eureka! Se trata de la superchería mejor urdida que pueda ocurrírsele a un mortal. ¡Ya no me cabe duda!"

Arcángel.—¿Hecha en Chile, acaso?

Don Sixto.—No se impaciente. Díjome mi amigo, poco más o menos: Usted sabe que conozco bien las lenguas y los dialectos asiásticos, y particularmente el persa, que aprendí en Bonn. Las cosas de Afganistán me son familiares, y este Karez-I-Roshan, que se dice afgano, nada tiene de tal. Usted debe recordar al sabio Darmesteter, a quien tanto estimaba Renán; pues bien: él fué para mí un guía y maestro excelente en el estudio de la literatura afgana. El publicó los cantos populares de ese país, porque conocía bien la lengua urania, llegando a serle familiares el pukutu y el pushtu. Mi curiosidad llevóme a leer el texto de Biddulph, el vocabulario comentado de Geiger, en baladas populares, y los cantos de Kuschal Kan. Luego, tras estas mis pesquisas hechas de simples recuerdos, presumo otras probabilidades: el prologuista de estos *Fragmentos,* que tiene el sentido del humor, cita unas palabras de Bernard Shaw en su propia lengua, que son un bocado sabroso de ironía; luego habla de cosas, viajes y posibilidades que no son mas que una delicada y fina broma. Claro está que ni el más zahorí vendrá a sospechar de ellas. ¿Que cómo pude dudar entonces? Por una razón muy sencilla: he sido

durante quince años profesor en Benares y en Calcuta, y la India me resulta tan familiar como mi tierra. Además...

Arcángel.—¿Pero usted tiene otras noticias que le permitan verificar esa afirmación? ¿O se basa en el solo testimonio de su amigo?

Don Sixto.—Además, media toda una investigación y una afortunada casualidad. Oiga usted: mi primera diligencia consistió en preguntar al Uruguay, donde tengo numerosos amigos. De Montevideo contestáronme que el libro no se había impreso allí. En esa metrópoli se cumple a maravillas la ley de imprenta y nada de esto se ignora. Entonces me di a atar cabos en Santiago. Un día, cansado ya de hurgar de imprenta en imprenta, encontré milagrosamente mi *sésamo, ábrete.* En la librería Nascimento supe la verdad, la verdad monda y lironda..., pero debido a una particular indiscreción. Cierto señor, ya entrado en años, le mostraba al librero un texto de gramática en el que aparecían citados algunos fragmentos de Karez-I-Roshan. Este reía a más no poder. De pronto Nascimento le dijo a su interlocutor: "¡Cómo se van a reír cuando lo sepan el señor Prado y el señor Castro Leal!"

Arcángel.—¿Pedro Prado y Antonio Castro Leal son entonces los verdaderos padres de Karez-I-Roshan?

Don Sixto.—Los mismos y no otros.

Arcángel.—¿Luego Paulina Orth, prologuista, biógrafo y traductor...?

Don Sixto.—Debe y puede ser Antonio Castro, hombre muy leído y versado en cosas del Oriente... y del Occidente, pues ese nombre no es otro que el de una sobrina de Listz, el suegro de Wágner, quien mucho sabía de cosas del Oriente..., con lo cual ya ve usted cómo trazamos el perfecto círculo de la sabiduría...

Arcángel.—Pero me asalta una duda: ¿y el retrato que aparece en el libro?

Don Sixto.—Déjeme reír, reír, docto amigo. Esa figura venerable, de luenga barba, tez cetrina, enmarañados cabellos, que algo tiene de los santos de Ribera, no es otra cosa que la fotografía de cierto modesto vendedor de pollos, de un pollero vulgar y corriente.

Arcángel.—Nunca pudo urdirse más ingeniosa y oportuna superchería, que, en realidad, ha aventajado con mucho a la que usted hacía referencia.

Don Sixto.—Pero escuche todavía el sabroso epílogo del cuento: el novelista Januario Espinoza ha coincidido con nuestras sospechas dando a la estampa una curiosa conversación tenida con Pedro Prado, quien le ha dicho poco más o menos: "Había notado yo que mucho de lo publicado por la firma de Tagore no era cosa que no estuviera al alcance nuestro. Sin ningún asomo de orgullo creía que las muchas cosas

mías podían resistir cualquiera comparación; pero eso dicho por mí era trivial, y sorprendente dicho por Tagore u otro por el estilo. Y para probarles a todos lo que puede la sugestión del nombre, separé, no lo mejor de mi obra inédita, sino precisamente aquello que me tenía más descontento, y lo hice publicar en un tomito, como la obra de un genial poeta del Afganistán, Karez-I-Roshan. Para completar la farsa presenté el librito como editado en Montevideo por una Biblioteca Ormuz, que tampoco existe. La traductora, Paulina Orth, menos ha existido nunca. En cambio, existe el original del retrato publicado en las primeras páginas: es un viejo pollero de luengas barbas, Naranjo de apellido, que envuelto en una carpeta de mesa-comedor hizo a maravillas la figura de un gran poeta persa. Me faltaba el prólogo, para dar noticias fidedignas del gran escritor afgano creado por mi imaginación: lo hizo en forma admirable un joven escritor extranjero, ahora en Chile, y cuyo nombre no quiero revelar."

Arcángel.—¿Antonio Castro?

Don Sixto.—El mismo, según ya lo advertía, formado cerca de Pedro Henríquez Ureña, José Vasconcelos, Enrique González Martínez y entre...; pero escuche aún a Pedro Prado, cuando habla del éxito: "El librito no valdría cuarenta centavos, para ser la producción de un chileno; pero como se trataba de todo un Karez-I-

Roshan, candidato al premio Nóbel—así rezaba la carátula—, todos pagaron un peso ochenta; la edición se vendió, y resultó ser éste el único de mis libros con el cual hice mi negocio. Pero hay más todavía: adjuntando una tarjeta de luto en que se leía: "Paulina Orth, profesora de idiomas, Montevideo", remití ejemplares al Extranjero, y he recibido cartas entusiastas hasta de Estados Unidos. Se me comunica por una Asociación de allí que estos fragmentos de Karez-I-Roshan van a ser traducidos al inglés para adoptarlos como lectura en las escuelas. Esto puedo probarlo con varias cartas que tengo en mi poder."

Arcángel.—No podía resultar menos.

Don Sixto.—¡Si usted leyese la efusiva epístola de Tomás Walsh, que se felicita de que exista ya un digno sucesor de Omar Khaiyam! Mas aun queda algo por hilvanar, por lo que toca a las sospechas: "No sólo no han sospechado—dice el autor de *Alsino*—, sino que amigos míos, muy inteligentes, se han exaltado defendiendo la sublimidad de la obra de Karez-I-Roshan, cuando yo he dicho, por picarlos, que no me parece una gran cosa. Un día, en un grupo de amigos, dije: "No lo considero esto tan sorprendente. Creo que yo he hecho algo mejor", y me miraron sonriendo; pensaron tal vez que me estaba volviendo loco. ¡Si no lo sabré yo que tengo cosas mejores!"

Arcángel.—Nunca hubiera caído en tal sospecha, porque los *Fragmentos* denuncian una producción ingeniosa, y la superchería está bien urdida. Venga acá el libro y releamos algunas de sus páginas, que abundan en una simple y noble belleza, aunque no todo es oro lo que en ellas aparece. Oiga usted:

"Mi amor era tan puro y diáfano, que tú no lo veías. ¿Qué hacer?, me dije. Y lo enturbié."

"Buscando que nadie oiga lo que hablamos, pones tu boca en la mía y yo oprimo mis labios contra los tuyos. Así nadie escucha nada y nosotros todo lo comprendemos."

"Soy—dijo el poeta al pasar por entre la alegre multitud—como la luna olvidada del mediodía. Cuando la tristeza, al igual de la noche, llega, esta gente advierte mi presencia: a semejanza de la luna, sólo entonces comienza a brillar para los hombres."

"Puedo yo pulverizarme en fulgores infinitos hasta ser eternamente la frente luminosa y el camino del resplandor."

"Entremos en el sueño llevando un pensamiento obscuro. Mientras la noche reina, las simientes sembradas se hinchan y germinan."

"¡Música, de sol, vértigo, inefable, eternidad! ¡La luz atraviesa mi cuerpo como un claro cristal y lo limpia de toda sombra!"

"¡Pueda yo pulverizarme en fulgores infinitos

hasta ser eternamente la fuente luminosa y el camino del resplandor!"

"El que aprende puede olvidar; sólo quien descubre recuerda siempre."

Don Sixto.—Obra de arte es, aunque nada tiene de extraordinario, quién podrá dudarlo, y donde acaso lo trivial explica justificadamente su intención. Bien se me alcanza que el objeto se ha conseguido y que sus autores sólo pretendieron burlarse donosamente de todos los orientalistas y orientalizantes habidos y por haber. No cabe pedir ni esperar más. Alguien me ha referido que el éxito del libro ha resultado cosa curiosa: se ha solicitado en el Extranjero, y en Estados Unidos el fundador de la Hispanic Society of América se constituyó en su más caluroso elogiador. Y esto para no recordar tan sólo las simples pruebas de adivinación local tributadas en Santiago a Karez-I-Roshan, en una de cuyas asociaciones teosóficas se aceptó el espíritu de los *Fragmentos* como expresión ortodoxa de sus doctrinas y donde un escritor conocido proclamó la figura del poeta afgano como la más venerable después de la de Cristo.

Arcángel.—La lección es saludable y toca desear que les aproveche a cuantos se asombran cada día ante todo lo exótico, teniendo algo de más pura calidad que admirar en casa. Yo no dudo ni niego la belleza de los poemas de Khaiyam, de Tagore o de Saadi; pero no los tengo

por cosa del otro mundo, ni mucho menos. Tal vez soy escéptico, tal vez carezco de entusiasmo o acaso mi sensibilidad resulte un poco anacrónica. ¿No ha hablado cierto psicólogo de la oxidación de los sistemas nerviosos? Acaso soy un oxidado, un retardario, un misoneísta; pero no estoy en el Oriente ni deseo entender el movimiento. Bien pudiera ser que mañana hasta un discípulo de Freud acabará por clasificarme como un caso para sus raros muestrarios psicoanalíticos; sin embargo, ansí soy y ansí me he de quedar...

EDUARDO BARRIOS
Y LA NOVELA

No existe la novela hispanoamericana, pudo afirmar un crítico español hace treinta años, con lo cual reconocía que este género literario no pasaba de ser mas que un simple remedo de la producción europea. Si las novelas de Isaacs y Mármol sólo respondían a las necesidades del viejo procedimiento romántico, pues fluctuaron siempre entre Lamartine y Walter Scott, no haciendo otra cosa que repetir la misma queja sobre la misma cuerda, las de escritores posteriores, Díaz Rodríguez, Reyles o Gálvez (tal vez no las más características en lo que toca a su sentido americano, pero sí las más acabadas), han tenido su sabor propio y su razón de ser artística. Tal vez lo que pudo faltarles de carácter sobróles en cuanto al procedimiento, bien aprendido ya en los maestros. *Idolos rotos, Raza de Caín* y *El mal metafísico* fueron la novela de esa burguesía americana, falta de carácter en su híbrido cosmopolitismo, atenta sólo a la imitación del último figurín de París. Los ar-

BIBLIOTECA NACIONAL
SANTIAGO DE CHILE

tistas que pasan a través de tales páginas son simples remedos de lo europeo, pues si alguno de ellos traspone los límites de su provincia no será jamás para conocer las angustias de sus campos o de sus selvas, sino para cruzar el charco e ir hasta París a recoger antes las anécdotas en los cafés que las lecciones de las Academias. Y así la novela de la ciudad novomundana es, en cierta manera, la misma de la urbe europea: costumbres, aspiraciones, ideales, reconocen análoga procedencia y sólo el genio de un escritor de excepción podría amasar con esa levadura el libro extraordinario que recogiese todas las palpitaciones de una época.

Sin embargo, y a pesar del juicio del crítico peninsular, que logró imponer silencio a don Juan Valera cuando escribía sus *Cartas americanas*, la novela cuenta ya con acertados ensayos y está en el camino de su realización en el continente. Todo lo que pudo decir la crítica a raíz de la aparición de *Nacha Regules* en alemán e inglés es un síntoma halagador que permite cifrar positivas esperanzas. ¿Acaso no fueron también dos sudamericanos, un uruguayo y un argentino, quienes se lanzaron a la conquista de España con esas novelas que cuentan entre lo mejor de la literatura contemporánea? *La gloria de Don Ramiro* y *El embrujo de Sevilla* han consagrado el nombre de dos excelentes escritores que por sí solos bas-

tarían para desmentir la afirmación del crítico español, si no fuera que muchos otros, como el argentino Horacio Quiroga, el venezolano Blanco Fombona o el chileno Eduardo Barrios podrían también contribuir a desvanecer ese perentorio juicio.

La vida, siempre la vida.

Eduardo Barrios logró primero vivir y luego supo filosofar, según la oportuna sentencia latina lo advierte. Antes que un hombre de libros ha sido un aporreado de las circunstancias: andariego, inquieto, consumido por fuertes amores, cansado de sufrir, un poco irónico y un si es no es del todo escéptico. Buena y dura maestra fué para él la vida, porque si le hizo gustar su amargo sabor también hizo florecer a tiempo las encendidas rosas en su jardín.

En el hilar y deshilar de las pláticas cordiales ha recordado algo de aquello, de todo su pasado, que evoca a través de una perspectiva enturbiada de lágrimas. Entonces, cuando supe, pude ver, suele decir acotando sus emociones borrosas de lejanos y retempladores tiempos. Así solíamos escucharle, mientras rehacía la novela de su vida, y no faltó la propicia circunstancia, tras el común comentario de una

carta de Ventura García Calderón, que nos permitiera insinuarle: No basta *Un perdido,* que es la historia de una existencia circunscripta a un ambiente determinado; ¿por qué no escribe esa página, que acaso otros imaginen mañana antojadizamente, pretendiendo zurcir hilvanes con sus recuerdos? Y el hombre amable, que hoy mira hacia atrás el sueño sobresaltado de su juventud como el viajero que traspuso en su cabalgadura el puente peligroso, enviábanos al cabo de pocos días las cuartillas de esas páginas que acertadamente tituló *También algo de mí,* y que son algo más que la *autognosis* material, porque saben a la historia íntima de su espíritu, la más necesaria en todo artista.

Curioso e inquietante destino ha presidido en la vida de este novelista, a quien las circunstancias sometieron a retempladoras pruebas. Su padre murió cuando apenas cumplía el primer lustro; su madre, peruana, hija de alemán y de una hija de francés y de vasca, con educación tudesca, tuvo sobre el hijo ese íntimo ascendiente que le iba a permitir fundar el sentimiento de las comprensiones amplias, y antes que otros el del verdadero patriotismo, que excluye la mezquindad lugareña y acepta sólo las fronteras de las simpatías humanas.

Lejos de la tierra de su padre, vivió en el Perú sus primeros años, en casa de su abuelo materno; luego regresó a Valparaíso, donde ha-

bía nacido, y aprendió a conocer la dura disciplina de una escuela militar, severa, dura, que más tarde iba a pintar con valiente sinceridad en *Un perdido*. En esas páginas encontramos también el retrato inolvidable de Papá Juan y la casa de los Vera: es decir, el daguerreotipo del abuelo materno y el ambiente hogareño, en medio del cual pasó la infancia, junto a su madre.

De Lima conserva Barrios un recuerdo tierno y amable: allí estuvo durante los años de su adolescencia, frecuentando un colegio algo arcaico, de ambiente monacal, donde acaso aprendió a urdir las indispensables bellaquerías de los años iniciales. La primera, y acaso la más difundida de sus novelas cortas, revive un episodio sentimental de aquel entonces: tenía nueve años cuando despertó a un amor dolorosamente prematuro; uno de esos imposibles amores que si respetó su adolescencia bastó para enloquecer al pequeño héroe del más patético de sus libros.

Lima perfumó de romanticismo su vida púber y sentimental: las lecturas gustadas a hurtadillas de los padres; los ocios de la indispensable *école buisoniére;* algunos camaradas de simpatía y de colegio, he ahí la huella perdurable de aquel entonces. ¿Cómo olvidar al remoto condiscípulo de los quince años, si con él leímos a Julio Verne y en su compañía gus-

tamos el primer cigarrillo, detrás de la puerta, en la casa de la abuela? En alguna de sus cartas, procedentes de París, Ventura García Calderón solía escribirle: "Dime algo de tu vida; ¿qué haces, querido gordo?" Entonces Barrios encontraba la circunstancia que le permitiese recordar, como si fueran cosas de ayer, sus días de colegio en Lima, convividos con los hermanos García Calderón: Francisco, prematuramente grave, circunspecto, estudioso, y Ventura, más inquieto y más juvenil. Pero todo aquello está lejos, demasiado distante ya: ¡juventud, divino tesoro!...

Los primeros años que le sorprenden en el terruño de su nacimiento son acaso los más graves y críticos de su vida: su familia ha empobrecido; su abuelo está muy anciano; su madre carece de bienes de fortuna. En la milicia, que le impone la voluntad de los suyos, ¡oh bismarckiano abuelo tudesco!, sabe conducirse como un cadete diligente, estudioso, pero rebelde y descontentadizo. La vida del soldado no se acomodaba con sus inquietudes sentimentales ni con sus aspiraciones de *enfant gaté*. Así, antes de recibir los galones de oficial, obtiene su inevitable "baja", y tras el derrumbamiento ante la esperanza de los suyos se encuentra solo e inerme frente a la vida; "Porque rotas ya las relaciones con mi familia paterna, a causa de mi salida de la milicia, y

muerto papá Juan, y pobre mi madre, hube de correr mundo tras el pan, tras la fortuna, tras... no sé cuántos ideales de juventud. Recorrí media América. Hice de todo. Fuí comerciante, expedicionario a las gomeras en las montañas del Perú; busqué minas en Collahuasi; llevé libros en las salitreras; entregué máquinas, por cuenta de un ingeniero, en una fábrica de hielo de Guayaquil; en Buenos Aires y Montevideo vendí estufas económicas; viajé entre cómicos y saltimbanquis, y como el atletismo me apasionó un tiempo, hasta me presenté al público como discípulo de un atleta de circo, levantando pesas... He caído, he levantado, he sufrido hambre, he gozado hartanzas. Y siempre, en medio de todo, me respeté... porque soy un sentimental."

Y así, cayendo y levantándose, con muchas flaquezas, ni más ni menos que el Luis Bernales de su novela, es decir, dando tumbos como "un perdido", logró salvarle siempre el sentimental solitario que dormía en él. Don de indemnidad para su constante amargura fueron los sentimientos, la plena vida interior que contenía, acendrándolo, al artista.

Después llegó la hora callada de las cosas íntimas: el necesario florecer del renuevo, que aguarda el calor de su primavera. Algunos años transcurrieron, pero siempre la vida le encontró con las pupilas anhelosas y los brazos abier-

BIBLIOTECA NACIONAL SECCION CHILENA SANTIAGO DE CHILE

tos. Supo de muchos amores, y junto con los primeros hijos se desgarró su existencia en dolorosa tragedia, fuente de renovación lustral y de honda paz duradera.

Y como suele ocurrir en los cuentos de aventura y de ilusión, para no ignorar el último secreto amargo de la vida, la muerte veló muchos días junto a su lecho, alcanzando a trazar la cruz de ceniza sobre su frente.

Ya lo decíamos: buena y dura maestra fué la vida para él...

El psicólogo sentimental.

Después del necesario libro incipiente, escrito en Iquique—colección de cuentos bien observados, anuncio prometedor—, y tras un primer ensayo teatral, valiente y honrado, el escritor aparece de golpe en feliz iniciación con una novela formal.

El niño que enloqueció de amor es un libro de comienzos en la obra de Eduardo Barrios: ni la emoción en el estilo, ni la seguridad en el procedimiento, ni la observación, que luego acreditará la certeza del psicólogo, aparecen todavía definidas. Lo que aún le falta es aquella habilidad que le darán los años: el don de una elegancia intuitiva que en *El hermano Asno* señala el camino propio. Y por lo demás no

podía ser de otro modo: un novelista no se improvisa ni nace, como Minerva, de la imaginación del dios olímpico. Barrios había gustado harto amargamente el sabor de la existencia, y sólo al declinar su juventud pudo aquietarse su vida atormentada, acendrando cuanto recogió su dilatada experiencia. ¿Acaso Stendhal y Balzac escribieron alguna de sus novelas duraderas antes de los treinta años? Además, Barrios comenzó por donde otros terminan; el asunto de su primer libro es el más escabroso de cuantos puedan solicitar la atención de un novelista: el estudio del temperamento en un niño singular, que contraría las frecuentes razones de normalidad en la infancia. El novelista pensó en sí mismo, se buscó ardientemente e intentó novelar una honda y acaso decisiva reminiscensia de su vida.

Zola abordó en *Une page d'amour* el estudio de un alma infantil, y Dostoievski, para no citar sino a dos maestros de la novela, ensayó el más hondo de los análisis, el estudio de la psicología adolescente, en dos o tres de sus obras. ¿Cómo no recordar al enigmático Arcadio Macarovitch Dolgoruki o a la dulce Nietotchka Nezvanova?

Ambos evocan su infancia a veces a través de indirectos testimonios: el primero comienza por decir: "Soy bachiller y tengo veinte años... he aquí cómo sucedieron las cosas: hace veinte

años...", etc. La segunda, en cambio, escribe: "Todo cuanto voy a decir acerca de él (su padrastro) lo supe más tarde por el célebre violinista...", etc.; luego, más adelante, advierte: "Mis recuerdos no se remontan mas que a una docena de años...; a partir de los ocho años y medio lo recuerdo todo perfectamente."

Ni Zola ni Dostoievski se sitúan en la mentalidad rudimentaria de sus pequeños héroes, pues sólo tratan de recordar, reviviendo con la mayor intensidad, la evocación de la infancia, ya que resulta poco menos que imposible concebir que el más agudo don de penetración permita reproducir con exactitud la expresión de los sentimientos de un niño, el obscuro balbuceo de sus emociones íntimas.

Cuando el problema de la novela es el de la realidad inmediata, todo lo que tienda a violentarla contribuye a debilitar cualquier representación artística. Barrios somete a su personaje a una situación forzada: es un niño de nueve años, edad de incierto despertar a la adolescencia, que escribe su *Diario* consignando sus observaciones con infantil agudeza. Hay, evidentemente, un esfuerzo de indiscutible habilidad en la sencillez violenta de esas emociones: el lenguaje es a veces el de un niño; las impresiones, arbitrarias e ingenuas, suelen hacernos pensar en las ideas que puede tener un pequeñuelo; el recato, los celos, la ira, las rebeliones,

también nos mueven a sentir la compleja psicología de un chico dolorosamente precoz; pero en todo hay algo que excede lo que debiera ser: es la constancia de esa pasión anticipada, lo prematuro del análisis, el afán por consignar lo que es razón de incontenido rubor en un niño.

¿Cómo debe pensar un pequeñuelo de nueve años que ha despertado tan insólitamente al amor? El análisis de ese proceso revela en el novelista una agudeza muy interesante. El esfuerzo que realiza para situarse en la ingenua observación del niño es sencillamente acertado, feliz. El lector sigue cautivado el hilo del cuento: se deja enredar, gustoso, en la malla sutil de la historia, aunque a cada paso puede advertir los escollos del lenguaje, impropio en tan temprana edad: ¿cómo hacer hablar con naturalidad en tan grave asunto a un niño pequeño, que ignora la obscura confusión de aquellas sensaciones tan nuevas? El amor violento, la pasión sentimental, constituyen a los nueve años grave problema para un cerebro y para una sensibilidad.

La fábula es bellísima, hondamente sentida, pues, según el propio Barrios lo ha recordado, procede de una reminiscencia vivida: un niño que escribe su *Diario* para consignar todas las emociones del primer amor, sofocado en el recato de su intimidad dolorosa. Cuanto observa y cuanto siente lo expresa en sus rudimenta-

rias anotaciones, dolorosas, agudas y exactas. Si por una de esas raras e intuitivas sorpresas de las fuerzas obscuras se diera el ejemplo de una precocidad literaria como la de Mozart o Arrau en la música, ese caso resultaría suficiente para un asunto tan bello y tan hondo cual es el intentado por Barrios. Pero, desgraciadamente, eso es difícil que ocurra, y bien lo pudieron comprender quienes, como Dostoievski o Gorki, trataron como novelistas el estudio de sus autobiográficos personajes infantiles.

Pero si el procedimiento ha podido contribuir a malograr en parte la realidad de esta novelícula, toca reconocer cuanto en ella hay de nuevo y de belleza. Si se escribiese un ensayo sobre el niño en la literatura moderna, al margen de todas las historias azules de cuentos ingenuos y sutiles, junto al chico pícaro, al *poil de carotte*, al Oliver Twist dickensiano, habría que colocar a este prematuro héroe de la vida pasional, atormentado por el precoz despertar amoroso, víctima de la anticipada primavera que Wedekin estudió con rara y cruel sagacidad.

Barrios analizó con honda e inquietante agudeza el caso de su adolescente: el niño que ha despertado tempranamente a la vida pasional; que ni juega, ni busca las fáciles expansiones imaginativas, porque toda su timidez no es mas que el aspecto tiránico de una triste anticipación sentimental. Ama, con toda la pasión en-

fermiza, extraña en tal edad, a la frívola mujercita, que nunca ha de reparar en su niñez sorpresiva. Sueña con Angélica, sólo piensa en ella, se ahoga sofocado por los celos, se rebela, la insulta, llora y acaba por perder la razón, víctima de esa obscura demencia que es como la venganza de la Naturaleza contra cuanto contraría sus normas.

El estudio de esta alma infantil es de una rara penetración: la vehemencia del amor y del odio, que alternan frecuentemente en ella, interesan desde el primer instante. El carácter se destaca con inolvidable relieve en su patética angustia. El buen psicólogo, que siempre encontraremos en Barrios, aparece ya en toda su penetrante agudeza.

El niño que enloqueció de amor representa un primer paso afortunado y una feliz consagración literaria, novedosa y edificante en la hasta entonces pesada y simplemente descriptiva literatura chilena.

La desnudez de la realidad.

Después de esa su primera novela Barrios se renueva, se enriquece con recias experiencias artísticas y escribe una obra que importa un procedimiento esencialmente diverso en su labor: todo lo que en aquella novelícula inicial ha-

bía de ligero, de liviano, de gracioso, se convierte en *Un perdido* en recia, en medulosa labor constructiva: cada piedra reclama su sitio y cada arquitrabe encuentra su ajuste definitivo; y, según pudo observársele a Zola, en su cualidad esencial suele tener su defecto: la lentitud descriptiva se detiene demasiado sobre el cuadro, hasta el punto que resulta como observado a través de una lente.

Barrios comenzó por ser un psicólogo sutil en su primer libro, para terminar con un fino poema novelesco. En *Un perdido,* en cambio, fué esencialmene objetivo, realista. He ahí la tajada de vida, la crónica prolija de un ambiente fijado con vigoroso pincel balzaciano. Cuanto recogió la pupila del novelista está reproducido con recia veracidad en esas páginas perinchidas de animación. Una vida estudiada a la luz del reactivo analítico, seguida desde sus comienzos como un eficaz documento humano.

En esta novela, la realidad pasa a ser antes lo fundamental que lo accesorio. Es el necesario libro de transición, porque apenas lo ha terminado su procedimiento cambia inmediatamente: los cuentos que le suceden y su última novela afirman una esencial reacción. Parece que nunca como en esas obras de plena madurez literaria comprende y siente mejor aquello de Ortega y Gasset: "La realidad sólo puede ser para el

artista lo que el tablado para el arlequín: para tocarle con la punta del pie."

Un perdido es más una obra de ambiente que de caracteres: el cuadro y la atmósfera real determinan la imposición substancial del personaje, a pesar de que en torno suyo se desenvuelve íntegro el relato. Luis, el perdido, se disuelve en el ambiente sin llegar a superarlo jamás, porque es una consecuencia de toda esa vida gris y borrosa que le rodea y le anula.

La vida mediocre, sin pasiones, de su hogar se prolonga en él como una consecuencia deletérea. Para el pequeño Luis los días son como una corriente suave y mullidora, que le llevan mansamente, sin resistencias ni rebeliones. Se deja ir en ella como cierta mañana "se marchó del liceo dominado por la tristeza vaga de las cosas que no se entienden, y que no obstante deprimen el corazón con entrevistos, sospechados conceptos desfavorables a la propia personalidad".

La falta de carácter, hija de la inquietud sentimental, que predispone al suicidio de la anulación, mata en el personaje de la novela toda posibilidad de dominio sobre sí mismo. El eterno abúlico, que rueda como el guijarro sin más rumbo que el de las aguas que lo arrastran, se ofrece también en Luis, en quien la indisciplina de la conducta procede acaso de la falta de dominio sobre los sentimientos. El antece-

dente indispensable es inmediato, porque arranca del hogar, que se deshizo como el muro poco sólido al primer embate del tiempo. El abuelo hubiera podido reclamar la procedencia del nieto: era manso, justiciero, dulce de corazón, apóstol de bondad, incapaz de explotar a los extraños, generoso a costa de sus necesidades, condescendiente hasta la debilidad: cuando se convenció que estaba arruinado les habló a los pobres labriegos de su finca, "diciéndoles, contristado, con humilde rubor, en tono de quien pide muy confundido excusas, que la suerte había cambiado para él y sólo seríale posible ayudarles, en lo venidero, con reducidísimo socorro"; y de esta manera también pudo tolerar al borracho pedigüeño y a cuantos hubo de acoger su debilidad, porque prefería verse explotado "antes que sorprenderse él en cualquiera de esos gestos de avaricia menguada que rebajan el espíritu con una íntima vergüenza". Así llegó la ruina, la inconfesada decadencia, el mantener la energía del ánimo que amenaza desplomarse, hasta que al caer el otoño, "al cabo de un silencio tan corto que no alcanzó a producir alarma en la familia, le trajeron en un ataúd muy pobre".

Luego murió también la madre, y el hijo fué acostumbrándose cada día a quedarse un poco más solo, junto a un padre duro, indiferente y brutal, y a dos hermanos que ni siquiera po-

dían perpetuar el recuerdo de los abuelos complacientes o de la madre solícita. También el padre era un tímido, uno de los que se dejan arrastrar por la fatalidad de un destino implacable: su misión le obligaba a ser duro e indiferente, y tal vez, sin pretenderlo, las primeras víctimas de sus obligaciones fueron sus hijos, esos hijos que hubieran podido salvarse con la ternura íntima del hogar. De esta manera, solo, ya muy solo, con todo el dolor de la vida ante sus ojos, los catorce años de Luis comenzaron a familiarizarse con la angustia del análisis. Era como un ciego a quien la realidad de las cosas iba a hacerle sentir el choque de cada sorpresa cotidiana: la lectura, el aislamiento, el ocio, acabaron de disgregar para la voluntad al sentimental inútil, al perdido que han de arrastrar los días implacablemente.

Ya está en medio de la vida, sin ninguna atadura que lo vincule al pasado, rodando como cuantos él vió, en medio de la pampa, en la caliginosa ciudad del salitre. Incapaz de luchar, llevado por las circunstancias al azar de su fortuna liviana, es un romántico que se ahoga dentro de sí mismo, en la sofocación de su propia atmósfera y al contacto de cualquier disciplina. Soñador incorregible, acaso sueña mucho porque no sabe luchar. Es un indisciplinado que se abandona a sí mismo y sólo se rebela cuando lo exalta el desencadenado impulso bru-

tal de su misma debilidad: así, cuando llega a sentir el profundo amor de una mujer y se arroja a él como a un mar de salvación, sueña con ser feliz momentáneamente, hasta que los otros, sus enemigos que le mienten interés, le obligan a romper el embeleso de esa hora que llegó a sentir eterna.

Y he ahí al perdido, al sentimental inútil en medio de la vida, al hombre anacrónico entre los hombres prácticos, al que se deja arrastrar porque no puede saltar contra la corriente, y he ahí también la parte magistral del estudio de Barrios, el examen psicológico de un alma en disolución, de un espíritu volatilizado al calor de la vida dura y cruel, en torno del cual se escurre la existencia como un aguafuerte: la familia; la casona de los Vera; Iquique, con su vida frívola, sus placeres fáciles, su materialidad triste; los bajos fondos santiaguinos; la vida mezquina del empleado sin orientación ni idealidad; el fácil goce de una pasioncilla, que se diluye en un vulgar idilio arrabalesco; la crisis sentimental del que ha perdido el único apoyo de la mujer.

Aunque extenso y tal vez demasiado prolijo, ese libro acabó de consagrar a este novelista, a quien se le rindió un homenaje justiciero de reconocimiento. Libro honrado, fuerte y patético, pudo impresionar hondamente con su realidad triste y sentida, porque antes el escritor

había llegado a vivirla, siendo un poco el perdido que aguardaba la mano salvadora. Hay en sus páginas pinceladas magistrales, que denuncian la seguridad de un maestro: la sensación de Iquique; la vida en la escuela militar; las escenas de la ruptura con la querida, que le engaña; la granujería de la convivencia en la modesta oficina de la Biblioteca, donde sirve un empleo; el proceso del análisis, seguro, implacable, que somete el estudio de aquel carácter al escalpelo de la más aguda observación; todo da la medida de un novelista recio y original, en cuyas manos la obra se va ajustando con la seguridad de la perfecta arquitectura.

"Para tocarle con la punta del pie".

Refiere Juan Joergensen en su amable vida de Francisco de Asís, que el dulce Poverello solía llamar el hermano asno a su yo corporal, pensando en la deleznable levadura del frágil vaso en el cual puso el demonio de los bajos apetitos una mala asechanza para la perdición del alma. Bien sabía aquel buen hermano de la santa alegría cómo suele tiranizarnos el enemigo inferior, aprisionando nuestros actos en la cárcel de espanto del pecado. ¡Cuán difícil resulta la purificación humilde que predicaba el Pobrecito, aun entre quienes se dicen sus hermanos y

viven recluídos bajo la advocación de su nombre y de la santa pobreza! Es el caso del inocente fray Rufino, no el pío y sencillo anotador que consigna la crónica de las *Florecillas*, sino el santo iluminado de la novela de Eduardo Barrios, quien viene a corroborar la afirmación de nuestras palabras; resulta cosa escabrosa, y más que escabrosa, imposible, acordar la norma de los actos más humildes con el santo ejemplo del fundador, sobre cuyas enseñanzas prevalece la regla de la orden y el canon de la ortodoxia. ¡Con los tiempos han mudado tanto hasta los propios recursos de la santidad! Piadosos días fueron ciertamente aquellos que nuestra ideal inquietud proyecta en una perspectiva de irreal ejemplo y que la tumultosa vida contemporánea nos permite sentir con desencantada melancolía. Sin embargo, ¿acaso puede pasar o pesar la acción del tiempo para las enseñanzas del Evangelio? ¿Lo que ayer fué no podría ser hoy? Quienes repitieron el itinerario franciscano del docto Joergensen, ¿no llegaron acaso a revivir, en el milagro de los campos de la Umbría, la seráfica vida del Pobrecito de Asís? De tal modo aquella huella profunda como una luz inextinguible está cerca de nosotros. El devoto profesor dinamarqués, ayer impenitente evolucionista, como el antes nietzscheano Papini, hoy católico y piadoso observante, volvieron al seno de la Iglesia, des-

pués de ensayar tantas situaciones literarias, indiferentes a las solicitaciones editoriales.

No es por cierto éste el caso de Eduardo Barrios, buen novelista, amable escéptico, que ha ido a buscar en los más opuestos campos escenarios y experiencias para su inquieta y andariega curiosidad. Después de hacer la novela realista, la tajada de vida que le decía Darío a Blanco Fombona, vuelve sobre sus antiguos pasos, a sus panoramas interiores de la novela psicológica. Lo que sí que el tinglado es diferente y los personajes de muy diversa laya y catadura. *El hermano asno* marca un progreso evidente sobre su anterior manera de novelar, cambio que indica una dirección nueva en su horizonte literario. Después de *Un perdido*, obra fuerte, pero lenta, demasiado espesa, de ambiente desagradable como toda historia que se ciñe a reproducir una realidad prolija y poco interesante, su última novela consigna una nueva etapa literaria. El ameno narrador de *Pobre feo* logra ahora interesar, cautivar al lector con una fábula sencillísima, desarrollada con habilidad indiscutible. Situada la acción en un convento, que hasta ayer conservaba todo el encanto de los años, viejo templo donde el rudo gusto arquitectónico colonial dejó su huella, semejante medio no podía ser menos propicio para tentar a un novelista: ¿qué puede ocurrir entre aquellos sencillos varones, consagrados al servi-

cio religioso, y a quienes el milagro del arte no turbó jamás con su estremecimiento? Sin embargo, el novelista trajo de afuera lo que no pudo encontrar entre los cuatro muros desnudos del convento. La crónica seráfica vino en su ayuda y lo que no le dió la realidad se lo concedió el alma franciscana y la memoria del Pobrecito de Asís.

La obra, sin dejar de ser una excelente novela, que cumple con la primordial virtud del interés, resulta una exquisita crónica franciscana, cuyos primeros capítulos parecen arrancados a la propia vida del Pobrecito de Asís. Las figuras centrales del libro aparecen en dos personajes originales y hasta cierto punto intraductibles: fray Rufino y fray Lázaro. Del primero nos conmueve su simplicidad, nos entristece su martirologio, nos admira su bondad inefable y nos causa asombro su extraño fin. Del segundo nos placen su escepticismo, su ironía, sus mal reprimidas inquietudes mundanas. Es un hombre que lucha inútilmente por ser un buen hermano menor y a quien miramos con simpatía, tal vez porque le sentimos más cerca. Completan la decoración de la novela María Mercedes, jovencita enigmática, y Gracia, misteriosa silueta de mujer evocada por ella y por fray Lázaro, sin más consistencia que la de una sombra lejana y a quien hubiésemos deseado contemplar más de cerca.

Los personajes suelen referirse a ella en voz baja, como los niños hablan de los duendes, temerosos tal vez de la sonoridad dulce de aquel hombre gentil que huele a sándalo y a escondidos pecados. Este personaje, sombra o visión, aun cuando el autor apenas si lo esboza, nos interesa y nos preocupa vivamente.

Fray Lázaro, o sea Eduardo Barrios, ha ido consignando día a día, suceso tras suceso, su vida conventual, amable crónica en la que vamos recogiendo con rara veracidad la vida del convento, la íntima tristeza de las celdas, el olor a incienso de la iglesia, el relente de la tierra mojada del huerto y del jardín. A menudo a fray Lázaro le traiciona la pícara imaginación y la pluma, y entonces percibimos también un olor de pecado y de inquietud demasiado humanos. ¡Ya hemos dicho que fray Lázaro no será nunca un buen hermano menor!

Fray Lázaro escribe en su celda, y como no ve en torno suyo sino su convento, se interesa por él y observa a sus hermanos, les estudia y les analiza. Descubre sus pensamientos secretos, sus ocultas intenciones, sus grandezas y sus pequeñeces. Pero quien más le preocupa es fray Rufino, y a él está dedicado esencialmente el Diario de fray Lázaro.

Fray Rufino es un santo. Fray Rufino ama tanto a su padre de Asís, que llega a parecérsele como una gota de agua a otra gota. Su

mansedumbre es perfecta, y el amor es en su corazón un sol ardiente y esplendoroso que no niega su luz ni a los pequeños ni a los abyectos. Hace un hogar a los gusanos que destrozan la imagen, y cuida del can enfermo con la tierna solicitud de la madre por el hijo pequeño: ¡Pobre can inconsciente! Ignora su mal y no tiene ningún apego a la vida. Fiel cumplidor de sus deberes, se empeña en ladrar fuera de la casuca para velar la paz nocturna de sus amos. Fray Rufino lucha con él cuerpo a cuerpo. Es preciso defender al hermano inconsciente, es preciso impedir que la pulmonía le arroje en el hueco obscuro de la muerte—la muerte de los seres sin alma no es mas que un hueco obscuro—si el aire frío de la noche se cuela en sus pulmones por el porfiado hocico que abre para ladrar. Pero el perro no cede, porque debe cumplir con su deber. Entonces fray Rufino, en medio de la noche lóbrega, tiene una idea blanca como la luz: velará por él, ladrará por él, y aquellos ladridos que escucha fray Lázaro humedecen sus pupilas... y acaso las pupilas del lector.

"Cuando os hayan maltratado, humillado, ofendido, hallaréis la perfecta alegría", ha dicho el padre de Asís. Y el desdichado fray Rufino no encuentra aún quien le humille, le maltrate y le ofenda. Su alma de nardos y su espíritu de lirios celestiales están, pues, sumi-

dos en la más indecible amargura. "El padre de Asís, piensa, aún no está satisfecho de mí." Nadie le maltrata y, ¡lejos de eso!, el convento entero le venera. Fray Rufino es un santo, susurra un fraile a media voz. Y aquel pensar se extiende y ya no es uno el que lo dice, es un coro de frailes: "¡Fray Rufino es un santo!..."

¿Qué malicia del enemigo ha extendido hacia afuera esas voces? Las mujeres comienzan a rodearle y los muchachuelos andrajosos a besar los ruedos de su túnica. El enemigo no descansa y pretende tentar a fray Rufino, deshecho ya por el cilicio y el ayuno, en la virtud más frágil: la humildad. Pero a fray Rufino todavía le quedan fuerzas, muy pocas; pero le quedan todavía. Es verdad que no duerme, es verdad que no come, es verdad que la fatiga de sus miembros menguados, de su cerebro dolorido, le hacen delirar; sin embargo, logrará la perfecta alegría, "siendo humillado, maltratado, ofendido". En la última de sus noches de insomnio, el dulce Pobrecito de Asís le ilumina, le ayuda y le señala el camino de su salvación. Entonces ocurre el hecho "absurdo, trágico, grotesco"; fray Lázaro apenas se atreve a consignarlo. María Mercedes, sí, la jovencita poco simpática que aparece incidentalmente en la crónica, es víctima de un atentado brutal de parte de fray Rufino, del santo, del frailecillo

moribundo. Era necesario un hecho monstruoso para que dejasen de venerarle, para que no le llamasen santo, y él lo ha cometido, por lo menos ha hecho como si lo fuese a cometer, a pesar de que su cuerpo ya es tan débil como una luz próxima a extinguirse. En vano quiere gritar, llamar gentes, atraer hacia sí el insulto, el desprecio, el horror. ¡Pobre fray Rufino, alma de nardos, corazón de lirios celestiales, tampoco lo consiguió esta vez! Demasiado oportuno, salvó fray Lázaro el honor del convento, y muerto fray Rufino ya nadie podrá hablar.

Hasta aquí la fábula de la novela, mejor dícho, la serie de poemas que forman esta trama novelesca, de asunto apasionante, de ínclita y purísima belleza de bondad. Fray Lázaro, amable hagiógrafo, que sueña con el convento ideal de Amado Nervo, donde no hubiera dogmas, sino mucho silencio, cierra su historia con un leve escepticismo. Tal vez jamás admiró demasiado la perfecta inocencia del buen hermano menor, porque su simplicidad encontró en sus labios siempre una sonrisa. Su figura aparece cerca de fray Rufino como una pincelada de sombra que decora un fondo profundo; a pesar de su contrito propósito de llegar a ser un perfecto hermano menor, no resulta él un buen hagiógrafo. Mala pluma para una buena crónica franciscana, hubiera exclamado el simplísimo

Jacobo de Vorágine, porque a fray Lázaro le traiciona a menudo la ironía. ¡Ah, la deliciosa escena de los gusanos, digna de la pluma que escribió *El estuche de nácar!*

Sin embargo, ni las inquietudes ni las dudas de fray Lázaro, este escéptico hermano que nunca será un buen hermano menor, turban el alma del santo fray Fufino, a quien sólo hostiga la sombra diabólica del capuchino, que procura arrancarle a su ingenua simplicidad cuando las privaciones y los cilicios acaban de consumir su cuerpo exhausto: "Humillación, humillación, humillación. Un ejemplo has de dar, por el cual sufras cruelísima tortura y gran menosprecio de tus engañados y aun de todos tus hermanos de la Orden." El le recuerda que su humildad no es mas que soberbia. ("Te llaman santo y lo aceptas; te honran, te veneran y no sólo escuchas impasible, sino te halagas"), y fray Rufino no vacila; el consejo obsesor ha tocado su corazón. ¿Acaso es un aviso del cielo o una advertencia del demonio, que procura perderle? La mortificación de su santidad salvará su ánima blandula vagula. Ahora es un pecador a quien el hermano asno ha traicionado. ¡Ah, pero su alma queda sin mácula: su falta es sólo un castigo contra la soberbia, contra el halago de la vanidad! Ya no le tendrán por santo, aunque en ese instante es cuando comienza su ver-

dadera santidad. Aquella caída no fué mas que la postrera voluntad de mortificación del santo.

Animada por el don de un verdadero novelista, *El hermano asno* resulta una de las obras de lectura más agradable y viva. Fluye la narración con delicioso interés, y el estilo la encuadra en apropiado y elegante marco. Barrios domina su lengua con flexible elegancia: es un estilo suave, armonioso, con delicadas inflexiones; estilo que denuncia siempre un temblor interior y una emoción que circula como la sangre vivificadora que renueva una vida constante.

Y he aquí cómo el novelista de *Un perdido*, el pintor de las cosas tristes, de las cosas feas, de las almas misérrimas, ha escrito ahora un cuento blanco, como Zola cuando concibió *Le Reve*.

JOSE TORIBIO MEDINA
O LA BIBLIOGRAFIA

La Universidad de Santiago, la Junta de Historia y Numismática Americana y la Universidad de Buenos Aires celebraron el 25 de agosto de 1923 las bodas de oro de publicista de D. José Toribio Medina, el infatigable bibliógrafo cuya cuantiosa obra suma centenares de volúmenes, millares de anotaciones, búsquedas interesantes; es decir, medio siglo de labor silenciosa, paciente, ejemplar por su constancia, aunque algo triste por su finalidad. Un bibliógrafo trabaja generalmente para los historiadores que vendrán tras él, porque sólo en raros casos suele darse el escritor que. como Gaston París o Menéndez y Pelayo, logre reunir en su obra al crítico, al estilista y al erudito doblado de voraz tragalibros. Medina sólo pretende haber realizado una obra antes útil que elocuente, exacta que elegante, minuciosa que generalizadora. Obrero en la vasta ciudad de la historia futura, ha hecho lo que sólo pudo in-

tentar una generación de abnegados acarreadores de datos: su celo y su paciencia valen por una biblioteca; de tal manera ha hurgado y puesto a la vista millares de documentos y de libros, que comprenden desde la árida numismática hasta la simple historiografía, desde los estudios antropológicos hasta la erudición literaria, desde el hallazgo del entomólogo hasta el glosario de vocablos. Y él, mejor que muchos otros, sabe cuánto tenemos que hacer en nuestra historia de América antes de pensar en elegantes síntesis, aderezadas con noble estilo, sobre los obscuros comienzos y formación de nuestras nacionalidades. ¿Qué sabemos de las razas aborígenes pobladoras del continente? ¿Se ha estudiado lo necesario el período colonial? ¿No se fundan en meras conjeturas muchas de las cosas que corren impresas sobre las primitivas civilizaciones americanas? La obra obscura, cuantiosa, de fatiga y espurgo que en Chile han realizado Barros Arana, Vicuña Mackenna. Amunátegui y Medina, y en la Argentina Mitre, Levene, Groussac, Molinari, Rojas, Levillier y Leguizamón, esa dará frutos útiles, que acaso aprecien en toda su importancia las generaciones venideras. La propia bibliografía argentina le debe al papelógrafo chileno más de un título interesante; fruto de su buena amistad con el autor de la *Historia de Belgrano*, en cuya biblioteca realizó fructuosas búsquedas, fué esa

monumental *Bibliografía del Río de la Plata*, la lujosa edición impresa hace cerca de un cuarto de siglo.

La sola enumeración de las obras de D. José Toribio Medina colmaría muchas páginas de menuda escritura. Sus recopilaciones bibliográficas, sus exhumaciones históricas, sus publicaciones de documentos llenan muchos anaqueles, y acaso huelga afirmar que no se podrá escribir la Historia de América sin utilizar a cada paso las fuentes de sus libros. ¿Cómo estudiar la sociabilidad y el desarrollo de la cultura hispanoamericanas sin recurrir a sus monumentales bibliografías sobre la Imprenta, la Inquisición o las obras editadas en el continente? ¿Acaso existe un estudioso que ignore o no frecuente a diario esos utilísimos repertorios de valiosas noticias que se titulan *Biblioteca hispanoamericana*, *Historia de la literatura colonial chilena* o *La primitiva inquisición americana?* ¿Cuántas no son las ediciones de libros raros o curiosos, reimpresos por él, como la *Doctrina Cristiana en lengua guatemalteca*, que ordenara el obispo Marroquín; los *Viajes de Le Maire y Schouten o los Nueve Sermones del Padre Valdivia?* ¿Cómo ignorar esos catálogos, apretados de noticias, esqueletos de futuras grandes historias, que se titulan la Imprenta en Lima y en Méjico o las historias de los Tribunales del Santo Oficio en Chile, en el Río de la Plata, en Cartagena de

Indias, en Lima, en Filipinas? ¿Y sus trabajos prolijos sobre las primeras exploraciones y sobre la geografía del continente americano, que cuentan reimpresiones como la de la Suma de Enciso, *El descubrimiento del río de las Amazonas,* o investigaciones propias como su Juan Díaz de Solís, los *Viajes de Diego García de Moguer al Río de la Plata, Sebastián Caboto al servicio de España, El descubrimiento del Océano Pacífico*: *Vasco Núñez de Balboa* y el *Diccionario biográfico colonial de Chile?*

Todo esto en cuanto toca a lo histórico y puramente bibliográfico, ya que no pequeña es su obra de simple carácter erudito, acaso demasiado menuda y ratonil para que no alcance a fatigar al simple lector poco avezado en esta clase de lecturas: ahí están las publicaciones de algunos libros espurgados y anotados por él, como *Las guerras de Chile,* el poema duro y ramplón de Luis de Zapata, que tiene un incidental mérito documental; su edición crítica del *Arauco domado,* y la simple edición de *El temblor de Lima,* dos fatigosos poemas épicos de aquel infante del antiguo Engol, D. Pedro de Oña, pesado rimador que imitaba al ya pesadísimo Ercilla; ahí están también *La tía Fingida* y *El autor del Quijote impreso en Tarragona,* dos estudios serios de indagación literaria; ahí, por fin, sus reimpresiones de la *Doctrina Cristiana en allentiac,* los fragmentos que se conservan

de la millcayac; las curiosas *Memorias de un oficial de Marina inglés* y la *Literatura femenina en Chile*, obra sumaria ésta de copiosa bibliografía, de simples y a veces pueriles noticias.

Y semejante labor, que cuenta ya la cantidad de libros de una biblioteca, ha resultado posible tras una vida consagrada, con unción benedictina, al estudio: muchos viajes a través de países, museos y bibliotecas; del Museo Británico al Archivo de Indias, de la biblioteca del general Mitre a la de Lima, de Méjico a Simancas y del Archivo Notarial de Madrid a las librerías particulares de Fregeiro, Carranza y Trelles en Buenos Aires. En esta obra tan dilatada y copiosa no es la parte más interesante aquella que se refiere a sus sacrificadas búsquedas a través de los archivos y bibliotecas, pues detrás de ellas encontramos al eterno estudioso, al hombre que ha sabido exprimir un sentido de la vida, hurgando en el rastro de las huellas dejadas por las generaciones, el eco perdurable del libro o del testimonio superior de cultura. Y una larga existencia consagrada al trabajo siempre resulta interesante, cualquiera que sea la índole de sus resultados o de sus beneficios: en el caso de la obra de tal bibliógrafo es todo un continente el que le debe un justo reconocimiento, y son voces autorizadas, como las del profesor Altamira, las que pueden decir que será

poco menos que imposible "dar un paso en la historia americana sin acudir a las publicaciones del señor Medina".

Primer viaje.

Lector atento de muchos de sus libros, hemos podido tratar de cerca a su autor, frecuentándole en el seno de su rica biblioteca, donde recogimos en el devaneo de la charla cotidiana el epigrama de la anécdota oportuna o las noticias sobre las variadas cosas de hombres y libros que han preocupado sus días. A pesar de su edad avanzada, frisa en los setenta y un años, goza de una salud envidiable y de una espiritualidad que en él parece un raro don.

La historia de su vida fué en cada instante la de sus trabajos: muchos libros y una silenciosa e inquebrantable vocación de estudioso. Cuando acaba de recibir su título de abogado, allá por sus verdes años moceriles, no aprovecha los plácidos momentos de descanso en fáciles holgares, propios de la juventud, sino que se dedica a leer con vivo interés la historia de Chile y a ensayar su afición por la literatura y las ciencias: son los antiguos narradores de los primeros años de la Conquista los que más atraen su interés de investigador, mientras las bellas letras le mueven a traducir a Longfellow,

y la entomología y el folklore solicitan sus gustos; ahí están como un recuerdo de simple curiosidad retrospectiva sus notas sobre los insectos nocivos en Chile y las noticias sobre El Pluchen, el popular mito transandino. ¡Vieja afición a las ciencias naturales la de este infatigable tragalibros, que ha dejado su recuerdo hasta en los memorables escritos del sabio Philippi, en uno de los cuales encontramos descrito cierto díptero, el *Congrophora Medinae,* descubierto por el entonces incipiente bibliógrafo! No era, pues, un estudioso platónico el historiador en ciernes: su inclinación hacia las ciencias le encaminaba por derroteros en aquellos años poco frecuentados, y le iba a servir más tarde en sus deducciones históricas como a Buckle sus estudios antropológicos. ¿Acaso no hay mucho de verdad en aquello de Guerra Junqueiro, que la historia no es mas que una larga experimentación zoológica y los fenómenos humanos pueden y deben ser estudiados como las variaciones en la botánica?

En los comienzos de su incierta carrera de abogado el Gobierno chileno envió a Lima al entonces joven Medina para desempeñar el cargo de secretario de la Legación, con lo cual no hizo sino beneficiar sus claras inclinaciones literarias, llevándole cerca del autor de las *Tradiciones,* aquel pícaro, ático y zumbón D. Ricardo Palma, con quien desde entonces compartió

una inquebrantable amistad. ¡Buen maestro para tan despierto discípulo! Supo aprovechar el oro de aquella cultura recia y la erudición de primera mano de tan diligente erudito: "En Lima—le hemos oído recordar a Medina—comenzó ya a interesarme seriamente el estudio de Ercilla. Desde aquellos días hasta hace algunos años, en que realicé mis deseos de comenzar a publicar mi obra sobre el poeta de *La Araucana,* acaricié aquel proyecto, que he visto coronado tras áridos estudios y esfuerzos enormes." En efecto, si repasamos la bibliografía de las obras dadas a luz en Lima por don José Toribio, encontraremos dos estudios sobre *El amor en la Araucana* y *Ercilla juzgado por la Araucana,* que aparecieron en *El Correo del Perú.*

Cerca de dos años de permanencia en esa metrópoli, algunos meses en Estados Unidos y un provechoso viaje por Europa constituyeron para el bibliógrafo la más oportuna ocasión que pudo presentársele a fin de iniciar su labor documental activa. "La Universidad de Chile—ha solido rememorar—había abierto por ese entonces un concurso para una historia de la literatura colonial. Como el tema era tentador, aproveché mi viaje procurando sacar el mayor provecho posible en la busca de muchos documentos interesantes. Y he aquí que después de presentar mi solicitud para obtener entrada a investigar

en el Museo Británico, me correspondió mi asiento en las mesas de trabajo junto al erudito D. Pascual de Gayangos, que por ese entonces formaba el catálogo de manuscritos, y a don Gaspar del Río, que se ocupaba en escribir su *Historia de la Inquisición en los Países Bajos*, libro al cual dedicó veinte años de su vida. Una cordial amistad me vinculó al traductor de la historia de la literatura de Ticknor, quien, andando los días, había de darme para mí la inapreciable noticia sobre el paradero de la obra de Xufre del Aguila, *Descubrimiento y conquista de Chile*, que él había vendido al librero Henri Stevens y quien la enviara a la John Carter Brown Library de Rode Island."

Para un bibliógrafo goloso de sorpresas de esta especie, tal hallazgo fué una novedad venturosa y acaso un anticipo sobre cuantos buenos libros bien pronto iban a enriquecer su biblioteca. Tras algunos meses de trabajo en Londres, Medina se trasladó a París, y fruto de sus búsquedas en la sección manuscritos de la Biblioteca Nacional fué el providencial descubrimiento de la continuación del *Parnaso Antártico*, la traducción latina de Ovidio, intentada por aquel ministro del Santo Oficio de la Inquisición D. Diego de Mejía, libro en verdad nada de exatraordinario, pasto de eruditos, pero curioso y castizo.

De cómo Mejía escribió o compuso esta tra-

ducción bien vale la pena recordarlo: navegaba el ministro del Santo Oficio desde las provincias del Perú a las de la Nueva España, cuando un naufragio le arrojó en Acajú, puerto de Sonsonate. El temor de naufragar una vez más le hizo ir por tierra hasta la ciudad de Méjico, que debía ser el término de su viaje. El camino, largo y fastidioso, hecho a paso de recua, obligóle a leer un libro de las epístolas de Ovidio, "el cual para matalotaje de espíritu (por no hallar otro libro) compré a un estudiante de Sonsonate. De leerlo vino el aficionarme a él; la afición me obligó a repasarlo, y lo uno y lo otro, y la ociosidad, me dieron ánimo a traducir con mi tosco y totalmente rústico estilo y lenguaje algunas epístolas de las que más me deleitaron". El aislamiento de la Nueva España le fué propicio a Mejía para rematar su obra: "Entusiasmado con resultado tan lisonjero —recuerda Medina en su *Biblioteca Hispanochilena*—dió cima al trabajo iniciado, y al fin y al cabo se resolvió a enviar años después, desde Lima a España, los originales para que se publicasen (puestos bajo la protección de Juan de Villela, que tan encomiástica aprobación prestara al libro de nuestro licenciado), como, en efecto, lo hicieron cajistas de Sevilla el año de 1600, con el título de *Primera parte del Parnaso Antártico de Obras Amatorias*."

Tan pronto se encuentra de regreso en San-

tiago D. José Toribio, se da a completar su ya casi terminada *Historia de la literatura colonial,* acaso una de las obras capitales de su vida, aun cuando hoy ese libro de juventud se nos aparece incompleto en algunos de sus estudios; después de aquellos días, para no citar sino un caso pertinente, se ha intentado el trabajo completo y documental sobre Pedro de Oña y Ercilla (el primero realizado por D. Enrique Matta Vial y el segundo por el propio Medina), y ya puede afirmarse que se conoce la obra completa del autor del *Arauco domado,* que entonces el bibliógrafo sólo estudió sumariamente, según las noticias que pudo encontrar en aquellos años. Sin embargo, sigue siendo este libro incompleto, pero utilísimo, una de las piedras angulares en la historia de la literatura chilena.

Poco después de dar a la estampa tal obra, publicada a costa de grandes sacrificios pecuniarios, se dirige Medina hacia las regiones del sur de Chile, en plena Araucania, la selva viva, que hace temible la acometividad del indio rebelde: va a documentarse para escribir *Los aborígenes de Chile,* obra que en su época constituyó una novedad y hoy es pasto de simples curiosos, pues con los años se desvaneció su valor científico a causa de las abundantes investigaciones posteriores de Guevara, Latcham, Thayer Ojeda, que han corregido y rectificado por entero su obra.

Segundo viaje.

No fueron muy fecundas sus investigaciones en los años siguientes, pues la guerra de Chile contra la Confederación perúboliviana requirió sus servicios. Permaneció algún tiempo en el norte del país, realizó algunas investigaciones científicas hasta que luego le encontramos en Madrid. Era por ese entonces España para el bibliógrafo el Sancta Sanctorum donde había de encontrar millares de documentos necesarísimos a fin de proseguir los estudios que tenía en preparación: un viaje a la Península cifraba acaso para él la realización de muchos proyectos largamente madurados. En los archivos peninsulares custodiábanse los mejores papeles relativos a la historia americana. Apenas si Barros Arana, Mitre y Amunátegui habían sacado provecho de ellos, pero todavía quedaba la mayor parte por compulsar. El Gobierno chileno concedió una suma para obtener copias, lo cual pudo facilitar grandemente la labor del bibliógrafo: "Trescientos sesenta y cinco volúmenes de quinientas hojas—recuerda D. José Toribio—fueron los resultados de mi labor investigadora y documental en la Península, copiados de los legajos, libros y demás documentos existentes en los archivos y bibliotecas españolas."

En el Archivo de Indias trabajó infatigable-

mente muchos días, náufrago entre sus veinticinco mil legajos, que por sí solos demandarían un cuarto de siglo para ser examinados someramente. "Bástenos saber que Chile—ha escrito él—la más pobre de las colonias, está representada por no menos de setecientos legajos, que contienen desde las cartas de Pedro de Valdivia, copiadas con letra tan clara y en tal estado de conservación que parecen escritas ayer, hasta las notas de García Carrasco, que dan fe de sus vacilaciones, dudas y errores, ante el asomo de los primeros síntomas de revuelta que bajo apariencias tímidas y encubiertas dejan vislumbrar los hasta entonces sumisos habitantes de este país."

Muchos días estuvo en Sevilla realizando activamente investigaciones en el Archivo Notarial y en las valiosas bibliotecas del duque de T'Serclaes y del marqués de Jerez de los Caballeros. El Archivo de Simancas le retuvo fecundas horas entre sus legajos, donde hizo valiosos hallazgos de documentos relativos a la Inquisición en América: "Nuestros investigadores más diligentes—dice Medina—apenas si habían podido descubrir algunos trasuntos de lo que aquel tremendo Tribunal había sido en Chile, y, sin embargo, se ven allí en tan rico caudal las piezas más interesantes y curiosas, que su publicación (si es que todo pudiera publicarse) demandaría volúmenes enteros."

También consagró continuas horas de labor a los manuscritos y volúmenes existentes en las bibliotecas y archivos de la Academia de la Historia, en la Biblioteca Nacional, en la Sección de Manuscritos de la de El Escorial, en la de Alcalá de Henares, en el Ministerio de la Guerra y en el Depósito Hidrográfico. Es de suponer lo que pudo significar para Medina un trabajo semejante de comprobaciones, copias, lecturas difíciles, que requieren larga preparación caligráfica; descifrar manuscritos comidos por la humedad y cuyos caracteres ha borrado la acción de los años; tomar aquí una nota; interpretar allí una cita; leer muchas veces un volumen para corroborar una referencia y verificar centenares de textos mal transcritos de copias hechas por pendolistas poco escrupulosos. A no haber realizado Medina dicha labor, todavía estaríamos a obscuras en muchos puntos capitales de la historia americana; recordemos tan sólo el caso del historiador Lea, que, auxiliado por los libros suyos, completó su *Historia de la Inquisición* con un volumen dedicado a América, o el de cierto publicista belga que, valiéndose de los documentos dados a la estampa por Medina, escribió su historia de Hernando de Magallanes.

El resultado más importante de toda esta ímproba labor documental fué, sin lugar a dudas, según lo ha recordado el propio Medina, el ha-

llazgo de todos los papeles relativos a la Inquisición en América: "Recuerde usted—nos ha dicho—mis volúmenes sobre el Tribunal del Santo Oficio en Lima y Chile, y allí encontrará muchas noticias sobre lo que significó para mí la labor de tal estudio en los archivos españoles." En efecto; si hojeamos las prolijas historias de la Inquisición en Chile y en Lima podremos leer en la introducción lo siguiente: "Cuando a fines de 1884 penetraba en el monumental archivo que se conserva en la pequeña aldea de Simancas, estaba muy lejos de imaginarme que allí se guardaran los papeles de los Tribunales de la Inquisición que funcionaron en América, ni jamás se me había pasado por la mente ocuparme de semejante materia. Comencé, sin embargo, a registrar esos papeles en la expectativa de encontrar algunos datos de importancia para la historia colonial de Chile; y al mismo tiempo que vi coronados mis propósitos de un éxito lisonjero, fuime engolfando poco a poco en su examen, hasta llegar a la convicción de que su estudio ofrecía un campo tan notable como vasto para el conocimiento de la vida de los pueblos americanos durante el gobierno de la metrópoli. Pude persuadirme a la vez que cuanto se había escrito sobre el particular estaba a enorme distancia de corresponder al arsenal de documentos allí catalogados, al interés y a la verdad del asunto

que tenía ante mis ojos... Estos materiales (documentos para el Tribunal del Santo Oficio en Chile) existían, sin embargo, enterrados en un obscuro aposento—el Cubo de la Inquisición—del monumental Archivo de España, establecido en el castillo de Simancas."

Cuando regresa Medina a su tierra, el año 86, en menos de un lustro publica y aprovecha cuanto ha recogido en la Península: ediciones de obras olvidadas, historias, bibliografías monumentales, colecciones de documentos: los dos volúmenes de su *Historia del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición en Lima;* la *Biblioteca americana;* el catálogo de su colección de libros relativos a la América española, con un ensayo de bibliografía chilena durante el período colonial; *Las guerras de Chile,* poema histórico del sargento mayor Juan de Mendoza Monteagudo; la *Histórica relación del reino de Chile,* reimpresa con una introducción biográfica y adicionada de notas eruditas; ocho volúmenes de las colecciones monumentales de documentos para la historia de Chile y de historiadores de Chile; su libro *Cosas de la colonia,* el *Desengaño* y *Reparo de la guerra del reino de Chile;* la *Historia geográfica, natural y civil del reino de Chile,* por Felipe Gómez de Vidaurre, con una prolija introducción biográfica y sabrosas notas; el *Catálogo de la colección de mapas, planos y vistas relativas a Chile;* el

epítome *La imprenta en América;* los dos volúmenes de la *Historia del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición en Chile; La imprenta en Lima; La bibliografía de la imprenta en Santiago de Chile;* sus *Monedas y medallas hispanoamericanas.*

¡Inmensa labor de paciencia bibliográfica, de meticulosidad prolija, de acarreo de abeja que vuela a llenar muchos, pero muchos rubios alvéolos! El historiador futuro podrá descubrir inmensos tesoros en esos volúmenes, a través de cuyos documentos atraviesan tantas y tantas figuras de heterodoxos pintorescos, de frailes apóstatas, de judaizantes libérrimos, de mujeres ligeras. Tal vez pecan de redundancia esos tomos nutridos de documentos parecidos, en los cuales se suceden testimonios análogos, como eran en su mayoría los que redactaban los mandatos de condenación para el quemadero.

Tercer viaje.

Cuando estalló el movimiento revolucionario contra el presidente Balmaceda en Chile, su casa fué allanada en más de una ocasión, pues se creían que en su imprenta particular se imprimían las proclamas que circulaban en la ciudad. Asediado de acechanzas policíacas, vigilado siempre de cerca como cualquier faccioso, se

vió obligado a trasponer los Andes, yendo a refugiarse durante algunos meses en Buenos Aires, donde contaba con buenos amigos, entre quienes figuraban conocidas personalidades intelectuales: Trelles, Mitre, Carranza, Zeballos, Fregeiro, Moreno. Pero ni los azares del destierro ni los sobresaltos de su situación de evadido le impusieron tregua a su actividad bibliográfica: durante esos meses trabajó intensamente, preparando su *Historia y bibliografía de la imprenta en el antiguo virreinato del Río de la Plata*, cuya impresión costeó el Museo de la Plata, gastando en ello cerca de doce mil nacionales. La edición es un primor de tipografía y de elegancia bibliográfica: "Los pliegos de esa obra—ha escrito el biógrafo de Medina, don Víctor M. Chiappa, pasaron cinco veces por las prensas, empleándose en sus estampas cuatro procedimientos: grabado en madera (algunos retratos), cincografía (láminas de impreso), litografía (facsímiles), fototipia (láminas mayores)."

A diario frecuentó al general Mitre en su biblioteca, con quien cultivaba una antigua amistad, nacida al calor de sus comunes aficiones bibliográficas, y quien por esos años estaba ocupado en su traducción del Dante. En su librería obtuvo copia de valiosos documentos y pudo compulsar raras ediciones de libros inencontrables relativos a América. El propio general,

que era hombre de ingenio y de palabra viva en el trato íntimo, le refirió algunas sabrosas anécdotas, de entre las cuales ha solido recordar Medina las dos siguientes, llenas de picardía y tan auténticas como la historia más fidedigna. El protagonista... un conocido bibliógrafo argentino, cuya memoria impone silencio.

Bibliógrafo si lo hubo fué el de este recuerdo, en quien el amor de los libros se convirtió en una inveterada bibliomanía. Bien de cerca pudo saberlo Medina, ya que fué también su amigo en la metrópoli argentina. Un día solicitó permiso para visitar la valiosa biblioteca de los frailes franciscanos de Córdoba. Como en el convento no ignoraban del todo las aficiones algo desmedidas del tragalibros, le concedieron dicho permiso, pero no sin antes ordenarle a un lego que no le abandonase un instante. Mirando de ringla en ringla en los anaqueles los libros alineados en sus baterías, advirtió en un rincón hasta cinco ejemplares del primer volumen impreso en la Argentina, las *Laudationes quinque*, de Bernabé Echeñique, en honor de Duarte Quirós, publicado en Córdoba de Tucumán en 1766: "Para un bibliógrafo como mi amigo—le hemos oído recordar sonriendo a Medina—, este hallazgo representaba una fortuna. Bien pronto pudo discurrir: ¿cómo obtener un ejemplar de los frailes, no de suyo muy pródigos? Fué cosa de segundos para

él: cavilar un instante y urdir una fácil añagaza, todo anduvo rápido. Cuando más descuidado estaba el lego, que no le perdía pisada, simuló un desmayo y cayó redondo al suelo. El lego, al ver esto, dió voces de socorro y salió disparado a dar aviso. Entonces, tranquilamente, el desmayado tomó los cinco ejemplares, los colocó en su bolsillo y esperó el auxilio de los frailes. Más tarde le obsequió un ejemplar al general Mitre, quien, a su vez, me lo regaló a mí, y es el que tengo actualmente en mi biblioteca."

La segunda anécdota es no menos pintoresca e interesante, y prueba cómo un bibliógrafo puede llegar a ser también hasta un hombre temible. Valga el ejemplar caso que sigue: supo en cierta ocasión el librófogo del Plata que iban en viaje a Roma algunos frailes franciscanos del convento de Ocopa (Bolivia) llevando un magnífico cargamento de libros raros. Saberlo y trasladarse a Salta todo fué uno. Por allí debían pasar los viajeros. El día del arribo se instaló con varios soldados en la plaza de Salta, no sin olvidar hacerse seguir por traillas de perros bravos. En la tarde, cerca ya de la oración, los cencerros anunciaron a lo lejos el paso de las recuas. Al desembocar las mulas en que cabalgaban los frailes llevando su carga, fueron soltados los mastines y se dispararon algunas armas de fuego. El susto y la confu-

sión contribuyeron a completar el total desbarajuste: rodaron los sacos por el suelo, huyeron despavoridos sus dueños, mientras los libros quedaban en poder del interesado. "Entre estos volúmenes tuve la suerte de conseguirle a mi amigo—nos ha dicho Medina—un ejemplar de *La vida de Cristo,* del padre Bertonio, impresa en 1614 en Juli, una de las ciudades del interior de Bolivia que contó con una riquísima imprenta, de la cual salieron obras que hoy son tesoros bibliográficos."

Triunfantes ya los revolucionarios en Chile, muerto trágicamente su amigo el presidente Balmaceda, Medina endereza una vez más rumbo a España y se dirige a Sevilla. A diario frecuenta las tertulias en casa del duque de T'Serclaes y del marqués de Jerez de los Caballeros, cuyas bibliotecas (vendida ésta más tarde al diligente Mr. Archer Huntington, el sabio fundador de la Hispanic Society of América, de Nueva York) constituían por ese entonces el mayor tesoro bibliográfico particular de España. ¿No ha dicho Menéndez y Pelayo en algunos de sus libros que la colección de novelas del duque de T'Serclaes era una de las más completas de la Península?

Buen hogar para hilvanar la cháchara cordial era el de aquellos hidalgos, adinerados y cultos, adonde acudían cotidianamente Menéndez y Pelayo, Rodríguez Marín, Gestoso y Pé-

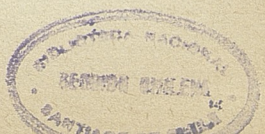
rez, autor de la obra *Sevilla monumental y artística;* Valdenegro, cuyo libro *La imprenta en Córdoba* es un monumento de erudición; Chávez, autor de *El periodismo en Sevilla;* el doctor Hazañas y la Rúa, que ha publicado las obras de Gutiérrez de Cetina y un tomo sobre *La imprenta en Sevilla;* Montoto, Leopoldo Cano, Serrano, el doctor Lazo de la Vega. De esa tertulia, y durante su frecuentación a los archivos y bibliotecas, logró preparar Medina nuevas obras de largo aliento: la utilísima *Biblioteca hispanochilena,* su libro sobre Vasco Núñez de Balboa, los documentos para sus historia de la imprenta en América, el *Descubrimiento del río de las Amazonas,* publicado en lujosa edición a expensas del duque de T'Serclaes y dedicado también a él. El Archivo de Indias le vió a diario aguardando sus horas de acceso para dedicarse a la obra de compulsar toda clase de manuscritos y documentos, pagando abundantes copias que debía llevar a su tierra destinadas a la prosecución de sus trabajos.

Cuatro años provechosos fueron los de esa permanencia en España; ya el año 96 se encuentra de regreso en Santiago. Más de un lustro reside en Chile antes de emprender la más dilatada de sus peregrinaciones, que dedica exclusivamente a documentarse y componer sus libros sobre la imprenta en América. Se-

tenta y ocho volúmenes da a la estampa durante el corto reposo en su tierra, frutos de sus búsquedas infatigables: muchos de esos libros son simples publicaciones de documentos anotados relativos a la historia de Chile; otros, tomos bibliográficocríticos, y no pocas obras de historia y erudición, suma abrumadora en un celoso benedictino de los libros, para quien la vida no tuviese otra finalidad que la golosa atracción del papel impreso.

Cuarto viaje.

Cuanto había logrado recoger en las bibliotecas europeas era aún insuficiente para completar todas las enormes colecciones de volúmenes que tenía entre manos. Era preciso partir de nuevo, y de esta manera, en 1902, abandona su amable rincón santiaguino para recorrer América de ciudad en ciudad, de biblioteca en biblioteca, visitando cada sitio donde hubiesen funcionado imprentas durante la colonia, a fin de completar sus pacientes historias: Lima, Guatemala, **Méjico, Puebla,** Cartagena, La Habana. Así volvió una vez más a la ciudad de los virreyes a frecuentar nuevamente a D. Ricardo Palma, amable y cordial siempre, aun cuando no había olvidado que los soldados chilenos le saquearon su casa de Barranco. Los



tres meses que residió en la metrópoli peruana le bastaron para completar la documentación de *La imprenta en Lima* y preparar nuevas anotaciones para otros futuros libros suyos.

Prosiguiendo su derrotero bibliográfico continuó en viaje a Guatemala, donde estuvo cosa de dos meses recorriendo bibliotecas públicas y particulares. "Nunca olvidaré—le hemos oído recordar—las atenciones extremadas que debo a los guatemaltecos: mi sala de trabajo era la Corte Suprema, y a un paso estaba el cuartel de Policía, donde fusilaban a diario. Mis mejores amigos fueron allí D. Antonio Batres Jáuregui, diplomático y escritor; D. Agustín Gómez Carrillo, historiador meritorio, padre del elegante cronista Enrique Gómez Carrillo; don Ramón Salazar, autor de una *Historia del desenvolvimiento intelectual de Guatemala*. Un día el presidente Estrada Cabrera me hizo anunciar que me recibiría en audiencia; pero oportunamente aconsejado por un benévolo amigo, desistí de la visita, pues me advirtió que en la sala presidencial donde debía ser acogido había dos cortinas y tras ellas varios oficiales con sus revólveres amartillados, prestos para disparar sobre la visita si ésta hacía cualquier movimiento que pudiese ser tenido por sospechoso. No andaba del todo bien esa República por aquel entonces: creo ahorrar muchos detalles si le cuento que para abandonar el país se necesitaba

autorización del ministro del Interior, y para embarcarse en San José, un telegrama del presidente de la República."

Prosiguiendo en su derrotero, Medina pudo trabajar a sus anchas en Méjico, en libre paz, colmado de atenciones por el todopoderoso don Porfirio Díaz, que mantenía aquel país en el puño, gobernado como cualquier simple cuartel de milicias. Pacientes búsquedas y fructuosos hurgares pudo realizar acompañado por eruditos y bibliógrafos como D. Vicente P. Andrada, el autor de una *Bibliografía de Méjico en el siglo* XVII; por D. Luis González Obregón, cuyo *Méjico viejo* ya conocía Medina; por el licenciado Jenaro García, investigador sapientísimo, editor e ilustrador de las obras de Bernal Díaz del Castillo; por bibliógrafos, arqueólogos y eruditos como D. Nicolás León, D. Joaquín Casasús, traductor de los poetas latinos; D. José María de Agreda y Sánchez, poseedor de la más rica biblioteca mejicana; el licenciado Chanero y Amado Nervo, que por ese entonces preparaba un trabajo sobre Juana de Asbaje: "De pintoresca y peligrosa manera, cuando no había ferrocarril a simple lomo de mula, visité Puebla, Guadalajara, Oaxaca, Guanajuato, Veracruz, Querétaro, en busca de noticias para mis volúmenes sobre *La imprenta en Méjico,* que algunos años después di a la publicidad."

Terminada de esta guisa su misión ameri-

cana, traspuso el Atlántico y fué a proseguir sus trabajos en las bibliotecas de París y de Italia. En la librería del Vaticano se encontró con un antiguo conocedor de sus libros, el docto jesuíta Erla, quien le dió muchas facilidades para sus consultas y anotaciones, hasta el punto de poner a su disposición bibliotecas que acababan de ser adquiridas y que aun no estaban catalogadas. Su permanencia en Turín le fué provechosa como lo que más, pues encontró el primer ejemplar de que se tiene noticia del *Chilidugu,* del padre Havestadt, impreso en el Monasterio de Münster en 1777.

Una vez más en el seno de los suyos, de regreso a Chile en 1904, Medina publica más de sesenta volúmenes durante ocho años, frutos todos ellos de su último viaje: ahí están sus búsquedas sobre la historia de la imprenta en América, algunas de las cuales, como las que se refieren a Lima y a Méjico, constituyen los más copiosos emporios bibliográficos que se hayan dado a la estampa en el continente. ¿Qué decir también que ya no haya sido señalado allende y aquendo los mares de su *Historia del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición de Méjico,* del *Diccionario biográfico colonial de Chile,* de su historia *El veneciano Sebastián Caboto,* de su elegante edición de *La Araucana,* primer tomo de la monumental biografía sobre Ercilla? Y ya que nos hemos referido al poeta es-

pañol, cabe recordar lo que le significó como esfuerzo la preparación de su obra predilecta, que constituirá en el futuro el mayor título de gloria para este bibliógrafo: los libros consagrados a los documentos y a la vida de Ercilla, cinco enormes y nutridos tomos, capaces de arredrar al lector más paciente y, en verdad, destinados a los simples eruditos e investigadores.

Pero esto merece punto aparte, pues dice relación con su quinto viaje.

Quinto viaje.

Tuvo noticias Medina, en 1903, que el sabio cervantista D. Cristóbal Pérez Pastor poseía multitud de documentos valiosísimos sobre Ercilla, y que estaba dispuesto a ceder su derecho de copias por la cantidad de seis mil francos. Procuró Medina interesar al Gobierno chileno, cosa que no resultó feliz; poco más tarde murió Pérez Pastor, y los documentos pasaron a poder de la Real Academia, legados por los herederos, la que, como un homenaje a sus donantes, le encomendó a Rodríguez Marín su publicación, cosa que al fin no se hizo, pues el erudito sevillano se encontraba de lleno entregado a sus estudios sobre Cervantes.

Así andaban las cosas, cuando partió Medina a España, a fin de proseguir de cerca sus ges-

tiones para la posesión de los documentos: "Una vez en Madrid—le hemos oído recordar a D. José Toribio—insinué la idea de realizar el trabajo que seguramente Rodríguez Marín no emprendería; pero se me dijo que si aquél no lo hacía por el momento lo había de emprender más tarde. Algunos días después manifesté deseos de ver el testamento de Ercilla, que se conserva en la Real Academia, a lo cual se negó ésta terminantemente, o más bien dicho, el secretario Sr. Catalina, que era allí omnipotente, alegando que sería desdoroso para España que un extranjero hiciera esa publicación. En vista de tales negativas, yo me lancé por mi parte en busca de los documentos originales, tarea que no era fácil, porque la entrada en el Archivo Notarial de Madrid era poco menos que imposible, siendo como es de propiedad particular, sin antes sufragar derechos prohibitivos, cuales son los de pagar treinta céntimos por cada año de antigüedad del protocolo que se consulte, y que en el caso que me interesaban eran los de doscientos veinticuatro notarios obrados en el espacio de treinta años, suma que por sí sola habría excedido a todo el presupuesto de Instrucción Pública de Chile, sin contar con los derechos de búsqueda, de copia y de autorización. Pero la cuestión era entrar al Archivo Notarial (a aquel Sancta Sanctorum al cual no tenía acceso ni el propio director de la Biblio-

teca Nacional, Rodríguez Marín), gastando en estas gestiones semanas y semanas, sin que me valiera un ápice la comisión que el Gobierno de mi país me había conferido (para estudiar la organización de aquel Archivo), pues al cabo de consultas y trámites se resolvió que la entrada me sería permitida en las condiciones de cualquier hijo de vecino, esto es, pagando los derechos correspondientes. Sin desmayar por nada de esto, moví entonces los resortes del influjo, habiendo sido al fin la llave maestra de todo el marqués de Laurencín, secretario del Senado, quien logró del ministro de Instrucción Pública una carta de su puño y letra para el archivero. Quedaba por doblegar la voluntad del encargado del Archivo, sargento de Caballería y hombre listísimo, que en previsión de que se le asaltara tuvo la precaución de colocarse revólver al cinto y hacerlo notar con cualquier pretexto. Entonces la tarea comenzó a facilitarse. Merced a recursos de ingenio y a los no menos eficaces del bolsillo, y al cabo de seis meses de labor diaria, se completó la obra de las copias, partiendo al día siguiente de Madrid en dirección a Chile. Se habían gastado treinta y cinco mil pesetas y traía en mi poder seiscientos documentos ercillanos. A mi llegada a Santiago recibí la agradable nueva de que los seis mil pesos con que el Gobierno auxiliaba la publicación de esos documentos habían sido de-

vueltos a la Tesorería por ausencia del que debía editarlos... ¡Debo agregarle que, publicado el libro, no se ha vendido un solo ejemplar!"

¡En realidad, la lección era dura y el agradecimiento de sus compatriotas algo mezquino! Sin embargo, en España, el marqués de Laurencín decía en cierta ocasión a la Real Academia de la Lengua en elogioso informe: "No tendréis, pues, por exagerada, sí por gráfica y exacta, mi afirmación de apellidar soberbio e imperecedero monumento el erigido por los nobles arrestos del ilustre publicista chileno a la memoria de Ercilla. Del íntimo maridaje del genio poético y el heroísmo español surgió la epopeya sin par de *La Araucana*. Necesitaba un comentarista digno de ella y lo ha encontrado en D. José Toribio Medina."

Espejo de bibliógrafos.

Cuando los futuros viajeros, movidos por su curiosidad intelectual, visiten la Biblioteca Nacional chilena, encontrarán en una de las amplias salas llamativamente decoradas por Bonencontre la rica biblioteca de este bibliógrafo, que en vida legó al Estado. Allí perdurará, rediviva, el alma de Medina, entre los volúmenes que le sirvieron para documentar sus centenares de libros y que sólo el amor a su tierra pudo sal-

var de las tentadoras solicitaciones de la John Carter Brown Librairy.

Para este rebuscador de papeles centenarios los libros constituyeron siempre la mitad de sus desvelos y las formidables armas de su trabajo cotidiano. Su apetito de bibliómano buscó afanosamente todas las ediciones de *La Araucana;* pero a pesar de sus búsquedas no logró reunirlas todas, pues le falta la edición príncipe de la primera parte, impresa en 1569: "Sin embargo, pienso que pude obtenerla y... me quedé sin ella. A mí fué a quien primero me ofreció en venta el ejemplar que poesía el librero don Mariano Murillo; yo había descrito ya en mi *Biblioteca Americana* tal volumen, y así, pues, fué grande la sorpresa de Murillo cuando, al mostrarme el ejemplar, después de hojearlo, le hice notar que le faltaba el retrato de Ercilla, que, contra lo acostumbrado, iba colocado en la última página. Fué necesario que Murillo mandase ver el ejemplar que existía en el Museo Británico para que se convenciese. Hizo fotografiar dicho retrato, y de este modo completó su volumen para venderlo a Huntington."

Medina logró reunir los libros de su biblioteca en el espacio de cuarenta años. El objeto a que ha obedecido su formación ha sido principalmente el de reunir las producciones tipográficas de la América latina desde que en ella se estableció el arte de la imprenta hasta que

terminó la dominación española. El período que abarca la parte relativa a Cuba alcanza sólo hasta 1810, y es vario en las demás naciones del continente. Llega hasta esa fecha en la Argentina; en Chile, hasta 1817; en Méjico y Guatemala, hasta 1821; en el Perú, hasta 1824, *et sic de coeteris*. Cuenta más de mil volúmenes, de entre los cuales los libros mejicanos suman más de ocho mil títulos; el resto lo componen obras americanas, especialmente relativas a la colonia. A la parte moderna de su librería le concede Medina poca importancia. En varias ocasiones la Universidad de Harvard y John P. Winship, bibliotecario de la John Carter Brown Librairy, le han hecho ventajosas proposiciones para adquirirla.

¡Libros, libros, libros! Henos aquí en el seno de la librería: advertimos el primer volumen dado a la estampa en la América del Sur, un ejemplar admirable de la *Doctrina en lengua quichua*, impreso en Lima en 1584, con una firma autógrafa del padre Acosta: "Por esta obra —nos dice Medina—me han ofrecido seis mil marcos, pero cuando esta moneda tenía un valor efectivo. Tiene una historia curiosa: cuando se estaba imprimiendo, el Papa Gregorio XIII quitó diez días al calendario, lo cual ocasionó trastornos curiosísimos en la época; hubo entonces que detener el trabajo de la impresión para dar a la estampa, por la misma

prensa, la Real Cédula que incorporaba la Orden Pontificia, en la cual se ordenaba el vacío del calendario. Así, pues, son ambas dos impresiones casi simultáneas."

He aquí otro libro valioso: los *Nueve sermones en lengua de Chile,* del padre Valdivia, que Medina le compró a D. José Sancho Rayón, en Madrid, por la cantidad de mil francos; acá vemos *La Argentina,* de Barco Centenera, de la cual se conocen sólo cuatro ejemplares; hermoso libro es el que tienta nuestros ojos: el *Manuale sacramentorum,* impreso en Méjico en 1568, ejemplar único conocido en el mundo, que Medina le compró en Puebla a un abogado; otro de sus tesoros es el volumen pequeñito, primoroso, del *Thesoro spiritual de pobres en lengua michuacal,* impreso en Méjico en 1575, que adquirió en mil quinientos marcos, y del que hasta hoy sólo se conocen cuatro ejemplares; éste que posee Medina está incompleto, y ha hecho reproducir del Museo Británico las copias de las hojas que le faltan. Con visible emoción nos muestra el único ejemplar que existe del *Ceremonial y rúbricas generales,* impreso en 1579 en Méjico. ¿Y qué decir de las ediciones de *Las Araucanas,* a través de las cuales podemos apreciar el más completo tesoro de la tipografía antigua? ¿Qué de la bonita primera edición del Diccionario de la Academia?

La mayor parte de sus libros, primorosos en

cuanto se refiere a los cuidados de la tipografía, los imprimió Medina en la imprenta que mantenía instalada en su casa, realizando con ello el tipo del antiguo humanista, en quien se aunaban el tipógrafo, el erudito, el bibliógrafo y el impresor, especie de Aldo Manucio en los prosaicos tiempos que corren.

La imprenta en América.

Sus volúmenes sobre la imprenta en América constituyen, indirectamente acaso, la mejor fuente para estudiar la rudimentaria cultura durante la época colonial. En ellos encontrará el investigador futuro cuanto se daba a luz en aquellos años de incipiente labor instructiva: desde los infolios indigestos de la sumaria tipografía hasta los partes e invitaciones de carácter social; desde las escasamente pedagógicas gramáticas hasta los vocabularios de lenguas bárbaras, con que los misioneros se auxiliaban para difundir las doctrinas cristianas; desde las soporíferas crónicas de los conventos hasta las vidas de santos y obispos de tal o cual Orden. Con razón ha podido decir el erudito Garnett: "Ceremonias públicas, corridas de toros, leyendas de santos, conclusiones sobre filosofía escolástica componen el triste catálogo y manifiestan cómo un pueblo activo y hábil

era condenado sistemáticamente, en lo que a sus mandatarios toca, a la frivolidad, superstición e ignorancia." Nada puede constituir un espejo más fiel de tal época que esos voluminosos catálogos (por ejemplo, los ocho tomos consagrados a la imprenta en Méjico o los cuatro referentes a Lima), donde encontrará el historiador el prontuario más fidedigno de cuanto se escribía o se pensaba en las remotas Indias españolas.

Resulta un caso tan insólito cuanto curioso el de la tipografía suramericana: según lo observa el ya citado Garnett, esa producción era tan copiosa en lo que toca a lo bibliográfico cuanto estéril en el sentido literario. Quien repase todo lo que daban a la estampa las prensas de Lima y de Méjico no podrá sino sorprenderse con la abundancia de libros como de su absoluta falta de interés. Ni un mediano volumen que respondiese a una incierta personalidad, en medio del fárrago de obras religiosas y gramaticales. Abundante bibliografía, pero exenta de todo valor literario. La imprenta llega hasta la más remota e inaccesible ciudad americana (Julí, a doce mil pies sobre el nivel del mar); pero todo lo que ella edita apenas si merece que se le recuerde. Quién traduce un tratado del padre Nierenberg al guaraní o una versión de *Flos sanctorum*, de Ribadeneira; ya se reimprimen los vocabularios y gramática de Antonio Ruiz de

Montoya, o se publica el catecismo de Nicolás Yapuguay, para no citar los discursos panegíricos o las proclamaciones, de escaso mérito. La importancia de tales impresos resulta poco menos que insignificante y su influencia totalmente nula. Acaso fueron más socorridos en su difusión los novenarios, los decretos y ordenanzas de los virreyes, las oraciones y las listas de toros, como que todas ellas formaban parte de los hábitos y necesidades en aquella adocenada sociedad colonial. Con clara razón podía observar un acucioso bibliógrafo que Rich, en su *Biblioteca nova*, sólo pudo descubrir once libros limeños impresos antes de 1700, y Brunett no alcanzó a contar más de diez y ocho.

Los historiadores futuros que recorren estos catálogos apretados de noticias encontrarán en ellos el espejo fiel de la indigente cultura americana durante más de tres siglos, cuando todo lo que dieron a la estampa las prensas novomundanas estaba destinado *ad mayorem Dei gloriam* y de su Santísima Majestad el Rey de las Españas.

La Historia y la Geografía.

Aprovechando la apertura de los archivos españoles, acordada por el Gobierno peninsular en 1884, y comprendiendo cuán incompleta era

la obra de nuestros cronistas, que carecieron del conocimiento de los caudales de la documentación histórica ("no hayan podido dejarnos obras dignas de fe, si exceptuamos aquellas que narran los sucesos que sus autores presenciaron, y que de este modo, sin el estudio de esos documentos, en cualquier época que sea, no se podrá jamás escribir historia completa y verdadera, es decir, historia", escribió el propio Medina), visitó todos los archivos, con santa y ejemplar paciencia, y fruto de esa labor inmensa son los treinta volúmenes de la monumental *Colección de documentos inéditos para la historia de Chile,* en los cuales figuran más de ochocientos documentos de inestimable valor. Vasto friso donde perdurarán los testimonios de la historia chilena, refiriendo una a una las hazañas y los reveses de cuantos penaron no sólo por la fundación de Chile, sino de cuantos cruzaban los mares en busca de los derroteros de las Indias desconocidas. Aparecen en esas recopilaciones, heladas y de penosa lectura, Magallanes y sus compañeros; las expediciones de Jofré, Loaisa, Alcazaba, Mendoza, Camargo; los viajes de Almagro y sus lugartenientes; don Pedro de Valdivia con su puñado de valientes, aventurado en un país pobre y hostil; Francisco de Villagra y su proceso; Alderete y Hurtado de Mendoza; Francisco y Pedro de Villagra; la lucha tenaz en las ciudades del Sur durante

los inciertos días de la amodorrada colonia, cuando desaparecieron uno a uno los siete reductos ante las arremetidas de los araucanos.

Completan ese inmenso emporio documental, especie de Monumenta Germaiae de la historia de Chile, los treinta y un volúmenes de la *Colección de historiadores*, de la cual los doce restantes fueron dados a la estampa por Barros Arana, Amunátegui y D. Luis Montt. Medina publicó por primera vez y reeditó la *Histórica relación de Alonso de Ovalle*, la crónica de Gómez Vidaurre, las *Actas del Cabildo de Santiago*, la *Historia de la Compañía de Jesús*, del padre Olivares, y las relaciones sacadas de los antiguos cronistas. Estas dos colecciones prepararon el campo para cuantos más tarde iban a emprender la obra de escribir la historia de Chile, a la luz de las fuentes vivas de toda esa documentación. Don Crescente Errázuriz ha podido decir que "con la publicación de sus domentos me ha puesto en el caso de escribir, porque esos documentos han dado todos los datos nuevos con que se puede enriquecer la historia de Chile".

Todas esas búsquedas de papeles relativos a la América española tuvieron por consecuencia no sólo el centenar de volúmenes documentales relativos a la historia de Chile, sino que también tres de sus obras históricogeográficas: *El veneciano Sebastián Caboto al servicio de Es-*

paña, Núñez de Balboa y el descubrimiento del mar del Sur y *Hernando de Magallanes.*

En el primero, Medina no sólo estudió la vida del esforzado navegante, sino que la de su padre, Juan Caboto, el primero que en el siglo XV arribó a las costas norteamericanas. Contrariando el criterio histórico hasta entonces en boga, Medina, apoyado en la totalidad de una documentación muy completa, presentó a Caboto tal vez con extremada crudeza, confundiéndole con expresiones acaso demasiado apasionadas para un historiador de su probidad: "Extrema con Caboto—pudo escribir también con injustificable violencia Paul Groussac—la severidad hasta el encono, prodigándole desde la advertencia preliminar los dicterios de ignorante, embustero, criminal, farsante de primer orden, etcétera, cuya vulgaridad no salva lo que tiene de excesivo."

En el segundo libro sobre Núñez de Balboa, a la luz de una abrumadora documentación, despojó al explorador de mares y de tierras de cuantas suposiciones habían contribuído a formar en torno de su vida un halo de gratuita leyenda, restituyéndole la justicia de la historia. Y es así cómo en sus páginas se destaca en todo su humano relieve la figura recia de ese hombre de hierro, que corrió tantas desventuras hasta perder la cabeza bajo el hacha del verdugo en el pueblo de Acla. Conquistador y

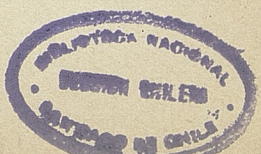
hombre de intrigas, de acero por la tenacidad y de hierro por el vigor, pasa a través de la historia americana como un eco de la España aventurera, tan fuerte cuanto poco previsora. Y a Medina se le debe su mejor estudio documental, que más tarde han completado otros libros valiosos.

¿Qué decir sobre la tercera de estas obras, el volumen consagrado a Magallanes, que puede ser tenido como algo acabado en cuanto toca a la historia de los viajes relativos a América? Ahí están, como un antecedente del primer viaje alrededor del mundo, las empresas memorables de Gonzalo de Acosta y de Diego García de Moguer, exploradores del Río de la Plata; las de Esteban Gómez y León Poncaldo, con sus intentos para atravesar el estrecho de Magallanes o encontrar un paso que comunicara los dos mares por el Norte de América.

La Inquisición.

No podría darse mejor complemento de toda esa labor pacientísima de Medina, explicativa de la rudimentaria sociabilidad y cultura coloniales, que los once volúmenes consagrados a la historia del Tribunal del Santo Oficio. Ya fuera la acción directa de sus jueces, representantes del espíritu del soberano español, o ya

la de sus comisarios de Chile o del Río de la Plata, cabe apreciar la nefasta acción ejercida por semejantes sátrapas, tan rudos e incultos cuanto torpes y desmandados. La Inquisición disponía de vida, hacienda y libertad de cada individuo, y su historia no es mas que la de todos los atropellos y arbitrariedades ejercidos por la autoridad y la Iglesia Católica durante el siglo XVIII. Llenas estaban siempre las cárceles, en cuyas mazmorras se imponían los tormentos más inhumanos, renovando los tiempos de la conquista, cuando las víctimas eran los indios indefensos e ingenuos. Nada con mayor elocuencia que la Inquisición en América prueba el deplorable atraso de España y su brutal acción civilizadora, que subrayó con la cruz y la espada. ¡Cuántas veces los mismos libros que publicaban las pequeñas imprentas, establecidas a costa de grandes sacrificios, no sirvieron para atizar las hogueras donde se martirizaba a cuantos infundían sospechas de inocente heterodoxia! El propio Medina ha podido decir, al prologar su colección de documentos sobre la Inquisición: "Acaso sabe Dios si por las sombras que proyectan sobre una época ya de por sí bastante desgraciada no hubiera valido más que, roídos por la polilla, hubiesen sido echados al río que corre a los pies del histórico castillo en que se guardan." Con razón bien fundada, las autoridades españolas habían sepulta-


BIBLIOTECA NACIONAL
SECCION CHILENA
SANTIAGO DE CHILE

do todos los documentos referentes al Tribunal del Santo Oficio en el sombrío castillo de Simancas, hasta donde acaso pensaron que no alcanzaría la curiosidad de los futuros investigadores.

Aunque hubiera sido posible desear para todos los documentos contenidos en esos nueve volúmenes la disciplina sintética del historiador y la inteligencia constructiva del escritor, no por eso carece de interés tan vasto y ameno emporio de noticias. Todos los procesos inquisitoriales, con sus dilatadas ramificaciones, que dicen relación con la sociedad colonial, sin distingos de ninguna especie, aparecen en esas páginas, tentando la imaginación de novelistas e historiadores, como el interesante "Lea", que pudo aprovecharlos fecundamente en su valiosa historia.

Pero no son tan sólo sepulcros helados donde duerme una época su reposo de siglos esos volúmenes perinchidos de noticias sabrosas, capaces de arrojar luz esclarecedora hasta los rincones más obscuros de nuestra Edad Media colonial. Ahí está el secreto de la grande alianza entre el poder político y el religioso; la acción de la Iglesia secundando la autoridad del rey: obispos y virreyes, inquisidores y damas linajudas, prestamistas y oidores, heréticos y judaizantes, todos aparecen, ante la cárdena luz de la hoguera, mezclados en la siniestra zara-

banda de la muerte. No podría concebirse una historia de América sin bajar a las zahurdas de esos Tribunales, donde la religión enarbolaba la vara de la justicia, y en torno de los cuales giró la vida de media centuria, durante la cual España remató su obra, torpemente reaccionaria, en las abandonadas colonias de Occidente.

Implacables enemigos de la herejía, los severos Tribunales del Santo Oficio no se dieron tregua en sus persecuciones, no sólo contra cuantos fueran tildados de sospecha por sus ideas, sino contra los extranjeros: innumerables y crueles son los centenares de procesos que denuncian los documentos recogidos por Medina seguidos a los piratas ingleses y a los comerciantes de Portugal, acusados siempre de judaísmo. Portugués y judaizante eran sinónimos para los brutales ministros inquisitoriales: ¡cuántas haciendas fueron saqueadas con este pretexto y cuántas familias no fueron perseguidas y aterrorizadas en nombre del rey y de la santa religión!

Cuando llegan a América las primeras noticias de la Revolución francesa, el languidescente Tribunal cobra nueva vida, pues no faltan quienes sueñen ya con la utópica libertad en medio de aquella cárcel de espantos. La Inquisición extrema sus sanciones disciplinarias, renace a una insospechada actividad, que estimulan la protección de sus virreyes y los anate-

mas de sus obispos en Méjico: "La mentalidad de nuestros abuelos—ha podido escribir Hurtado y Arias—era un poco estrecha, algo cerrada, sin mucha ventilación, con poca luz. Su espíritu no conoció nunca la higiene de la libertad. El rey de un lado, la Inquisición del otro, la mantuvieron siempre en estrecha reclusión."

Después de publicar sus once volúmenes sobre los procesos inquisitoriales, Medina pudo escribir el libro que hubiera completado luminosamente la grande historia del yanqui "Lea"; mas prefirió no juzgar el asunto, dejando a los otros sus exposiciones prolijas, tras las cuales siempre desapareció el autor. Ya en el primero de sus volúmenes se excusaba advirtiendo que "al explotar este tema histórico nunca he pensado en la parte religiosa del asunto; siguiendo el sistema meramente expositivo, negándome yo mismo el derecho de decir con palabras mías lo que los contemporáneos o autores de los sucesos que narro de esa época pensaban o decían conforme a sus ideas". Y he ahí la cualidad y el defecto capital en la obra de este bibliógrafo. (Bibliógrafo habremos de llamarle siempre, pues a un historiador toca exigirle el juicio necesario y la crítica obligada de los sucesos que narra.) A Medina poco se le encuentra en sus escritos: expone, cita y, cuando más, comenta sin pronunciarse nunca. Nada podemos inducir de sus ideas religiosas o políticas

cùando trata de la Inquisición en Lima o en Méjico. Los tres mil procesos inquisitoriales que ha tenido oportunidad de estudiar jamás despiertan una protesta ni un comentario personal. Ni la abyecta sociabilidad del siglo XVIII; ni el fanatismo repugnante de frailes, oficiales y oidores; ni la estulticia de esos pueblos sujetos a la férula de sayones y prebendados le arrancan un grito de indignación, una palabra ardorosa. Es el perfecto investigador, sin sensibilidad, que busca, prueba y transcribe para que los historiadores futuros escriban el libro definitivo, trazando el cuadro sombrío de esa España putrefacta que acabó de morir en América el año 10.

ERCILLA.

El propio Medina ha recordado ya cuántos esfuerzos ímprobos hubo de realizar antes de conseguir los documentos que le sirvieron para sus cinco volúmenes sobre D. Alonso de Ercilla: infinitas búsquedas, rastreos de papeles en los archivos españoles, actas y escrituras en las escribanías; es decir, una labor de paciencia, dinero y constancia, dignas acaso de mejor causa.

Ercilla y su poema fueron siempre objeto del culto sin medida de parte de este bibliógrafo: la prosaica crónica rimada del poeta soldado

encontró en su admiración una devota pleitesía, desde la iniciación de sus labores de bibliógrafo: en Lima había iniciado sus hurgares, durante su primer viaje, hecho en sus verdes días de mozo, y la *Historia de la literatura colonial* daba, poco más tarde, sobradas pruebas de su culto por el autor de *La Araucana*. ¿Qué mucho entonces si en la hora más fecunda de su actividad intelectual pensó consagrarle una obra monumental por sus investigaciones? Puede asegurarse sin vano eufemismo que Medina agotó la materia y que, en lo sucesivo, nadie podrá tratar sobre Ercilla sin recurrir a cada paso a su obra.

La Araucana, como *El Monserrat*, *La Henriada* o el *Arauco domado*, son para la curiosidad literaria de la generación actual algo así como simples documentos del mal gusto de una época que intentó rimar su historia, y que bastarían para sugerir la idea de un contraste con la obra de los buenos poetas, llámense éstos San Juan de la Cruz, Góngora o Teresa la santa. Ercilla disfruta de rendidos admiradores entre los eruditos, ya que los tiene tan escasos entre los simples lectores. Para los chilenos es el punto de partida de su pobrísima historia intelectual y un pretexto romancesco ya muy manoseado por muchos de sus rimadores. En la historia bravía de la conquista, D. Alonso de Ercilla aparece como un héroe de epopeya

romántica, escribiendo sus octavas reales en el pergamino que apoya sobre el arzón de la montura, en medio del rumor de las selvas vírgenes, frente al indio indomable, ni más ni menos que un caballero de altivas gestas. Así le vemos en tres obras de nuestro teatro, popularizado e idealizado en fácil verso, convertido ya en amable flor de leyenda.

En cambio, acerquémonos al héroe que encontramos en la *Vida,* publicada por Medina; siempre los colores son risueños, pero la leyenda se encuadra en los moldes de la historia: allí está el paje del príncipe D. Felipe, cuya madre sirvió de guarda-camas a la infanta doña María; no muy entrado en años, vemos partir al Colón de las Indias del Parnaso, que decía el jocoso **Lope de Vega, acompañando** al gobernador Alderete, mientras se encaminaba a Chile; luego sigue al magnífico D. Hurtado de Mendoza en dirección a la Imperial, formando parte de su séquito oriental; cruza serranías, ríos, llanos, hasta alcanzar el canal de Chacao, que D. Alonso pasa en una canoa; cae pronto en desgracia con el hijo del virrey del Perú, estando a punto de perder la cabeza, y con ello el poema que tenía en ciernes; más tarde, de regreso en Europa, visita al Papa Gregorio XIII en Roma, y recibe encargo de Felipe II para ser portador de una misión cerca de los duques de Brunswick; y por fin le encontramos en los

últimos años de su vida, "puesto ya el pie en el estribo, con las ansias de la muerte", según diría Cervantes, convertido en el menos romántico de los poetas: cuando hereda un no despreciable pasar de su hermana, sienta plaza, ¡oh ironía del rubio Apolo!, de traficante en negocios de compra y venta y de simple y nada liberal prestamista: "Ahora nos toca examinar los préstamos de dinero que hizo—recuerda Medina—en ciertas ocasiones a señores que se veían en apuros, y los censos que, por igual cosa, a su favor se impusieron por sumas en verdad considerables."

He ahí al poeta, al rimador de *La Araucana,* como Hernán Cortés en sus años postreros, entregado al pobre agio, como podría practicarlo cualquier buhonero envejecido; enredado en negocios no del todo limpios, claudicante como el autor del *Quijote* por cuestiones de cuartos de más o de menos. Triste epílogo de una existencia mecida en la cuna de las musas, que gozó de la protección principesca y llevó en alto la espada de los conquistadores. Medina no llega a dolerse con tal destino, pues a fuer de historiador diligente está familiarizado con cuantos corrieron la misma suerte tras sus andanzas y servicios en tierras de Indias.

Pero a pesar de lo que pudieran restar estos contratiempos del Destino a la gloria del joven paje del príncipe D. Felipe, queda, en

cambio, el mejor testimonio que le hace acreedor a su gloria, según su biógrafo: su poema épico. Con amor, sin dudar jamás de que se trata de una obra perfecta, Medina estudia en las diversas ediciones de *La Araucana* sus variantes con una paciencia heroica. He ahí el rastreo de su vocabulario, de las expresiones literarias y gramaticales, del pulid y repulid, que decía Boileau, realizado como se hace una pieza de ajuste: "En un mismo canto—escribe Medina—, hasta en una sola página, se encuentra, por ejemplo, "priesa" y "prisa", "efeto" y "efecto". Otro tanto ocurre en las contracciones "quel" por "que el"; "sobrello" en vez de "sobre ello"; "entrellos" por "entre ellos"; variantes que siempre tenemos cuidado de anotar."

Como se podrían desmontar las ruedecillas de un reloj, Medina descompone el texto del poema con una prolijidad desesperante, a caza de los pequeños cambios: que si "Perú" o "Piru"; "Santiago" o "Sanctiago"; "jatase" o "jactarse"; "codicioso" o "cudicioso"; que si "estaba una gran poma milagrosa" o si "estaba un globo o bola poderosa"; que si "devisas" o "divisas"; si "que el italiano" o "quel italiano"; que si "Cremona y a Placencia" o "Carmona y a Placencia"; que si "conmigo" o "comigo".

El rastreo de las excepciones no es mas que el obligado antecedente para el estudio del lenguaje en *La Araucana*, capaz de revelar la exis-

tencia de vocablos y modismos no contemplados hasta ahora; cosa por lo demás explicable si se recuerda, según lo observaba Ticknor, que Ercilla, como otros, "se familiarizaron de tal modo con el italiano, que llegaron a considerar el rico caudal de dicha lengua como propio, realizando con ello obra de verdadero renovador, sobre todo cuando inventó hermosas palabras necesarias, como *libidino* o *soledoso*".

Más que obra de simple crítico parece la que realiza Medina en esta parte del poema la de un helado filólogo: ya cita a Cuervo, ya al estrecho padre Mir; luego el Diccionario de Autoridades, ora a Bello, hurgando a través de diccionarios y obras literarias cuanto puede concurrir en su estudio comparativo y específico. Y para completar esta labor de acertijo chinesco consigna y lo estudia todo el vocabulario indígena del poema, apoyándose en los trabajos de Konig, Lenz, Boizard, Chiappa y el padre Augusta.

En suma: un proceso investigador de pacienzuda minucia, verdadera disección de las rígidas octavas reales compuestas por D. Alonso de Ercilla. El entomólogo de otros días parece haber revivido: sus diligentes alfileres han ido prendiendo, ni más ni menos que si fuesen insectos, las acepciones, los vocablos, las variantes de sus versos, que yacen inmovilizados como el pobre díptero sin vida.

Historia, crítica, erudición.

Acertadamente ha podido decir Martiniano Leguizamón, que parece escrito para Medina el juicio trazado por Mitre, al margen del libro de León Pinelo, sobre el erudito Andrés González Barcia, ilustrador del Epítome: "Fué Barcia—escribió el general—un trabajador tan infatigable como modesto, que únicamente contrajo sus estudios a hacer brillar el trabajo ajeno, y a ahorrar trabajo a los estudiosos; vulgarizó por la Prensa porción de escritos que sin él sería muy difícil y aun casi imposible procurarse uno mismo; es lo que puede llamarse un jornalero abnegado de la biblioteca americana." Nunca se dió mayor acopio de documentos, libros, noticias y colecciones que en el acervo de este bibliógrafo, suma de todas las minucias y clasificaciones aplicadas a la historia, a la erudición, a la numismática y a la arqueología.

Después de Barros Arana, de Phillippi, de Gay, de Vicuña Mackenna, Medina renueva el estudio de las fuentes de la historia y las ciencias americanas publicando cuanto documento pertinente encuentra en los archivos, reuniendo valiosas colecciones y reimprimiendo los libros inencontrables, casi desaparecidos. Es preciso releer su *Biblioteca hispano americana* o sus numerosos volúmenes dedicados a la im-

prenta en América para darse cuenta de la extensión monumental de esa labor. ¿Cuándo un bibliógrafo pudo compulsar los millares de millares de hojas escritas que devoraron los ojos infatigables de Medina? Pensemos en Mitre, en Paz Soldán, en Gutiérrez, en Barros Arana, y todos ellos no cuentan en la totalidad de sus obras con un esfuerzo de publicidad semejante, más amplio ni tan multiforme, en el cual se reúnen las disciplinas de la historiografía; la numismática, en toda su amplitud; los estudios de crítica, de erudición; bibliográficos, arqueológicos y de entomología; es decir, la variedad árida y sacrificada de esas ciencias auxiliares, en las que la precisión impone el sacrificio de la paciencia y en las que la búsqueda, cada día renovada, hace posible el trabajo completo.

Cuando Taine o Fustel de Coulanges vivieron áridos meses perdidos en los archivos para documentar sus libros monumentales sobre la civilización en las Galias y los orígenes de la Francia contemporánea, sólo ellos pudieron sentir el peso de esa labor minuciosa, de expurgo y comprobación helada y prolija. Utilizaron el documento revesado y extenso, olvidándolo luego que pudieron sacar todo el provecho necesario. En Medina, en cambio, ocurre lo contrario: en sus libros transcribe cuanto encuentra; copia infatigablemente el memorial, el testamento, la carta, la ejecutoria, el antecedente de

encomienda, la orden, colmando con ellas centenares de centenares de páginas, aunque a veces, como ocurre en los volúmenes sobre la Inquisición, los documentos se repiten; de tal manera se parecen sus textos. Su acuciosidad de bibliógrafo prima sobre el escritor: el arquitecto olvida cuando ha construído el edificio retirar los andamios, y de esta manera ocurre que se pierda el cuerpo tras los maderos que sirvieron para sus fundaciones y para levantarlo.

Es indudable que si se busca en su obra la elegancia literaria, el sentido de la armonía en el conjunto, el lector abandonará siempre la lectura de tales libros, porque la actividad del acarreo de materiales no ha dejado tiempo para la síntesis necesaria ni para la función del juicio crítico. En las obras de su primera época, la de su laboriosa juventud, todo parecía prometer a un historiador pacientemente documentado y atento a la razón analizadora; ahí están esos dos libros de aquel entonces, la historia de la literatura colonial y el libro sobre los aborígenes de Chile. Cuando todo estaba por hacerse en América, esas obras representaron un esfuerzo inmenso, ímprobo e incomparable; para la historia apenas si se disponía del testimonio de los cronistas, pues Barros Arana realizaba todavía sus búsquedas en los archivos españoles; los estudios especiales sobre arqueología americana aun carecían de trabajos como los de

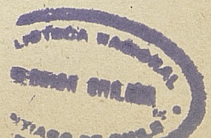
BIBLIOTECA NACIONAL SECCION CHILENA SANTIAGO DE CHILE

Uhle, pues Ameghino sólo acababa de intentar su cuadro sobre la evolución del hombre prehistórico de las pampas. Un precario Museo Nacional de Santiago y algunas colecciones particulares constituían las únicas fuentes disponibles para intentar un incipiente estudio sobre los aborígenes americanos. En el correr de los años, Medina iba a completar sus investigaciones sobre las primitivas civilizaciones con sus monografías sobre la momia de Chuquicamata, los Conchales de las Cruces, los restos indígenas de Pichilemu y las monedas usadas por los indios del continente.

Otro tanto pudo ocurrirle con la literatura colonial chilena, y en general de la América española. Improvisando conocimientos, cuando no era posible encontrar dónde estudiar paleografía, se vió obligado a examinar millares de legajos, sin mayor ciencia que la que le permitía el propio fervor y su constante dedicación. Vírgenes estaban los archivos de investigaciones sobre la literatura colonial, cerrados como las selvas del lejano Arauco a los pasos de la civilización: nada o casi nada de nuevo se sabía sobre Ercilla, el paje y poeta que a vuelta de noticias iba a aparecer como un sórdido prestamista; escasas e inciertas eran las noticias sobre Pedro de Oña, el Padre López y algunos cronistas; sumarias informaciones existían sobre cuanto se estudiaba o se leía durante aque-

lla incierta Edad Media, cuando las escasas humanidades se refugiaban en los conventos, al margen de la vida holgazana de obispos y prebendados; ni abundaban los estudios y referencias sobre aquellos dos frailes curiosos, el obispo Villarroel y el padre Lacunza, que tanto pudieron preocupar a propios y extraños en ese remoto Santiago del Nuevo Extremo durante el siglo XVIII.

Después de sus numerosos trabajos consagrados a los estudios geográficos del antiguo Chile; de algún ensayo sapientísimo acerca de una mapoteca nacional, en el cual nada quedaba por reseñar sobre la cartografía chilena, y terminadas sus abrumadoras exploraciones arqueológicas, geográficas e históricas, cuando ya ha dado cima a sus tres obras capitales—los libros sobre Ercilla, Sebastián Caboto y Hernando de Magallanes—Medina endereza sus pasos hacia la tortuosa erudición literaria: ¿quién fué el autor del *Quijote apócrifo?*, ¿escribió Cervantes la *Tía Fingida?* A pesar de cuanto pudieron acumular en torno a tales cuestiones Menéndez y Pelayo y Groussac (el sabio autor de *Liniers* con poca fortuna), Medina espigó también en el mismo campo, renovando el estudio de estos dos tradicionales problemas literarios. ¿Hasta dónde su tesis sobre Fray Alonso Fernández merece que se la considere como una certidumbre, capaz de rectificar las indagaciones anteriores? Un buen



juez en la materia, D. Julio Vicuña Cifuentes, estima que "nadie podrá en lo sucesivo discutir los dos problemas más interesantes de la época clásica de la literatura española—el del *Quijote* apócrifo y el de la *Tía Fingida*—sin tomar en cuenta, para aceptarlas o rebatirlas, las eruditas monografías que ha dedicado a entrambas obras la fecunda actividad de este trabajador incomparable." Pero sea de ello lo que fuere, el hecho es que el problema ha sido dilucidado con cabal erudición y muy acabado conocimiento, aunque la cuestión haya de quedar situada aún en el mismo punto en que la dejó Menéndez y Pelayo.

No ocurre lo propio con el estudio sobre la paternidad de la *Tía Fingida,* en el cual Medina resuelve la cuestión que se propuso; de tal manera refuta todas las objeciones de Bello, Menéndez Pelayo e Icaza, quienes fueron a buscar un modelo de la novelícula en las imitaciones de la *Celestina* y en los descocados cuentos del Aretino. Medina estudia con harta lucidez las similitudes de vocabulario y redacción que existen entre ésta y otras obras cervantinas para concluir de acuerdo con cuantos, como Bonilla y San Martín, probaron que el autor del *Quijote* podía ahijar la ejemplar novelita.

Lo que falta.

Más de algún crítico ha podido observar que después de la inmensa labor realizada por Menéndez y Pelayo sólo le quedó por terminar la coronación de su monumental edificio con la necesaria historia de la literatura española; toda esa revisión del pensamiento castellano, que vale y pesa por una enciclopedia, hubiera acaso encontrado su síntesis luminosa en la obra global, en el libro definitivo, que pudo llegar a ser como la depuración del más completo de los esfuerzos intelectuales y críticos. Otro tanto se nos ocurre pensar, estableciendo la debida distancia que impone la obra del maestro español, de la labor de Medina: iniciada con la publicación de millares de documentos relativos a la historia de Chile; seguida por todo orden de investigaciones, capaces de poner a prueba la paciencia de un benedictino, especie de buzo perdido en el mar de memoriales, procesos, informaciones de servicios; completada por los estudios de orden arqueológico y etnográfico sobre los aborígenes araucanos, esa obra significa el examen documental más completo que se haya intentado hasta ahora sobre nuestra historia, revisión pasmosa por su dilatada extensión cuanto completa en sus demostraciones probatorias. Sin embargo, se imponía la obra que hubiera

de resumir todo ese esfuerzo disperso, la necesaria historia de Chile, cultural, geográfica y política, que sólo él podría haber realizado con cabal competencia. Los trabajos de Errázuriz, de Thayer Ojeda, de Latcham no son mas que consecuencia de sus investigaciones (¿no decía el sabio arzobispo de Santiago que los documentos publicados por él le han suministrado los materiales de los seis volúmenes dedicados a la conquista de Chile?), todo lo cual da la medida, no sólo de la obra propia, sino de todos los terrenos que ha fertilizado ese trabajo rico y múltiple, como un caudal acrecentado por el esfuerzo de muchas generaciones.

Una clasificación.

Los trescientos volúmenes publicados por Medina demandarían años de diligente atención al simple curioso que intentase imponerse de su contenido; sería ésa una lectura larga y fatigosa, capaz de rendir la paciencia de un cenobita. Pero las múltiples materias tratadas permiten establecer una clasificación, que puede dar una idea cabal de toda la copiosa investigación realizada por el paciente bibliógrafo:

a) Publicaciones de orden científico: Entomológico, folklórico, arqueológico, etnográfico, docente, cartográfico, como los artículos sobre

Los insectos enemigos en Chile, el mito popular *El Piuchen, Los restos indígenas de Pichilemu,* y los libros *Los aborígenes de Chile, La instrucción públca en Chile, Ensayos acerca de una Mapoteca chilena.*

b) PUBLICACIONES DE CARÁCTER HISTÓRICO-DOCUMENTAL: Relativas a la América española y a las Islas Filipinas, como son todas las que se refieren al Tribunal del Santo Oficio en Chile, Lima, Méjico, etc.

c) PUBLICACIONES DE CARÁCTER BIBLIOGRÁFICO AMERICANO, cuales las siguientes: *Biblioteca hispanoamericana, Biblioteca hispanochilena,* y todos los volúmenes relativos a la historia y la bibliografía de la imprenta en la América española.

d) PUBLICACIONES DE DOCUMENTOS Y REIMPRESIONES HISTÓRICAS Y LITERARIAS, tales la *Colección de documentos inéditos* y la *Colección de historiadores,* cuyos once primeros volúmenes fueron publicados por Barros Arana, Amunátegui y Montt; las ediciones de Pedro de Oña, la *Doctrina cristiana en lengua guatemalteca, La Araucana,* etc.

e) PUBLICACIONES DE CARÁCTER HISTÓRICO-GEOGRÁFICO: Así, los libros *Viajes de Diego García de Moguer al Río de la Plata, El veneciano Sebastián Caboto al servicio de España, El descubrimiento del Océano Pacífico, Vasco Núñez de Balboa y sus compañeros, Descubri-*

miento del Río de las Amazonas, Hernando de Magallanes.

f) PUBLICACIONES SOBRE NUMISMÁTICA: Los estudios sobre numismática argentina, medallas coloniales hispanoamericanas; los libros *Medallas de proclamaciones y juras,* las *Monedas obsidionales, Monedas coloniales de Chile, Medallas del almirante Vernón.*

g) PUBLICACIONES DE ERUDICIÓN LITERARIA: *Historia de la literatura colonial de Chile,* los tres volúmenes consagrados a la vida de Ercilla y a las ilustraciones de *La Araucana,* los *Romances basados en La Araucana, El disfrazado autor del Quijote, impreso en Tarragona,* la *Novela de la tía Fingida,* la *Literatura femenina en Chile.*

h) PUBLICACIONES RELATIVAS A LA HISTORIA DE CHILE: Tomando en cuenta sus numerosos prólogos, anotaciones, estudios, traducciones de muchos libros que tratan sobre Chile, es preciso recordar sus libros *Cosas de la colonia, Diccionario biográfico colonial de Chile* y *Los jesuítas expulsos de América en 1767,* abundantes en curiosas noticias sobre el país.

TOTILA ALBERT

Y LA NUEVA ESCULTURA

Hace de esto cosa de nueve años, y era en los días más arduos de la guerra mundial: avanzaban los alemanes hacia las fronteras de Rusia, y ya la batalla del Marne había contenido el desborde tudesco a las puertas mismas de París. El estremecimiento de aquella hora trágica mantenía en suspenso todas las angustias, porque en esa obscura vorágine aparecía comprometido el destino de la civilización. Los escritores y hasta los filósofos reñían también su duelo internacional de ideas, en nombre de la cultura y de las prerrogativas del espíritu: eran las horas de los manifiestos, nacidos a la sombra de las Universidades o brotados al calor de los cenáculos oficiales, mientras dos o tres hombres libres, Romain Rolland, Nicolai o Bernard Shaw renegaban de la civilización armada o se refugiaban en un rincón neutral de Suiza. Ecos de batallas, aprestos para nuevas movilizaciones, ejércitos sin cuento, carnicería criminal y dolor, dolor, dolor. ¿Quién iba a es-

BIBLIOTECA NACIONAL
SECCIÓN CHILENA
SANTIAGO DE CHILE

cuchar la palabra de paz que pudiera musitar un esperanzado en el bien y en la justicia, cuando en nombre de todas las doctrinas y hasta de la paz armada se hacía la guerra y se la servía ciegamente? ¿No se invocaba a Kant o a Descartes para atizar la hoguera de la calumnia internacional? ¿No se extraían proyectiles ideológicos de la *Crítica de la razón pura* o del *Discurso a la nación alemana?* ¿Qué se habían hecho los ciudadanos de las Civitas Dei, del libre reino de la conciencia y del espíritu, llamáranse éstos Wundt o Boutroux, Spengler o Bergson?

¿Qué decir ahora de todo aquello cuando estamos situados todavía en medio de los escombros humeantes? La tormenta ya va lejos y sólo queda el agrio sabor de la pólvora mascado en el aire que aún se respira. Hosco y amargo es el recuerdo de esos días; pero subsiste algo que no puede morir, engendrado en medio de esa noche espesa: la obra de muchos artistas. Es de aquellos que nacieron bajo la advocación de tal signo Totila Albert, cuya sensibilidad parece haber recogido un calofrío de la crispación en aquella Humanidad estremecida.

Casi un niño era al partir con destino a Alemania, patria de su padre y tierra y escuela de sus dilecciones. Cuando en 1915 volvió a Chile, estaba ya maduro para iniciar su obra. Su aspecto era el de hoy: expresión ingenua de muchacho, cuya enmarañada cabellera y cuyos

ojos transparentes denuncian una fresca adolescencia: la juventud de un niño que lleva el corazón entre los labios. Su palabra era imprecisa, reticente, transida en ese dejo de las haches aspiradas y de las eses desechas de la lengua de Goethe. La tradición y la raza de sus abuelos revivían en él, no sólo en la expresión de una modalidad singular, sino en toda la fuerza de un ingenio sin arraigo americano.

La buena afición a los libros y el amable trato en comunes disciplinas intelectuales nos llevó juntos en muchas andanzas y en dilatados discurrires. Un constante recordar sus clásicos bienamados y nuestro Goethe familiar, colocó puente franco a una cordialidad que los años no han hecho sino apretar. A través de sus devociones llegaron hasta nosotros los libros de Bielschowski y de Bartels, prontuarios de gratas meditaciones y pauta de muchas labores interesantes a través de los libros tudescos. Si un día él recordaba los versos de la *Ifigenia,* de Goethe, para explicar el sentido clásico de un perfil en Donatello, otro solíamos nosotros renovar una referencia de Nietzsche para defender el ímpetu dionisíaco de Mestrovic.

Sin olvidar los buenos libros, íbamos a diario en amables pláticas, buscando a veces en los paisajes del otoño muriente alguna sugestión evocadora o escuchando a Totila en su firme saber cuando al azar encontraba un casual motivo

de observación en la copia de algún Hermes más o menos olvidado. Placía oírle, porque aunque su expresión era algo revesada, su juicio fincaba en un conocimiento acabado de su arte, sólidamente fundado tras pacientes estudios en academias y talleres. Así, al volver a su América natal, ya en estos sus años entrados de abundante labor, Totila puede decir que regresa de Atenas por los caminos de la academia berlinesa y del taller de Metzner. Ha estudiado como ninguno, conoce todos los secretos de su oficio, tiene el don creador del artista original y una potencia de visión personalísima. Irá lejos, tan lejos y tan alto que cuando los buenos Sanchos de su tierra se den cuenta de su vuelo comenzará a tener las luces de una estrella.

El expresionismo y la escuela alemana.

Dos largos períodos de su vida ha permanecido Totila en Alemania, patria de su organización y simpatía espirituales. Lo cual podría significar que procede de la clásica escuela germánica, en la cual se confunden el sentido de la originalidad ideológica renovadora y el expresionismo de las formas ardientes.

Hemos aludido al expresionismo más como concepto de arte que como capilla artística. Totila es expresionista por su vigorosa manera de

objetivar conceptos e impulsos profundos de la vida, que a través de su imaginación se alegorizan con las más puras formas del ímpetu creador. Todo en su obra es expresión de una actividad sintética de las sensaciones que sube hasta el barro en un alarido de potencialidad original. Qué mal logró comprender su arte quien afirmó que Totila llegaba hasta la caricatura en su deseo de expresar lo inexpresable. También los defensores de Carpeaux pudieron gritar otro tanto cuando Rodin exhibió su Balzac. Albert es audaz y su creación aparece siempre revestida de meridiana claridad. Lo abstracto de la fuerza creadora en sus bronces es concreción de originalidad profunda. Sus principios estéticos cabrían en una carilla, porque reconocen un sentido de simplicidad único. Un día redacta la siguiente página, que le basta para dar la medida cabal de su amplio concepto del arte: "El espíritu y su recipiente", ha podido titularla antes de escribir: "La vida consciente del individuo o de la colectividad nace del espíritu, y para expresarse se apodera de las formas objetivas. En un principio domina la idea sobre la materia. Esto lo demuestra toda manifestación de arte primitivo. Luego, los sentidos se hacen esclavos de la objetividad, viene el perfeccionamiento material y la pobreza espiritual. Este camino lo ha recorrido la Humanidad innumerables veces. Es como el fenómeno de la aspiración

y expiración o el de la alta y baja marea. La fuerza creadora es abstracta y necesita para demostrarse de un recipiente concreto. Este tendrá que romperse cada vez que se inicie la fuerza creadora. En eso está la razón profunda de los estilos. La fuerza creadora es la misma: cambia el vaso. No en éste, en aquélla hay que tener la atención puesta. Salvar el contenido antes de romper el jarro. Y no fabricar botellas antes de no tener con qué llenarlas. El espíritu no tiene límites ni en el tiempo ni en el espacio. La obra de arte es ese recipiente maravilloso capaz de contener y de conservar la volátil fuerza creadora del espíritu. Cualquiera distinguirá lo que es obra de arte o lo que es simplemente botella."

He ahí también el sentido trascendental del verdadero expresionismo: la forma concreta aparece como un accidente ante la potencia creadora. Es un medio reductible a normas de sencilla claridad. Lo grande y lo perdurable en la obra proviene del soplo interno, del aliento profundo que, como un fuego sagrado, calcina y exalta. La copia queda relegada al oficio secundario, al papel de la fotografía reproductora.

En la historia de la escultura, como en la de la totalidad del arte, la escuela moderna divide el antes y el hoy inequívocamente. El formulismo de los estilos, la academia y la preceptiva

han muerto en la ostentación del parnaso. En virtud de dilatados anhelos de libertad se ha ido muy lejos, tan lejos que en la vuelta completa de los procedimientos se ha llegado a las fuentes primitivas, es decir, cabría observar, a lo esencial. Y, sin embargo, no faltan quienes hablen todavía de la decadencia del arte como del fracaso de la civilización.

El caso de Totila Albert, chileno de nacimiento y tudesco por su cultura y sus dilecciones estéticas, es significativo. Nadie menos latino que él, pues proviene de una tradición absolutamente extraña a nuestra habitual predilección por lo fotográfico y lo anecdótico. El viejo y gastado procedimiento no se remoza en su obra, sino que desaparece radicalmente; pero se da la mano en el terreno donde no existe lo anacrónico con un primitivismo esencial. Su misma tendencia a lo monumental, a lo expresivo de las masas, de los planos y su desprecio por los detalles triviales explican la vuelta hacia un sentido eterno de la belleza, independiente de todo canon. Así pudieron pensar y sentir los egipcios o los asirios, tan escasamente alejandrinos en su técnica y en sus tendencias. Por lo demás, ¿qué habrían importado las más sutiles explicaciones cuando las obras ahorran las argucias mejor concertadas?

Nada tan interesante como un artista que se explica por sí solo, que comienza en él y termi-

na en sus obras, no reconociendo más antecedante que el de su propia originalidad. Acaso son éstos los menos, porque se llaman Ibsen, Nietzsche, Stravinski o Mestrovic.

Sobre el estilo y el carácter.

¿Hasta dónde importa una cuestión de raza y de temperamento la manera esencial y atormentada de sentir su arte Totila Albert, tan diversa de la plácida, helada, impersonal y académica escultura chilena?

Motivo para un estudio de generalizaciones profundas ofrecería un paralelo entre las concepciones artísticas de los pueblos germánicos y la preocupación de los estilos en los pueblos latinos. Ya Kant advertía en el sentimiento de lo sublime del pueblo alemán una inclinación a la extravagancia. Sería preciso volver a Taine o recordar a Baumgarten o a cuantos han puntualizado el sentimiento privativo de la emoción estética en ambas razas. El latino tiende fácilmente hacia lo objetivo, busca la gracia del estilo, se pierde en el simple culto de la forma, depurando y ennobleciendo el contorno, la línea sumisa, la melodía del ritmo; en tanto que el germano, menos preocupado del culto de lo clásico, va a lo fundamental, tras la esencia íntima de las cosas, aunque en el fondo, como en

la fuente cegada que descubre la sonda penetradora, encuentre y desborde el instinto brutal, el sentimiento de lo primitivo, de lo bárbaro capaz de violentar todas las normas. Mientras el latino ha creado la suave melodía del bell canto, el grato color de una pintura animada y superficial o la alegría de una literatura de las costumbres, del sabor local, el tudesco se ha desvivido por cimentar una metafísica, una teología, una exégesis o por expresar en los cuatro tiempos de la sinfonía el valor completo del genio creador. ¿Qué representa Corneille frente a Shakespeare, o Debussy ante Beethoven, sino el poeta y el músico esencialmente exteriores, elegantes, clásicos, ante el creador sin medida, sacudido por la pasión instintiva, por el genio puro? Aquéllos provienen de las fuentes latinas, de la comedia romana, de Horacio y Cicerón; éstos reconocen un antecedente en las leyendas medievales, en las crónicas sangrientas que guardan el recuerdo de dinastías obscuras, en las consejas del norte angustioso.

Algo hay acaso en los germanos del bárbaro menos entregado a la sujeción de las formas; pero, ¿será posible advertir en ellos ese aspecto de infrahumanidad que encontraba en su producción artística Ortega y Gasset? El don de armonía y el sentimiento de equilibrio en la belleza, que los griegos designaban con ese lindo vocablo *sophrosyne*, están del todo ausentes

en los tudescos, pues junto a un forjador dramático tan áspero como Hebbel o a un espíritu tan violentamnete dionisíaco como Nietzsche se encuentra la conciencia serena de Goethe y basta un perfecto observante de las normas clásicas como Klopstock. Lo cual no quiere decir que ese don intermedio de reposo en la zona templada de la razón, equidistante de la anormalidad y del auge, sea generalmente menos frecuente en el hombre del Norte que en el latino. Mientras el autor de *Judith* violentó deliberadamente las normas clásicas, el poeta de *Ifigenia* seguía siendo griego, un heleno platónico. También Schiller llegaba por el camino de Paros; pero como este hombre había pasado antes por Kant, anduvo más cerca de la Humanidad crucificada de dolores: ¿no soñaba, en los días de la Revolución francesa, con ser un libre ciudadano del mundo?

Quien pudo colocar en el mismo plano a Stendhal con Nietzsche ha incurrido en el doble error de parangonar a un novelista recio con el más original e individual de los ideálogos. El autor de *El rojo y el negro* es el novelista hasta cuando psicologiza sobre el amor; además Stendhal es el más deplorable de los artistas y el más indigente de los pensadores. ¿Cómo igualarle con un espíritu tan diverso, a quien no sólo la cultura, sino que también su crítica de formidable disociador de los valores le colocan

aislado, en medio de la superioridad de los grandes creadores? Nietzsche representará siempre al germano innovador frente al latino apacible y sencillo. Son dos maneras artísticas distintas substancialmente categóricas.

Y no es que esta diferencia esencial en el sentimiento y en la concepción del arte importe una razón de menoscabo para tal o cual escuela. Acaso en los latinos no hace sino contribuir a depurar las simples condiciones formales del estilo, manera acaso propicia a las emociones superficiales, mientras en el germano acentúa las razones fundamentales del carácter, de la vida interna en la obra de arte.

Es el caso de la escultura de Totila Albert; esto resulta patente y patético: a pesar de dominar todos los recursos técnicos tras una frecuentación devota de academias y talleres (su modelado es irreprochable, el estudio y observación del movimiento completo, las masas pueden someterse a la crítica más rigurosa), nunca se deja tiranizar por ellos, entregándose al trabajo del estilo puro, de la factura por la factura.

El crea su realidad independiente, olvidándose de la copia, de la reproducción pueril, del modelado fiel, de la inutilidad académica. Su imaginación procura sorprender el sentido de la creación completa, no contentándose con aceptar el pobre atributo de la existencia en el

"zu Grunde gehen" hegeliano, sino con eternizar un instante de la eterna verdad original.

Y en este sentido, nada menos latino que el arte de Totila Albert, primitivo a veces con toda la fuerza de lo oriental, de la simplicidad asiria. Sin embargo, bajo esa simplicidad hay una plenitud de vida arrobadora, que desconcierta en su originalidad atrevida.

El sentido y el símbolo.

¿Qué sentido de humanidad trasciende de esta obra abierta a todas las solicitaciones de la sensibilidad? Totila, como la mejor parte de los artistas germánicos, va hacia lo esencial de las cosas, al sentido profundo de la vida. Procede de la naturaleza y ha llegado por el camino de las ideas hacia las grandes alegorías. ¿No hablaba Nietzsche de cabalgar a lomo de todos los símbolos hacia todas las verdades? He ahí un camino que en la literatura alemana, y más que en las letras en las artes plásticas, conduce a un renovado concepto de las normas estéticas. El caso del maestro de Albert, el recio Metzner, marca una época y enarbola una bandera. Por lo demás, Totila gusta de las ideas substanciales, de las síntesis completas, de las transmutaciones que recogen el sentido durable de lo antiguo y encarnan expresiones de contempora-

neidad total. Su alma romántica y apasionada, a pesar de su exterior frío, reticente, herido de displicencia, ahinca en lo esencial de las cosas y penetra en el subsuelo atormentado de los espíritus, donde mana el agua esencial de las emociones más íntimas. Por eso Totila prescinde del accidente, la parte pueril y exterior de sus representaciones, cuando ejecuta la cabeza de Einstein: apoya el globo de ese cráneo, henchido por ideas tempestuosas, como una circunferencia sobre una superficie, olvidando la limitación del cuello que guillotina la garganta desnuda. Y es así como el observador puede sentir la representación profunda de ese símbolo, que se acerca tanto al universo y aparece en medio de él flotando en el vacío de su inmensa superioridad solitaria. Es también el caso del monumento a Manuel Magallanes Moure: el relieve que encarna la figura del poeta tiene una vida tan patética, que el lector, familiarizado con su obra y con su temperamento doliente, encuentra inmediatamente la verdad de toda esa emoción vaciada en la figura, en la cual la cabeza es fuerte y meditativa, el cuerpo enjuto, las manos finas, extrañas al esfuerzo, agostadas en el calor de la meditación. Es lo mismo el valor de ese atrevido *Paolo y Francesca,* desgarrador en su genial simplicidad, o de ese *Estallido,* de una extraordinaria expresión: los músculos recios como cordeles, los muslos anchos y fuertes, el

vientre tenso como un tambor, los senos erectos y el rostro en un abandono profundo. Y es, por fin, la parte más audaz de su obra *El fruto prohibido*, de una valentía única, salvaje hasta el estremecimiento de la pasión frenética; mientras Eva, pletóricas las caderas recias, fuertes los senos ubérrimos, húmeda la boca, sensualmente fuerte en su cabeza pequeña, le tiende el seno lujurioso, se arrastra el hombre, consumido en las brasas del deseo, viril, ciego hasta en su priápica anticipación. Sobre la rama mutilada la serpiente alarga su contorsión, que se contiene cuando la mano de Eva le ciñe el cuello exangüe.

¿Cómo está hecho todo eso? ¿Cuáles son los recursos? Nada más sencillo en esa obra, porque es la maestría misma en el modelado, la seguridad absoluta en el procedimiento. A veces el relieve se insinúa sobre la superficie compacta, otras el modelado reduce las formas como en la estampa mural; de pronto la figura es limpia, enteramente libre, mientras las masas y los contornos muestran el dominio completo de la forma, tratada con una valentía única.

La expresión tiene en las figuras de Totila un sentido profundo, doloroso a veces hasta la angustia: ¿cómo olvidar el infierno dantesco, *Laciate ogni speranza...*, donde caen en el vacío profundo del aniquilamiento supremo esas siete figuras terribles, sin vida, sin pensamien-

to, exhaustas en su angustia, en su terrible no ser? Es preciso observar detenidamente cuánto abandono hay en esos rostros deshechos, en esos brazos y en esas manos muertas, marchitas; en esos cuerpos que se desploman y sin embargo flotan y se deshacen en el seno del único limbo aterrador.

Jamás pudo sentirse con tanta intensidad dramática el infierno del florentino; nunca conmovió a un artista con una sugestión más desgarradora de pasión, con tal vehemencia y tan honda desesperanza.

Y quien así pudo interpretar el alma del episodio más patético de la *Divina Comedia* había de representar también como ninguno la personalidad dantesca, el alma del monje, del metafísico y del poeta: "E caddi come corpo morto cade", reza en el friso superior de su Dante inolvidable, y en realidad el cuerpo se desploma inerte, absorto en el sueño del remoto infinito imaginario, pero tan redivivo en la expresión de sus manos dormidas bajo el sayal amplio; de sus ojos abiertos hacia otra vida intangible; del rictus de su boca, sellada por una angustia que conoce el secreto del pecado y la amargura de la desolación terrena. Algo, una reminiscencia remota de dos aproximaciones geniales, nos mueve a pensar en el Giotto, en esa cabeza que se insinúa en la fina evanescencia del fondo áureo y del azul célico.

Ahí está *Estallido*, obra bellísima, ejecutada con toda novedad: una tensión desesperada sacude su sensibilidad en ese espasmo en el cual la pasión, la sensualidad, el dolor, la caída, rugen y cantan el eterno ritmo de la vida. Totila Albert, el más sereno y el más impasible de los artistas, oculto tras la máscara de su rostro de efebo, vibra y se desespera, sin embargo, en las contorsiones de la vida libre, bravía y desembozada de la naturaleza. Ved ese *Himno* tan elegante y tan nuevo, y ved aún ese bárbaro *Ritmo eterno*, que en el idioma de Goethe ha podido llamarse con más propiedad *Das grosse Paar*: ¿es una visión tétrica de Aubry Beadsley o es un canto exasperado de algún poeta de la decadencia latina, acaso Tíbulo o tal vez Propercio? Esos dos cuerpos finos, hilados en una transubstanciación ideal, que se funden, se confunden y se refunden, no sólo son el hombre y la mujer, el goce y la vida, sino que representan algo más, el todo y lo uno, el ritmo estelar y el ritmo de la vida, en toda su amplitud y en toda su dilatación eterna. Ved, mirad también hasta la saciedad, hasta que entréis en el espíritu de ese Paolo y Francesca, juntos, casi unidos y separados para siempre más allá de la muerte, más allá de todo. ¿Cuándo un artista sintió tan hondo el poema de dos vidas que encarnan la historia eterna, siempre repetida y eternamente nueva?

He ahí la potencia creadora de este artista en quien la obra trasciende de un concepto en el cual se confunden una originalidad absoluta y una verdadera hiperestesia de la sensibilidad. El no busca la helada perfección que hubiera desvelado a un parnasiano o que siempre constituyó la preocupación de la estatuaria antigua, sino la expresión de algo que arranca de muy adentro, de lo más hondo de la personalidad, llámese dolor, serenidad, angustia, desolación. El sentido del expresionismo en su obra podría sentar los fundamentos de una escuela si no fuese porque Albert cree muy poco en las castas artísticas.

La emoción sensualista.

El tono de polémica y de acritud con que han recibido los menos amplios la obra de este artista ha llegado hasta provocar en contra suya un reproche significativo en la mentalidad de quien pudo insinuarlo; se le acusa de crudeza en su desembozada sensualidad. El que pronunció la palabra pornográfico acaso no alcanzó a pensar que rozaba con su pudibundez farisaica una razón esencial de vida en la concepción artística no ya de Totila Albert, sino de cualquier creador formal. ¿Quién pudo condenar *Himno, Adán y Eva, Leda o Ritmo eterno* como una

expresión de sensualidad pervertida? ¿Dónde sorprendió en su obra el observador más exigente un rasgo de abandono siquiera a la morosa delectación de lo equívoco, de la sensualidad provocadora?

¿Cuándo habrá de libertarse nuestra educación de todos los prejuicios con que se han velado las cuestiones sexuales, convirtiéndolas en el pecado secreto que la Iglesia rodeó de un cerco de zarzas ardientes? En la obra de este artista la vigorosa desnudez expresiva suele confundirse con las actitudes religiosas: ved las dos figuras en el friso del monumento al poeta Magallanes, que se confunden en un beso casto y que es, sin embargo, un ósculo apasionado en su abandono casi místico. ¿Quién habría de objetar algo que no fuese puro en esos dos cuerpos? Sin embargo, el deseo fluye en la intersección de los vientres, recogidos como una leve llama que fuese el sentido visible de ese contacto inmaterial.

Y es que toda la sensualidad que desborda en la obra de Totila Albert, sensualidad fuerte, sin inútiles veladuras, sin retorcida hipocresía, hay una expresión valiente, una franqueza sana, una actitud resuelta exenta de toda delectación malsana, de toda insinuación canallesca.

Freud no está lejos de la manera de sentir del artista, situado en el mismo plano espiritual de los de su raza. Hacia la concepción del sico-

patólogo parecen confluir las ideas más arraigadas de Totila Albert, en una rara coincidencia de temperamentos y de libertad espiritual: la vida sexual determina de tal manera el carácter de los movimientos vitales, que rehuirla parecería un temor pueril ante el cual no retrocedieron los mejores artistas de la antigüedad. La habitual idea del pudor suele ser una manera propicia para hostigar el incentivo de toda sensualidad malsana. He ahí toda la Edad Media y todo el Renacimiento penetrados de catolicismo intransigente, y sin embargo tan fructuosos para una literatura de alcoba, canallesca y libertina. ¿Puede preferirse ese aspecto del arte, inficionado de lubricidad decadente, ante cualquiera expresión pagana de esas obras que no reclaman museos secretos para ocultar sus pudibundeces?

Para Totila Albert, y en esto cabe reconocer un directo ascendiente freudiano, esa razón esencial de la vida es también un motivo formal de originalidad artística. ¿Cuántas veces en los sentimientos contenidos no preside un impulso sexual, capaz de derivar en procesos espirituales arbitrarios? ¿Acaso un psicólogo tudesco no llegó a buscar en la crisis de un histerismo exacerbado la angustiosa ansiedad mística de Teresa la santa? ¿Quién ha logrado desentrañar el sentido profundo de muchos aspectos de la vida emotiva sin encontrar en el fondo de

ellos alguna indirecta concomitancia con movimientos recónditos de la pasión sexual?

Una de las obras más atrevidas de Totila Albert, ese original *Ritmo eterno,* plantea el problema en toda su latitud, resolviéndolo con una emoción de belleza y con una audacia extraordinaria. La pareja eterna, fatalizada al eterno ritmo de la vida, vive en su creación y en su abandono, entregando al tiempo su razón de ser.

La sinceridad ruda del artista, que nada ha sabido velar porque ignoró también en la grandeza del arte los secretos de alcoba, ha podido aparecer equívoca para la torpe concupiscencia de muchos. Acaso su franqueza, su falta de hipocresía hubiera encontrado amable aprobación si el artista hubiera llegado a velar lo que la malicia hubiera podido descorrer a su antojo, como un velo que resguardase la moralidad social. Nada más difícil que convencer con la verdad o pretender moralizar con la desnudez. La obra de belleza es de por sí una enseñanza, y sólo en lo feo cabe una inmoralidad absoluta.

Un monumento.

A poco de encontrarse en Chile Totila Albert, en los comienzos del año de 1924, murió Manuel Magallanes Moure, uno de esos artistas

recatados, escondidos siempre en sí mismos, en quien la dignidad del arte huyó siempre del clamoreo callejero. En la escasa literatura chilena los libros de este poeta hablan de esa sencillez íntima que contrasta con la vana elocuencia de nuestra frecuente oratoria rimada. Cuando murió el poeta pudo aminorarse la sensación de dolor con el homenaje que sus amigos quisieron perpetuar en torno de su recuerdo. Y fué entonces, sobre el cadáver aún tibio de Magallanes, cuando Totila tomó a su cargo la obra de perpetuar en un monumento el recuerdo de esa vida dignísima y de esa poesía que Gabriela Mistral pudo representar como una fuente que bebe por un labio invisible, y que Albert ha querido expresar también en la taza clara, tallada en rosado granito de nuestros cerros, en cuyo centro se ha de levantar una masa monumental, la columna gigantesca, mientras en el campo de su cilindro aparece la figura del poeta y el desdoblamiento de su alma, proyectados en las imágenes alegóricas de su obra.

La idea es audaz y es novedosa: en el fondo de la taza transparente que llenan invisibles surtidores podrá leerse: "Así, en la sombra, hermanos, abracémonos—para llorar a nuestro hermano ido." Luego, cada figura tendrá al pie, escrito en la plantilla de la amplia pila, la estrofa explicativa del poeta. De tal manera, frente a la del Abandono, se leerán los versos:

Cuando no estás conmigo
soy como un prisionero
encerrado en mí mismo.

Junto a *Saludo,* rezará la estrofa:

Como dos niños que jamás supieron
de los ardores del amor,
en la paz de la tarde nos miramos
con novedad de corazón.

Y ante la imagen del poeta, absorta en su honda melancolía, dirán por fin los acentos de su canto:

Mi amor lo tengo comparado
con un sendero de ilusión:
por él entréme descuidado
y no sé ahora dónde voy.

Así la alegoría plástica se completará con la emoción verbal: ¿acaso el propio Beethoven no introdujo la acotación del canto en la Novena Sinfonía, y los milagrosos artistas egipcios no inscribieron las oraciones al pie de sus frisos o en el campo que completaba las figuras de sus monumentos?

Y otra vez cabe hablar del expresionismo patético de este artista: ¿qué podía ser para él el monumento a un poeta de los puros sino una exaltación de su genio y de un espíritu claro, transparente, tranquilo como el agua, que se contiene en la fuente dormida, junto a los árboles de un rincón apacible? De ahí la represen-

tación simbólica de la taza de piedra, que circunda el monolito, inmenso, en cuya superficie el escultor evoca el episodio de esa vida enferma de emoción. La efigie del poeta preside en la resurrección del espíritu, entre las diez figuras que encarnan la exaltación creadora de su obra. Es un friso luminoso, que comienza, se aleja y reaparece en la convexidad de la masa monumental, contando la historia doliente de esa alma herida siempre por el arquero invisible.

Todo Magallanes revive en esas figuras que sacude una emoción honda: ahí está la angustia religiosa del Beso, las manos puras, los cuerpos castos, los labios juntos; ahí el Dolor, con su contorsión desgarradora, que estremece el cuerpo desnudo; ahí también el dolor de la mujer, deshecha en el Abandono y la Despedida, que ha recogido la angustia de *El regreso,* el poema en el cual el poeta dijo la historia de un minuto en su desesperación.

¿Qué vigor extraordinario subyuga en esta forma de expresionismo monumental? Toca imaginar todas las reservas y todas las recriminaciones que habría podido provocar este monumento el día en que se le hubiera entregado a la curiosidad del público en el Parque Forestal de Santiago. El burgués tranquilo, de reposada digestión y cortas ideas, ese "bildungphilister" de que hablaba con santa piedad Nietzs-

BIBLIOTECA NACIONAL SECCION CHILENA SANTIAGO DE CHILE

che, que se detenga, en sus excursiones domingueras, ante la fuente recogida en el silencio, donde el poeta se ha quedado solo, sentirá el rubor de la incomprensión, que le ofusca, le ofende, porque él solo sabe del habitual monumento ecuestre o del héroe con su intachable levita en duro bronce. Para ése nunca pudo concebirse ni el friso del Sarmiento de Rodin ni esta obra magnífica, que hubiera sido única en su género acaso en cualquier paseo municipal.

Con ella habría tenido Chile, por vez primera, un monumento único, a pesar de la invasora estulticia del burgués despectivo y estomacal.

La campaña que habrían ganado los amigos de Magallanes con la presencia de esa obra dignísima contribuiría a imponer más de una cruzada de arte. En torno de esa fuente se estrecharían las manos de los Diez: poetas, artistas, estudiosos, como en un refugio hasta donde no alcanzara la carcajada asnal del vulgo municipal y espeso de que hablaba el poeta. Y el recuerdo de Magallanes Moure y la bella obra de Totila Albert realizarían el milagro de erigir un altar donde la devoción del arte tuviese su soledoso refugio.

Con razón ha podido decir Eduardo Barrios que este monumento alcanza mayor significación que la de honrar al genio individual: "Debe mirarse además como un monumento al

espíritu de la raza, de esta olvidada familia de la raza. A propósito de Chile, ha corrido ya demasiados años por el continente, con el prosaísmo de una moneda, cierto concepto que mucho nos ha deprimido. No vale la pena citarlo. Sabemos todos que el salitre y la fuerza bruta estamparon en esa moneda la cara y la cruz, y que cuantos iban significando en América durante ese tiempo espiritualidad y elevación la dejaban rodar solitaria, negándole el contacto cordial, mirándola con sonrisa y tal vez con un poco de asco y desagrado. Sin embargo, teníamos también los chilenos una fuerza primaria y organizante del espíritu, una función creadora de órganos nobles: poseíamos más: aunque postergados por falta de estímulo público, poseíamos los órganos mismos, poetas, prosistas, pintores, escultores, artistas de la emoción, del pensamiento y de la sensación, adultos ya, y poderosos, dignos y dignificadores de un país injustamente preterido como huérfano del espíritu." Es la vieja historia, el tradicional antagonismo del eterno Ariel con el reptilesco Caliban: la lucha del vientre con el espíritu. Acaso mañana, cuando la obra de quienes como Gabriela Mistral o Totila Albert haya realizado la total penetración geográfica de los países cultos, la leyenda negra del otro Chile se confunda un poco con la época prehistórica de nuestra cultura histórica y militar.

La forma y el fondo.

Entre tanto Totila Albert ha vuelto a Alemania, al íntimo rincón de su taller berlinés, en el barrio de Friedenau. Nuevamente, lejos de su tierra natal, la canción del cincel y el martillo sorprenderán el amable refugio, perdido entre árboles y flores, donde acaso acabe de perpetuar en la piedra miliaria su monumento de *Las mujeres de la montaña*, esa divina comedia de la plástica, que reproduce el total proceso épico de la humanidad en su marcha hacia la eterna quimera. En esa feliz realización de estatuaria monumental está íntegro el espíritu creador de Totila y su manera personalísima de sentir la escultura: no hay líneas en esas cuatro figuras sentadas que encarnan el Dolor, el Pensamiento, la Lucha, la Acción Creadora, sino grandes masas y planos expresivos, en los cuales se cortan las luces y se insinúa el relieve magistral de un pensamiento profundo.

Toca pensar cuánta razón tiene Wolfflin al comentar a Winckelmann, afirmando aquello de que la escultura, como arte de masas corporales, no reconoce líneas. En la obra de Totila el motivo lineal aparece como una expresión secundaria del estilo, que se olvida ante la sacudida del espíritu creador. El movimiento y la gracia frívola de las formas se esfuman ante la

sensación de la idea interna, del aliento con que el espíritu logra animar la materia. En ese sentido expresionista, que sacrifica el estilo puro, se impone una magistral distinción artística: ahí reside el valor profundo de la manera nueva que, según ya lo observaba el propio Wolfflin al establecer el contraste entre el arte antiguo y el arte actual, se ofrece en la multiplicidad de formas ópticas de éste y la unidad de la forma óptica en aquél.

Y es en tal terreno donde el carácter germánico de la obra de Totila encuentra su más clara explicación: mientras el Renacimiento cultivó la armonía lineal, la escuela alemana aprovechó del gótico ante la sugestión evocadora de la fría combinación académica del perfil. Desde los retablos o las fuentes, como la de la Virtud nürembergiana, hasta las heladas figuras de Canova, media un paralelismo de dos tendencias que jamás se encuentran. Mientras Italia cultivaba el simple sentido de la forma, el germano buscaba la expresión esencial en la plástica: cuando Canova está aún reducido a la sencilla figura planimétrica, Schlueter vuelve a los primitivos, trabajando su *Gran elector* con la perfecta desviación óptica de la forma. Todo el siglo XIX se resuelve también en la tradicional manera clásica que no va más allá de Miguel Angel ni corrige a Donatello. Es la eterna vuelta de lo imitativo a lo decorativo, que huye del

nicho, viejo resabio del marco en la pintura, y no avanza más lejos de la forma corporal, limitada a la exacta copia de la naturaleza, tiranizada por el estilo del continente, que no sólo limita, sino que tortura y sacrifica el contenido y el espíritu creador. Los clásicos le concedían el valor esencial de la obra artística a la forma, tratada con sobriedad y sujeción absolutas a normas casi físicas de medida y de calidad; el arte moderno, en cambio, cifra un sentido profundo en la manera de ver, en la visión del espectador; no busca, según la observación del crítico, la forma de los labios, sino el lenguaje; el color de los ojos, sino la mirada; la idea de la realidad no es una, simple y de precisión, sino que son muchos aspectos que se completan en una sensación virtualmente cambiante, tan sólo ajustada al diapasón de la sensibilidad que la solicita.

La historia del arte, que hasta ayer pudo ser tan sólo la historia de la forma, se ha desplazado del todo hacia un concepto formal enteramente nuevo. Ahora el artista aparece ante el modelo con sus ideas previas, con todo su mundo sensorial, exaltado en un dinamismo constante, corrigiendo la naturaleza según la manera que la contemple. Así la imitación del natural debe estar subordinada a un sentido esencial de capacidad artística: tan cierto es aquello de que la verdad y lo bello en la naturaleza estriban en lo

que se deja medir y abarcar. Lo que el perspicaz Federico Schlegel decía de la pintura cabría transmutarlo a la valorización de la plástica: "Nada de confusos apiñamientos humanos, sino pocas figuras y sueltas, concluídas con esmero; formas severas y rigurosas, con trazos firmes, los cuales se destaquen con precisión; nada de pintura con claroscuro y porquería de sombras tenebrosas, sino masas y relaciones puras de color, como en acorde evidente..., pero en las caras principalmente y en toda esa bondadosa simplicidad... que me inclino a considerar como el carácter primitivo del hombre: éste es el estilo de la pintura antigua, el estilo que a mí... exclusivamente me agrada."

Y el sentido del carácter, más que del estilo, aparece en la obra de Totila Albert con un sello inconfundible; en su obra la originalidad proviene antes que de una manera determinada de una expresión profunda en la concepción artística, que cabría analizar como una manera propia de ver y de sentir: la óptica y lo háptico, que Alois Riegl ha entrevisto como noción fundamental en la formación del estilo. ¿Cómo ve y cómo siente Totila? He ahí, por ejemplo, el Pensamiento en *Las mujeres de la montaña*: los planos son claros y apenas si la insinuación de las masas pretende representar la figura; pero, en cambio, la sugestión del pensamiento es completa, tan honda y tan violenta

en su espasmo interno, que el observador puede olvidar fácilmente el alcance objetivo que el detalle logra concederle a la figura. El artista ha conseguido lo esencial: la sensación de recogimiento, de introspección, de vida meditativa, lo que ha visto es lo formal, lo que ha sentido es lo particularmente táctil: la concurrencia en su estilo de lo óptico y lo háptico. Es decir, una manera personal de concebir la escultura, que le ha valido una apreciación justa en uno de los centros artísticos más exigentes de Europa.

INDICE

	Páginas.
Prólogo	7
La otra América	19
Arturo Cancela o el nuevo humorismo	23
Gabriela Mistral, un poeta representativo	37
Henríquez Ureña y la erudición	67
Rafael Barrett o la América enferma	99
Karez-I-Roshan, una superchería literaria	133
Eduardo Barrios y la novela	153
José Toribio Medina o la bibliografía	181
Totila Albert y la nueva escultura	241